3 1761 07976761 2

UNIV. OF
TORONTO
LIBRARY

FRAY FRANCISCO

Al Excmo Sr. Marqués de la

Habana homenaje de respetuosa consideración y profunda simpatía

Luis Cabrera

Hsp.B
X76
.Yf
Ximenez de Cisneros, Francisco, Cardi

FRAY FRANCISCO

NARRACIÓN HISTÓRICA

POR EL

P. LUIS COLOMA, S. J.

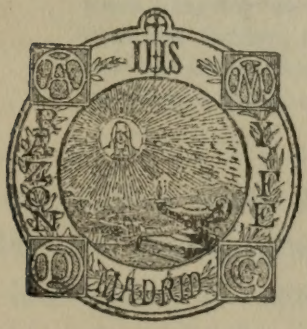
de la Real Academia Española.

Vol. 1.

INTRODUCCIÓN

Libro I.

(CON LAS LICENCIAS NECESARIAS)



320660
30.10.35

MADRID
Administración de RAZÓN Y FE
Plaza de Santo Domingo, 14, bajo.

1914

Est. Tip. «Sucesores de Rivadeneyra», Paseo de San Vicente, 20.

INTRODUCCIÓN

I

Cuando suena la hora de la oportunidad, pone Dios la fuerza á la orden del derecho y dispone los hechos para el triunfo de las ideas.

MODESTO LAFUENTE.

Quand la Providence a quelque dessein, il ne lui importe guère de quels instruments et de quels moyens elle se serve. Entre ses mains, tout est foudre, tout est tempête, tout est déluge, tout est Alexandre ou César.—BALZAC.

NADA tan curioso como el estudio de la Historia, contemplada desde la cumbre de los siglos, á vista de pájaro; vese entonces cómo de hechos livianos surgen á veces grandes acontecimientos; cómo hombres obscuros, hinchados por la ambición ó por la soberbia inflados, truécanse de repente en grandes personajes y

aun en varones providenciales; cómo, en fin, se mezclan y combinan, barajan y chocan, se atropellan y destrozan estos grandes personajes y aquellos hombres obscuros, estos hechos livianos y aquellos sucesos extraordinarios, para producir al cabo de esta, por decirlo así, fermentación humana, las grandes transformaciones sociales, lentas, por lo general, laboriosas y casi siempre sangrientas.

Entonces es cuando desde aquella cima de los siglos descubre el observador, á vista de pájaro, patente, ordenado, claro como la luz, el revés de aquel derecho, el artificio que puso en movimiento la máquina, y, suspensa la mente y embargado el corazón, adquiere el profundo y cristiano convencimiento de que en la vida de los pueblos el hombre es el que se agita, pero Dios es quien le mueve.

De esta manera, pues, podemos observar desde la cumbre de cinco siglos el paso de un gran pelotón de hombres de armas por la comarca de Ávila en 1465. Imposible era adivinar sólo por trazas y apariencias si aquel millar de hombres cargados de hierro eran escolta de algún magnate ó cuadrilla de bandoleros de los muchos

que infestaban á la sazón el territorio de Castilla. Su armamento desigual, pero formidable siempre; el aire insolente y provocativo con que miraban á los villanos que se topaban al paso, y la desdeñosa y criminal indiferencia con que lo mismo hollaban la dura roca de los caminos de herradura que los blandos sembrados de propiedades particulares, eran indicios harto comunes entonces á soldados y bandidos.

Caminaba, sin embargo, el pelotón en cierto relativo orden de batalla. Venían delante, como de vanguardia, unos cien jinetes, armados de fuertes lorigas y bacinetes de hierro en la cabeza, lanzas en la cuja, y pendientes de sendas cadenas, hachas de armas y adargas de cuero férreamente claveteadas. Marchaban en buen orden, silenciosos, confiados, pero fieros y vigilantes al mismo tiempo.

Seguíanles al alcance de la voz, y como formando el cuerpo de batalla de aquel reducido ejército, otro abigarrado pelotón de más de cincuenta hombres, rodeando todos y sirviendo á un vigoroso viejo que, jinete en poderosa mula, parecía tener mando sobre ellos. Envolvíase, cual si tuviese frío, en un amplio sayo de paño obs-

curo, y cubría su cabeza un papahigos de lo mismo aforrado de pieles, que sólo dejaba ver de su enjuto rostro unos ojos pequeños, vivos y hundidos, como víboras en acecho. Asomábanle por debajo del ropón los quixotes de una rica armadura de invención modernísima, y sus pies, calzados de enormes acicates, descansaban en férreas estriberas cubiertas. En pos de él cabalgaban dos escuderos, llevando uno los brazales y el yelmo del incógnito personaje, y conduciendo el otro el escudo y la lanza de veinticuatro palmos.

El resto de este pelotón, que llamamos abigarrado, componíanlo gentes de cataduras muy diversas: nobles de segundo orden, que se distinguían por sus armaduras modernas de reluciente acero; soldados y escuderos, vistiendo aún las antiguas mallas de hierro; algunos frailes franciscos, dos bufones, grotescos hombrecillos que cabalgaban en ligeros burros, de cuyas horadadas orejas pendían cascabeles de plata, y varios personajes enigmáticos, mitad clérigos, mitad guerreros, que pretendían hermanar en su atavío la fiereza del soldado de entonces con la pomposa majestad de los trajes eclesiásticos.

Caminaban todos ellos en tropel, sin orden ni concierto, atentos sólo á rodear y acercarse al viejo del papahigos, que unas veces les dirigía una palabra, otras una imprecación, algunas una chirigota: jamás una sonrisa.

La retaguardia, que á muy larga distancia seguía, marchaba con gran desorden y algazara. Formábanla numerosos soldados, armados también hasta los dientes, y muchos peones conduciendo en acémilas el fardaje. Marcaban su paso en poblados y despoblados los atropellos propios de la barbarie cruel de gentes desalmadas que cuentan con la impunidad y se apoyan en la fuerza. Varios soldados llevaban en el arzón corderillos robados á un pastor que no pudo retirar á tiempo su rebaño. Otro, tan sólo por burlarse de la sencillez de un labriego, arrastróle atado á la cola de su caballo más de media legua, amenazándole con que al llegar á Ávila el Almirante le haría cortar las orejas: burla bestial á que pusieron fin las súplicas de un fraile y la autoridad de un caballero, á quien requirió aquél en su ayuda.

Dió al fin la vanguardia vista á las macizas murallas de Ávila, inexpugnables

entonces, y el vigía de la Puerta de San Vicente apresuróse á dar en su bocina el toque de ¡gente armada!, alarmante siempre en aquella época de traiciones, alevosías y sorpresas.

Hicieron alto los caminantes al oirlo, y con más orden del que pudiera esperarse, rodearon todos al viejo del papahigos como para protegerle. Gritaba éste colérico desde lo alto de su mula, y daba órdenes, sin que al parecer le escuchasen, hasta que, al cabo, uno de aquellos personajes enigmáticos, mitad clérigos, mitad guerreros, sacó de una especie de estuche una gran cruz pastoral de plata ricamente cincelada, y atornillándola en un mango, también de plata, alzóla en alto; púsose al punto á su derecha un hidalgo armado y enarboló á su vez en el asta de una lanza el pendón de los Carrillo; colocóse entonces á su izquierda otro hidalgo, que hizo resonar un clarín, como si fuese un heraldo, y puestos los tres en hilera, adelantáronse hacia la muralla.

El resto de la tropa, sin avanzar un paso, abrióse entonces en dos alas, dando frente á la ciudad y dejando en medio al viejo del papahigos con todo su acompañamiento.

Vieron venir los de la muralla á los tres jinetes que se acercaban, y sin parar mientes ni en cruces ni en pendones, mantuviéronse quedos, sin seña alguna de agrado ó desagrado; mas al llegar éstos cerca del muro, al borde mismo del foso de la puerta, tocó por tres veces su clarín el que hacía de heraldo, y á grandes voces, y empinándose sobre las estriberas, requirió luego á la ciudad, en nombre del muy alto y poderoso Sr. D. Alonso Carrillo, Arzobispo de Toledo y Primado de las Españas, para que abriese las puertas, pues el señor rey de Castilla D. Enrique IV habíale dado la tenencia de la ciudad y fortaleza de Ávila.

Dió voces de contento la soldadesca que poblaba la muralla, y muchos caballeros forasteros recién llegados á la ciudad acudieron al adarve aclamando y voceando. Sonaron entonces trompetas y atabales en todo el circuito del muro, y las campanas de la catedral comenzaron á tañer con una alegría que á muchos sonaba á duelo.

Fué general el júbilo entre la gente forastera y allegadiza que inundaba á Ávila; mas los vecinos y naturales, leales y sesudos, torcían el gesto, meneaban las cabe-

zas, y, taciturnos y silenciosos, se encerraban en sus casas, poseídos de esa inquieta zozobra instintiva, especie de excitación nerviosa, que se apodera de las multitudes en vísperas de pavorosos sucesos. Alzó entonces la soldadesca forastera el pesado rastrillo, bajó el puente rechinando y quedó franca y de par en par la Puerta de San Vicente.

Picó entonces á su mula el viejo del papahigos, que no era otro sino el propio arzobispo Carrillo, y seguido de su comitiva entró en la ciudad, como aquel de quien dice un antiguo romance:

De un porta-cruz precedido,
Seguido de muchas lanzas...

* * *

Dióse tanta prisa el Arzobispo por llegar á Ávila, que dejó su comitiva entera á la zaga y penetró él solo y el primero en el lóbrego laberinto que servía de segunda defensa á la Puerta de San Vicente.

Consistía esta defensa en un tortuoso callejón, formado por dos muros aspillerados, que permitían hostilizar impunemente por ambos flancos al enemigo in-

vasor; cortábanlo de trecho en trecho fuertes rejas de hierro, erizadas de púas, y colgaba de las almenas, como á la mitad del recinto, una gran cruz de madera negra, de cuyos brazos pendía el pendón morado de Castilla.

Pues á esta altura del callejón, y al revolver uno de sus innumerables recodos, topóse el Arzobispo de repente con un hombre que salía presuroso á su encuentro. Parecía, por las trazas, villano zafio y maltrecho; mas al quitarse ante el Prelado la parda caperuza, reconoció éste, con sorpresa y sobresalto, bajo aquel burdo disfraz, á uno de los secretarios del rey de Castilla D. Enrique IV.

—¡Hernando de Badajoz!... ¿Qué me quieres?—exclamó, retrocediendo maquinalmente en su montura.

Asióse entonces el Hernando de la brida de la mula, y azorado por la prisa y por lo que había visto en Ávila, díjole estas razones, que textualmente ha conservado en su Crónica el leal Enrique del Castillo:

—Señor, el Rey está esperando vuestra ida para que se haga lo que por vuestro consejo ordenaste que se hiciese...

El Arzobispo, viendo ya con esto descu-

bierta su traición, dejó caer del todo la máscara, y replicó con furia estas otras palabras, que para ignominia suya consigna también el mismo cronista:

—Id, Hernando de Badajoz, é decid á vuestro Rey que ya estó harto de él é de sus cosas; é que agora se verá quien es el verdadero Rey de Castilla.

Y arrancando violentamente de manos del Secretario la brida de su mula, siguió su camino adelante.

Terminaba el callejón en un arco flanqueado y defendido por dos torres almenadas, que protegían al mismo tiempo á una plazoleta, también almenada, que era el último baluarte: sus puertas, férreamente claveteadas, abríanse ya en lo poblado. Era muy capaz la plaza y toda se hallaba repleta, cuando desembocó en ella el Arzobispo de Toledo, precedido de su Cruz Pastoral y del pendón de los Carrillo. Aquella rebelión—pues rebelión inicua era—no podía tener, sin embargo, aspecto más pintoresco.

Ocupaban la plaza más de mil lanzas, teniendo en cuenta que con el nombre de *lanza* no se designaba entonces á un solo hombre, sino á determinado número de jinetes y peones puestos en pie de guerra.

De trecho en trecho levantábanse erguidos los pendones de los Grandes rebeldes que habían acudido á Ávila y cuyas eran aquellas mesnadas, y el viento hacía tremolar por todas partes las airosas banderolas de las lanzas, que tenían por objeto absorber la sangre enemiga é impedir que chorrease por el asta. Á la salida del arco esperaban al Arzobispo todos los Grandes conjurados que ya habían llegado á Ávila, que eran el conde de Plasencia, D. Álvaro de Zúñiga; D. Gómez de Cáceres, maestre de Alcántara; D. Rodrigo Pimentel, conde de Benavente; D. Pedro Puertocarrero, conde de Medellín; D. Rodrigo Manrique, conde de Paredes; Diego López de Estúñiga, hermano del Conde de Plasencia, y el Obispo de Coria, hermano del de Paredes.

Venían también otros caballeros de menor estado, y al frente de todos ellos, mayores y menores, el marqués de Villena, D. Juan Pacheco, sobrino del Arzobispo y su principal cómplice, favorito traidor á su Rey y hombre ambicioso y artero, hipócrita, suave y afable, de quien se decía entonces:

El Marqués de Villena,
Nin fabla mala, nin obra buena.

Hallábase también en primera fila el Alcaide de Ávila, á quien el confiado D. Enrique había ordenado, días antes, en Valladolid, entregar la tenencia de la ciudad y de la fortaleza al Arzobispo de Toledo. Recibió éste las llaves de manos del Alcaide, y rodeáronle al punto todos los conjurados ansiosos de hacerse presentes y de saludarle con la sencilla rudeza propia de aquella época, en que comenzaba á apuntar ya la enfática cortesía caballeresca de los siglos XVI y XVII, y se arraigaba más cada día la falsa doblez y el disimulo.

Rodeado y seguido de todos los Grandes, dirigióse entonces el Arzobispo á la Catedral, no porque fuese ella el santo templo de Dios, sino porque era la parte más segura de la fortaleza, y allí pensó desde luego el belicoso Prelado asentar su persona, su casa y su gente: *el cimborro de la Iglesia Mayor*, como dice Enrique del Castillo.

Reunidos, pues, allí todos los conjurados, *fízoles el Arzobispo una plática secreta*, que se tornó harto pronto en escándalo público que hasta en el día de hoy repugna y horroriza.

* * *

Lastimoso era, en efecto, el estado del Reino de Castilla en aquel año de 1465. Imposible era á la vergonzosa incapacidad de Enrique IV, á su crédula bondad, rayana á menudo en lo imbécil, y á sus intempestivas generosidades, poner un freno á la soberbia de los Grandes, á su insaciable ambición y codicia y á las envidias que entre sí tenían y á los rencores que se guardaban.

Empobrecido el Rey por lo mucho que daba y poderosos ellos por lo que recibían de grado ó por armas se tomaban, sentían su fuerza, conocían la debilidad del Monarca y osaron al fin tratarle, no ya de potencia á potencia, sino como de superior á inferior.

La merced que el Rey hizo á su favorito D. Beltrán de la Cueva, haciéndole Conde de Ledesma primero y Maestre de Santiago después, con perjuicio de los derechos que al Maestrazgo tenía su propio hermano el tierno infante D. Alonso, acabó de exasperar á los Grandes. Por dos veces intentaron prender al Rey en su propio palacio, una en Madrid y otra en Segovia, inducidos siempre por el falso marqués de Villena, D. Juan Pacheco, y no

lográndolo ninguna, retiráronse como rebeldes á Burgos. Desde allí escribieron al Rey una carta tan insolente, *tan fuera de todo acatamiento, sin freno de templanza, que ni á los súbditos era conveniente envialla, ni á la decencia del Rey recibilla.*

Decíanle, á vuelta de otras muchas injurias, que revocase el nombramiento que había hecho de D. Beltrán de la Cueva para Maestre de Santiago, *con grande perjuicio del Infante su hermano á quien de derecho pertenescía como hijo del rey D. Juan su padre.*

Echábanle también en cara que había hecho jurar por Princesa heredera de Castilla á D.ª Juana *la Beltraneja*, hija de la reina D.ª Juana, su mujer, *sabiendo él muy bien que aquélla no era su hija, ni como legítima podía subceder, ni ser heredera después de sus días. Por tanto, que le suplicaban é amonestaban é requerían con Dios, una é muchas veces, quisiera remediar tan grandes agravios; é remediados, mandar luego jurar por Príncipe heredero al infante D. Alfonso su hermano y dalle el Maestrazgo de Santiago como á legítimo hijo del rey D. Juan su padre; pues que de derecho divino y humano le pertenescía.*

Leyó el Rey esta carta sin que le hirviese la sangre en las venas de coraje y de vergüenza, ni comprender quizá todo lo grave de la injuria. Limitóse á llamar á los letrados de su cámara y con ellos á D. Beltrán de la Cueva, al Obispo de Calahorra, que fué luego el Gran Cardenal de España, D. Pedro González de Mendoza, y al de Cuenca, que lo era entonces D. Lope Barrientos, hombre sagaz, discreto y valeroso, que había sido ayo y maestro de D. Enrique, y jugado gran papel en las cosas del Gobierno en tiempos de D. Juan II.

Hízoles leer la carta y pidióles su consejo; tocóle hablar el primero á D. Lope Barrientos, que era el más anciano, y con su fogosidad ordinaria declaró que Su Alteza no debía venir con aquellos rebeldes á partido ninguno, como no fuera al de *asaeteallles* en la batalla, y por este carril enderezó su plática, con grande calor y vehemencia.

Escuchábale el Rey cabizbajo y mohino, *é como el pelear y el rigor de las armas era muy ageno de su condición del Rey, é cosa muy aborrecida para su voluntad, un poco riguroso se volvió contra el Obispo é díxole:*

—Los que no avéis de pelear, ni poner las manos sobre las armas, siempre hacéis

franqueza de las vidas agenas. Querríades vos, padre Obispo, que á todo trance diese la batalla, para que pereciesen las gentes de amas partes? Bien paresce que no son vuestros hijos los que han de entrar en la pelea, ni vos costaron mucho de criar. Sabed que de otra forma se ha de tomar este negocio é non como vos decís é lo votáis.

Mas el Obispo, que era osado y le irritaba la flojedad del Rey, replicó atrevidamente.

—*Ya he conoscido, Señor, é veo que Vuestra Alteza no ha querido reynar pacíficamente, ni quedar como Rey libertado, y pues que no quiere defender su honra, ni vengar sus injurias no esperéis reynar con gloriosa fama. De tanto vos certifico, que dende agora quedaréis por el más abatido Rey que jamás ovo en España, é arrepentiros heis, Señor, quando no aprovechare.*

Y todo sucedió como lo dijo aquel buen obispo D. Lope Barrientos: porque contra el parecer de todos concertóse el Rey en secreto con el falso Marqués de Villena, y cedió á cuanto le exigían los Grandes rebeldes, nombrando Príncipe heredero de Castilla á su hermano el infante D. Alfonso, con la sola condición de casar luego

con la niña *Beltraneja:* y haciendo renunciar el Maestrazgo de Santiago á D. Beltrán de la Cueva, dándole en cambio el Ducado de Albuquerque con las villas de Cuéllar, Molina, Atienza y Peña de Alcázar. Y fué tal su ceguedad y su ruin empeño de meterse él mismo, como suele decirse, en la boca del lobo, que accedió también á entregar la persona del Infante su hermano al Marqués de Villena, como con traidoras miras exigían los conjurados.

Mas de allí á poco huyó el de Villena á Plasencia, llevándose al inocente Infante, y arrepentido D. Enrique de su debilidad y reconociendo su yerro, como también Barrientos le profetizara, vino á caer por remediarlo en las garras de otros dos traidores más peligrosos, que mantenían secretos tratos con los rebeldes, que fueron el arzobispo de Toledo, D. Alfonso Carrillo, y el almirante de Castilla D. Fadrique Enríquez, que era padre de la reina de Aragón D.ª Juana y fué abuelo de D. Fernando *el Católico.*

Y fué el caso que como viese D. Enrique que el de Villena se retiraba á Plasencia llevándose al Infante y alborotando á su paso villas y ciudades, diciendo muy feas

cosas del Rey y de su honra y haciéndose al fin fuerte en Plasencia, recibió de ello muy gran pesadumbre, y mandó llamar á Valladolid al Arzobispo y al Almirante, que se daban por muy suyos, para que le aconsejasen y ayudasen.

El Arzobispo entonces, con aquella fingida franqueza, dura y arrogante, con que disfrazaba su perfidia, hizo al Rey mil protestas de lealtad y aconsejóle que saliese al punto contra los rebeldes, les arremetiese y destrozase y arrancara de sus manos la persona del Infante, *ca siempre fuera muy mejor*, dijo, *no habérselo entregado;* empresa ésta necesaria y urgentísima, para la cual ofrecía él, desde luego, la ayuda de su persona y de las mil lanzas que tenía en Hontiveros.

Mas para sofocar la rebelión más pronto y arrancar más de raíz la soberbia de los rebeldes, juzgaba necesario el artificioso Prelado, que el Rey le diese á él la tenencia de Ávila y su fortaleza y al Almirante, que á todo esto asentía y lo escuchaba, la de la villa de Valdenebros y la del castillo de la Mota en Medina del Campo.

Vino en ello el Rey, muy gozoso y esperanzado, y al punto despachó á los Alcai-

des las órdenes necesarias para hacer la entrega. Hecho esto, despidióse el Arzobispo, con pretexto de recoger su gente, y aconsejó al Rey que fuese desde luego con su guardia á poner cerco á la villa de Arévalo, porque presto se le unirían allí su persona y la del Almirante. Mas antes de salir de Valladolid, vióse secretamente con la Marquesa de Villena y envióle con ella al Marqués un Mensaje muy urgente, para que sacara de Plasencia cuanto antes al infante D. Alfonso y le llevara á Ávila, donde se dirigía él con su gente.

Mientras tanto, esperaba el Rey un día y otro día al Arzobispo para dirigirse juntos á Arévalo, hasta que, cansado ya, envió en su busca á su secretario Hernando de Badajoz. Dijerónle á éste en Hontiveros que el Arzobispo había partido ya para Ávila, y sospechando la trama, fuése allí por caminos de atajo, disfrazado de villano, y ya hemos visto dónde le halló y dió su mensaje al Arzobispo.

«¡Oh, reverendo Prelado!, exclama aquí el leal cronista Diego Enríquez del Castillo. ¡Oh, cuánto se podrá agora escribir desto! ¡Que si tanto dolor ovieras de tu vergonzosa infamia, quando así te delextaste

con hacer tan grande yerro, ni tu honra quedara denostada, ni tu fama tan abatida en el mundo! E pues mucho te preciaste de lo que debieras aborrecer, é procuraste con diligencia tan vituperioso nombre, quedarás para siempre con feo apellido, é tu denostada memoria para siempre avergonzada!»

* * *

Aquella *plática secreta* que tuvo el Arzobispo de Toledo en la fortaleza de la catedral con los conjurados rebeldes, produjo al fin resultados harto públicos y escandalosos.

Parecía Ávila, en efecto, desde que los Grandes rebeldes la invadieron, un corazón humano herido por un aneurisma, siempre inquieto y palpitante por un siniestro latido, pronto á ahogarse á cualquiera rumor ó zozobra, siempre próximo á estallar, á desfallecer y á sucumbir.

Rebosaba la soldadesca forastera por calles y plazas, insolente y provocativa, cantando á voces groseras coplas denigrantes para el Rey, para la Reina y para la pobre niña D.ª Juana *la Baltraneja*, ángel de Dios, que sólo contaba tres años; no come-

tían, sin embargo, los desafueros y excesos que eran entonces moneda corriente entre la soldadesca, lo mismo en tiempos de paz que en los de guerra.

Discurrían también por la ciudad muchos hombres que, en los pórticos de las iglesias ó desde las escalerillas interiores de la muralla, excitaban á la rebelión al pacífico vecindario, ponderando con exageraciones y calumnias los males que se sufrían y ensalzando los bienes que habían de hacer aquellos grandes señores que dominaban y se llamaban á sí mismos *regeneradores del Reino;* táctica vulgar y común á los revolucionarios de todas las épocas.

Eran estos predicadores criados y familiares de los Grandes rebeldes ó clérigos asalariados por ellos, y distinguíase entre todos, por su violencia, un tal Fernando de Alarcón, mayordomo del Arzobispo y alma condenada suya, que le tenía embaucado con cosas de alquimia, y le gastaba enormes sumas para fabricar oro y plata, y que pagó al fin sus embustes y charlatanerías degollado públicamente en el Zocodover de Toledo en tiempo ya de los Reyes Católicos: *é lo degollaron*, dice el

Cura de los Palacios, *sobre una espuerta de paja tendida por más baldón según su gran merecimiento, ca se halló ser muy traidor al Rey é á la Reyna muy contrario.*

Soliviantaban á algunos aquellos razonamientos callejeros y aquellas doradas promesas; pero la mayor parte de los sensatos y leales avileses retirábanse silenciosos á sus casas, á ejemplo de su santo obispo D. Martín de Vilches, que, encerrado en el *Palacio Viejo*, huía de todo trato y comunicación con los rebeldes.

Sentíase, sin embargo, por decirlo así, latir la zozobra tras las paredes de las casas, y todos esperaban prevenidos y con inquieta curiosidad que aquel *algo* temeroso que amenazaba reventase al fin y se derramase por todas partes; observábanse por eso hasta los hechos más livianos, y fué de los más comentados lo acaecido á Perucho Gómez, viejo honrado de la vecindad, y muy hábil en su oficio de alfarero.

El mismo día en que llegó á Áviia el Arzobispo de Toledo, y poco después de su *plática secreta*, presentáronse cuatro hombres de armas de dicho Arzobispo en casa de Perucho Gómez, y cogiéndole de

ambos brazos le arrastraron á la fortaleza. Daba voces Perucho, creyendo que le llevaban preso, y mesábase la barba y el cabello; mas los soldados se reían y le empujaban adelante, diciéndole tan sólo que *en la fortaleza le habían de menester.*

Su sorpresa fué, pues, muy placentera, al ver que en llegando á la fortaleza no le ponían esposas, ni le encerraban en algún subterráneo, sino que con mucha paz le conducían á una muy amplia estancia, donde halló preparados todos los materiales y útiles necesarios á su oficio de alfarero.

Entró á poco un hombrecillo chico, barrigón y muy peludo, que no era otro sino el Fernando de Alarcón, mayordomo del Arzobispo. Parecía hombre alegre, bonachón y muy locuaz, y con muy amables razones mandó á Perucho que fabricase con aquel barro, ya dispuesto, un busto de hombre de natural tamaño.

Asombróse Perucho, que se sentía más diestro en fabricar pucheros que en modelar bustos humanos, y así lo dijo al mayordomo; mas éste, con alegres risitas, replicóle que él le ayudaría, y ayudándole, en efecto, fabricaron una cabeza humana

que tenía mucho de natural y no poco de grotesco. Dábale Alarcón mil toques con los palillos, como si pretendiese retratar alguna fisonomía determinada, y rebanóle al fin las narices de un golpe, para dejarlas romas en extremo. Colorearon después la estatua con albayalde y bermellón mezclados, y pusiéronle, á guisa de barbas y de pelos, las coloradas crines de un buey rojizo. Contemplaron satisfechos los artífices su obra, y encontráronle el caricaturesco parecido con el rey D. Enrique, que los intencionados toques de Alarcón le habían dado.

«El rey D. Enrique, dice un manuscrito del siglo XV existente en El Escorial, era persona de larga estatura, espeso en el cuerpo y de fuertes miembros. Las manos grandes, los dedos largos y recios, el aspecto feroce, casi de león semejante, cuyo acatamiento ponía pavor en los mirantes: las narices muy romas y llanas, no de que así naciese, mas porque en su niñez recibió lisión en ellas; los ojos garços y los párpados encarnizados. Donde ponía la vista mucho le duraba el mirar. La cabeça grande y redonda; la frente muy ancha; las sobrecejas altas; las sienes hundidas; las

quixadas luengas y tendidas á la parte de yuso; los dientes espesos, la cabelladura roxa, la barba crescida y pocas veces afeytada; la tez de la cara entre roxo y moreno; las carnes muy blandas; las piernas luengas y bien entalladas; los pies á las plantas muy corvos; los calcaños voltados á fuera... En su vestir muy onesto, las ropas de paño de lana, el trazo de ellas sayos luengos y capuces y capas. Su continuo calçado borzeguiles y çapatos encima. De sí mesmo había poca estima.»

Empleó Perucho en su obra cerca de dos días, y durante todo este tiempo no le permitieron volver á su casa, ni salir de aquella estancia, donde le servían la comida con regalo y abundancia. Despidióle al cabo el mayordomo con mil zalamerías y pagándole muy bien su soldada; mas antes de pasar el rastrillo arrastráronle cuatro soldados á un subterráneo, y para asegurar su silencio por muchos días, sajáronle la lengua.

Cruel barbarie ésta, de que el malvado Alarcón fué único responsable, y que pagó más tarde, con sus otros crímenes, en el Zocodover de Toledo.

* * *

Al amanecer del día 4 de Junio comenzó al fin á descorrerse lentamente la cortina que ocultaba aquellas andanzas y misterios. Salió á esta hora de Ávila por la puerta del alcázar un numeroso grupo de menestrales cargados de vigas, tablones, maderos y espuertas de herramientas, y en un dilatado llano que se extendía por frente del muro, hacia la parte del Mediodía, que llamaban entonces *la dehesa de Ávila*, comenzaron á levantar con grande ahinco y empuje un muy elevado cadalso.

Dirigíanlo y tomaban parte en el trabajo muchos soldados del Arzobispo de Toledo y del Marqués de Villena, que parecían ambos los directores de todo lo que iba sucediendo. Era el cadalso de bastante extensión y de suficiente altura, para que se pudiera observar desde todos los puntos del llano cuanto en lo alto se hiciese. Diéronse los trabajadores tanta prisa y tan buena maña, que al mediar la tarde hallábase ya todo aquel armazón clavado y dispuesto, con sendas escalerillas en los costados, y comenzaron entonces á cubrirlo con luengos paños de luto, que caían con fúnebre majestad por los cuatro frentes.

Los atónitos vecinos, que con la boca

abierta todo esto contemplaban, llenáronse de pavor, porque les pareció aquello un gran patíbulo, y cuando esperaban de un momento á otro ver llegar al verdugo con el hacha y con el tajo, vieron que ponían en medio del cadalso, sola y aislada, una silla regia de carmesí, con corona real por remate y cuatro leones de bronce dorado que le servían de base.

Fuéles forzoso, sin embargo, á los curiosos entrar en la ciudad sin resolver el problema, porque al anochecer se cerraban las puertas, se alzaban los puentes y bajábanse los rastrillos.

Quedó entonces solitario y medroso el extenso llano, alzándose en medio el enlutado cadalso, triste como un catafalco vacío que espera al difunto; siniestro como un patíbulo ignominioso que aguardase al reo. Velaron, sin embargo, fuera de puertas muchos soldados del Arzobispo, y pocos serían los vecinos que en Ávila durmieran tranquilos en aquella célebre y malhadada noche del 4 de Junio. Desvelábales, sin duda, la inquietud y la zozobra de un mal desconocido, y todos se preguntaban angustiados el objeto que tendría aquel cadalso enlutado y quién ocuparía

aquella silla Real, sola y aislada, que más bien semejaba banquillo de un reo que trono de un monarca.

Amaneció por fin aquel 5 de Junio, de vergonzosa memoria, y desde aquella hora poblaba el extenso llano y el adarve de la muralla que mira al Mediodía una compacta y apiñada muchedumbre, ávida y ansiosa, poseída de ese inquieto malestar que acompaña siempre á las grandes expectaciones. Dos largas filas de soldados mantenían á raya á la multitud, dejando un gran espacio vacío en torno del cadalso, y abriendo dos calles, que iban á parar desde éste á la puerta de San Vicente una y otra á la del alcázar.

Poco antes de las siete comenzaron á resonar por todos los ángulos de la ciudad las trompetas y atabales de los Grandes convocando sus pendones y mesnadas, y á las siete en punto asomó por la puerta del alcázar la comitiva del infante D. Alonso, que secretamente guardaba en Ávila el Marqués de Villena, y por primera vez aparecía en público.

Abrían la marcha cuatro escuderos del Marqués de Villena, haciendo resonar plateados clarines; venían detrás los balleste-

ros del mismo Marqués, más bien armados de guerra que vestidos de gala, y en pos de ellos, y dejando en medio un gran espacio vacío, venía el Infante montado en un caballo blanco, todo encaparazonado de oro y escarlata, trayendo á derecha é izquierda, un poco hacia detrás, al Marqués de Villena y al Maestre de Alcántara D. Gómez de Cáceres.

Imposible era imaginar una figurita más linda, más angelical y más interesante que la de aquel desgraciado Príncipe, víctima de ambiciones ajenas, que sólo contaba entonces once años. Tenía el mismo elegante señorío, natural y espontáneo de su padre D. Juan II. Su carita redonda, fresca y colorada como una manzana, veíase sombreada por las rubias guedejas que, escapándose de su airosa caperuza de brocado azul celeste, llegábanle hasta los hombros; de brocado azul eran también el sayo, el jubón y los borceguíes, cerrados con broches de oro; las calzas blancas y muy prietas, y la daga y el estoque que traía al cinto eran de pedrería. Llevaba también al cuello una gruesa cadena de oro, y otra igual en la caperuza sujeta con un joyel de rubíes.

Aclamábale el pueblo á su paso, gozoso de ver á un Príncipe tan galán y tan bello, y él, con la triste experiencia que en su corta edad ya tenía, contestábale con forzada sonrisa, procurando disimular el miedo, la inquietud y el desagrado que encerraba su pecho, agitado por lo más triste, lo más anómalo, lo más amargo que se puede encontrar en un niño: ¡la desconfianza!...

En pos del Infante marchaban en hilera, á caballo, seis lindos pajecitos de la misma edad que su señor, distinguiéndose entre todos por su hermosura y lujosos atavíos el hijo de Alonso Aguilar, señor de Montilla, que había de ser, andando el tiempo, una de las glorias más puras de España: *el Gran Capitán Gonzalo Fernández de Córdoba.*

Venían detrás el Conde de Medellín, el comendador Gonzalo de Sayavedra, Diego de Ribera, que era ayo del Infante, Alvar Gómez y otros nobles de cuenta, tan fuertemente armados como ostentosamente vestidos, jinetes todos en poderosas mulas, que eran las caballerías que á la sazón privaban, y cerraban la marcha los hombres de armas que éstos habían traído á Ávila con sus respectivos pendones.

Cruzó el llano la vistosa cabalgata, entre la apiñada muchedumbre, hasta llegar al cadalso, y allí se detuvo, como si esperase algo.

Y algo esperaba, en efecto, porque de allí á poco las campanas de la Catedral comenzaron á tañer lúgubremente, como si tocaran á muerto; oyéronse dentro de la ciudad lloros y gemidos de miedo; voces, gritos de espanto, exclamaciones de protesta, y comenzó á salir muy poco á poco por la puerta de San Vicente otra comitiva, la más extraña, la más original y la más afrentosa para los Reyes, que vieron jamás los siglos.

* * *

Serios y pausados, como cortejo que lleva un hombre á ajusticiar, asomaron los primeros por la Puerta de San Vicente, cuatro maceros y otros tantos heraldos con clarines, que no parecían los de la ciudad, sino los del Arzobispo de Toledo, pues que llevaban dalmáticas moradas, con el blasón de los Carrillo en el pecho y en la espalda. Sonaban los clarines roncos y destemplados, y á su triste compás ceñían su paso

dos largas hileras de soldados, cubiertos de mallas, que parecían custodiar entre ambas filas á un extraño personaje, que ponía pavor y lástima en cuantos le miraban.

Iba la estrafalaria figura montada en una mula encaparazonada de negro, que llevaban de ambas bridas dos escuderos del Arzobispo, y rodeado de escolta de honor y enarbolando el estandarte real caminaba en pos un barbudo personaje que usurpaba las funciones de Alférez mayor de Castilla. Cubría á la extraña figura un luengo capuz enlutado, que desde lo alto de la mula le arrastraba por los suelos, y sobre el cual llevaba las insignias reales. Por entre la capucha á medio echar y las telas de luto asomaba una fisonomía imbécil, que recordaba al pronto, y vista de lejos, la roma nariz y las barbas rojas del rey D. Enrique; á su paso era cuando los buenos avileses levantaban sus ayes de dolor y sus gemidos de lástima, creyendo á su Rey en tan abatido estado; mas cuando por la rigidez de la figura y la siniestra inmovilidad del rostro caían en la cuenta de que aquello no era figura humana, sino un muñeco, un monigote, la obra, en fin, de Perucho Gómez, trocábanse los ayes en voces

de cólera, y los gemidos en gritos de protesta contra aquella impía farsa que tanto afrentaba á la Majestad Real.

Seguía á la espantable figura el resto de los Grandes y nobles caballeros conjurados, con sus tropas y banderas, y al frente de todos ellos el orgulloso Arzobispo de Toledo, D. Alonso Carrillo, montado en una mula blanca, vistiendo esta vez los hábitos eclesiásticos, con rico pectoral gótico sobre el pecho, y á las espaldas aquel mismo manto de grana con cruz blanca bordada, que vistió sobre la armadura en la batalla de Olmedo, y que sacó de allí tinto en su propia sangre.

Llegó, por fin, en medio del llano aquel extraño cortejo, que, semejante á ciertas escenas de Shakespeare, hermanaba lo ridículo con lo terrible, y detúvose ante el cadalso del lado opuesto al que ya ocupaban el infante D. Alonso y los de su comitiva.

Apearon entonces entre cuatro escuderos al maniquí de su mula, y sentándolo con gran cuidado en la silla real que en mitad del cadalso había, pusiéronle en la cabeza la corona, el cetro en la mano, y á los pies el estoque de la justicia.

Entonces, por un resto de pudor ó de compasión á la tierna edad del inocente Infante, retiráronse el Marqués de Villena, el Maestre de Alcántara y los de su comitiva como á un tiro de ballesta, llevándose al niño D. Alonso, y resguardáronle tras el saliente de un cubo de la muralla, á fin de que nada viese ni oyese de la vergonzosa escena que iba á seguirse.

Mientras tanto, subían los Grandes al cadalso y colocábanse ante la estatua en semicírculo, y en medio el Arzobispo, á guisa de Tribunal. Detrás de la silla pusiéronse los cuatro maceros y el falso Alférez, que llevaba el estandarte Real, y los heraldos, con sus clarines, ocuparon los cuatro ángulos del tablado, dando siempre la cara al pueblo.

Un letrado del Arzobispo, con vestiduras talares y descubierta la cabeza calva, colocóse en medio, entre los Grandes y la estatua, trayendo en la mano un gran pergamino enrollado. Á una señal del Arzobispo sonaron los clarines, y los heraldos gritaron por tres veces al pueblo desde los cuatro ángulos del cadalso:

—¡Oíd!... ¡Oíd!... ¡Oíd!...

Sucedió entonces á los naturales mur-

mullos de la multitud un profundo silencio; pero un silencio angustioso, lleno de pavor y ansia, como es el que precede en la tormenta á la caída del rayo y al estampido del trueno que anuncia el relámpago.

Desplegó entonces el letrado su pergamino, y en voz de pregón comenzó á leer una carta injuriosa, «*más llena*, dice Castillo, *de vanidad que de cosas substanciales*», en que los Grandes acusaban al Rey de cuatro cosas. Era la primera que traía moros enemigos de la fe en su corte y en su casa, consintiéndoles delitos graves y violar doncellas cristianas sin temor al castigo.

Hizo aquí una pausa el letrado, y un heraldo declaró al pueblo *que el Rey merescía por esto perder la dignidad Real*... Adelantóse al punto el Arzobispo de Toledo hacia la estatua, y con gestos y meneos injuriosos le arrancó la corona de la cabeza y la tiró al suelo...

Un concierto de gemidos, lloros y lamentos se levantó entonces de todos los extremos del llano, y dominándolo todo, una voz vibrante de horror y de ira gritó y hendió los aires, cual una saeta envenenada dirigida al Arzobispo:

—¡Don Opas!...

—¡Don Opas!... ¡Don Opas!—gimió la multitud aterrada y como asintiendo.

Y desde aquel momento quedó bautizado D. Alonso Carrillo con aquel afrentoso nombre hasta el fin de su vida.

Mas impasible el soberbio Prelado y con aquel soberano desdén con que el Grande de aquella época miraba á las multitudes, hizo seña á los heraldos para que impusiesen silencio con los clarines, y restablecida la calma siguió el letrado leyendo.

—Segunda... Que los oficios de justicias, corregimientos y alcaydías y otros de su casa y del gobierno del Reino, los daba á personas indignas, bajas, sin merecimientos, que con el poder y dignidad, llenas de soberbia, causaban tiranías, robos, injusticias y crueldades.

Hizo una nueva pausa el letrado, y el heraldo añadió, dirigiéndose siempre al pueblo, que por aquello *merescía el Rey perder la administración de la justicia.*

Y llegándose esta vez á la estatua el Conde de Plasencia, D. Álvaro de Zúñiga, que era Justicia Mayor del Reino, le quitó el estoque que tenía delante. El letrado prosiguió:

—Tercera... Haber dado el Maestrazgo de Santiago á D. Beltrán de la Cueva, con perjuicio del infante D. Alonso; y á esto replicó el heraldo, encarándose con el pueblo, *que merescía el Rey perder el Gobierno del Reino.*

Y adelantándose hasta la estatua el conde de Benavente, D. Rodrigo Pimentel, le quitó el cetro que tenía en la mano. El letrado continuó leyendo:

—Cuarta y postrera... Que había hecho jurar por Princesa heredera de los reinos á D.ª Juana, hija, no suya, sino de la Reina, su mujer, y de D. Beltrán de la Cueva, según fama. Á esto gritó el heraldo que merecía por eso D. Enrique *perder el trono y asentamiento de Rey.*

Y llegándose entonces con grande furia D. Diego López de Zúñiga, hermano del Conde de Plasencia, *derribó la estatua de la silla en que estaba*, y á puntapiés la arrojaron entre todos del cadalso, diciendo palabras injuriosas y obscenas...

Armóse entonces espantosa algarabía en el llano de gritos, llantos, gemidos, voces y protestas, sordo todo y cohibido por el miedo que los Grandes inspiraban; mas el Arzobispo ahogó al punto el alboroto, aba-

lanzándose al Pendón Real y tremolándolo en medio del cadalso al grito de ¡Castilla... Castilla por el rey D. Alonso!...

Sonaron á este grito con marcial estrépito las trompetas y atabales, y los Grandes y nobles conjurados y la soldadesca toda que poblaba el llano y la muralla, repitieron con brioso entusiasmo: «¡Castilla por el rey D. Alonso!», ahogando así con su traidor vocerío la tímida, pero leal protesta de los honrados vecinos de Ávila.

Acudieron entonces á galope, atropellando cuanto se oponía á su paso, el Marqués de Villena y el Maestre de Alcántara, D. Gómez de Cáceres, y todos los de su comitiva que se habían alejado con el Infante, y alzando en brazos á éste, le subieron al cadalso y sentaron en la silla Real que antes ocupaba la estatua, y le proclamaron allí Rey, gritando ante el inocente y atónito niño:

—¡Castilla... Castilla por el rey don Alonso!...

Lleváronle luego, también en brazos y alzado en alto, á la iglesia del Salvador, *é entonces*, dice Castillo, *todos los Grandes que allí estaban, é toda la otra gente, llegaron á besalle las manos con grande solem-*

nidad, señaladamente el Marqués de Villena é los criados del Rey que seguían sus pisadas.

* * *

El atentado de Ávila fué tan afrentoso para la Majestad Real y puso tan de manifiesto la soberbia, la ambición y la pérfida felonía de los Grandes, que produjo una reacción contraria favorable al rey D. Enrique, y muchos otros Grandes que, disgustados con él, se habían alejado, apresuráronse á buscarle en Salamanca, donde se hallaba, y á ofrecérsele como sus vasallos leales.

El pueblo, por su parte, apresurábase también á alistarse en sus banderas, buscando el seguro y el calor del trono, único que entonces le amparaba y defendía; y tal prisa se dieron todos, grandes y pequeños, que en poco tiempo se vió D. Enrique con un numeroso ejército de 80.000 peones y 14.000 caballos, que, rebosando ya en la ciudad, sentaron sus reales en el campo.

Mas resultó de aquí que andaba todo el Reino alzado en armas y dividido en dos bandos enconados y furiosos que se hacían

cruda guerra, no ya en el campo, sino en las ciudades y en las villas, en las plazas y en las calles, y hasta en el mismo interior del hogar doméstico.

Turbas de malhechores infestaban la campiña y la montaña, y hasta se hacían fuertes en torres y castillos, y aterrados los campesinos huían á la ciudad, abandonando ganados y labranzas, é incultas por ende las tierras, no daban al labrador otra cosecha que el hambre.

Cohibida la justicia por la fuerza, no funcionaba tampoco en su administración, y muertes, robos, venganzas y represalias eran á diario los frutos de la impunidad.

Y para colmo de desdichas y turbaciones, y como compensación á la prudencia de los moros, que por permisión divina sin duda no se habían movido de su rincón de Málaga y Granada para aprovecharse de aquellas revueltas, invadió el Reino un ejército extranjero, á cuyo frente venían el Conde de Foix y la Princesa de Navarra. Sin razón y sin justicia, y sin causa alguna motivada, entráronse hasta Calahorra, aprovechando el general desconcierto; tomáronla á traición, y fueron luego á poner cerco á Alfaro y Corella, compli-

cando así la situación del mísero rey don Enrique, que tuvo que mandar gente á su defensa.

El infante D. Alonso, por su parte, gemía bajo el peso de aquella corona que por fuerza y por sorpresa le habían ceñido contra su voluntad, é intentó pasarse al bando de su hermano y ponerse bajo su amparo y obediencia, reconociéndole por su Rey y señor natural. *É no menos el Príncipe*, dice Castillo, *avía gana de retornar á su servicio y sombra é obediencia por el mal contentamiento que tenía. El qual intentó de lo hacer, salvo que fué sentido, é le pusieron en grandes temores, diciendo que lo matarían con yerbas, si se pasaba.* Como le mataron, en efecto, meses después, dándole veneno en una empanada de truchas.

Los Grandes, á su vez, degradábanse cada día más á los ojos del pueblo y perdían todo su prestigio, pasándose de un bando á otro con el mayor descaro y cinismo.

El conde de Alba, D. García Álvarez de Toledo, pasóse al bando de D. Enrique mediante medio cuento de maravedises que éste le ofrecía, y después que los hubo co-

brado, trató con el Marqués de Villena y el Arzobispo de Toledo de volverse á su partido si le daban á Montalván y á la Puente del Arzobispo, que era del de Toledo; y como ambos estuviesen conformes, pasóse á reforzar las huestes de D. Alonso con 500 de á caballo, hombres de armas y jinetes.

«Aquesta maldad que así hizo, dice el cronista Enríquez del Castillo, testigo y actor en todos aquellos hechos, paresció tan feo á los de su partido á quien él se pasó como á aquellos á quien mintió su fe y palabra; de que todos los de entrambos partidos, mormorando descían que se avía vendido en pública almoneda á quien diese más por él. É no solamente aquesto, mas por todo el Reyno fué tan publicado é avido por muy mal hecho, que los mozos de espuela se atrevían á descir sin miedo dondequiera que lo vían: ¿quién da más por el Conde de Alba, que se vende á cada cantón? ¿Ay algunos que lo pongan en prescio?»

Pero el que más excitaba el desprecio y la cólera de la gente llana era el arzobispo de Toledo, D. Alonso Carrillo, llamado siempre D. Opas, desde que una voz anónima le bautizó con este nombre en el

Auto de Ávila, y así públicamente se lo demostraron de la siguiente manera que relata el cronista Enríquez del Castillo.

El primero que secundó la traición del Arzobispo de Toledo en Ávila fué el almirante D. Fadrique Enríquez, alzando pendones en Valladolid por el infante don Alonso. Dió luego sobre Peñaflor y la tomó fácilmente, aportillándole en derredor todo el muro, y envalentonado con esto, puso entonces cerco á Simancas, acampando en la cumbre de un montecillo que muy cerca del muro había. Mas apercibido á tiempo el rey D. Enrique, mandó allí á su Capitán general Juan Fernández Galíndez, que se metió en la villa con 1.000 de á caballo para defenderla, y la abasteció y la puso en muy buen estado de defensa, capaz de resistir el cerco por mucho que durase.

Y era tanto el odio y desprecio que allí tenían al Arzobispo de Toledo, que una tarde reuniéronse en un corral sobre 300 mozos de espuela, gente toda baja, pero leal y fuerte, y con aplauso de todos, grandes y chicos, nobles y plebeyos, acordaron hacer muy al vivo un burlesco remedo del auto de Ávila. Hicieron, pues, una estatua del Arzobispo, con mejor voluntad y tanta

maestría como Perucho Gómez hizo la del rey D. Enrique, y la pusieron en prisión en una pocilga que en el mismo corral había. «É así fecha la estatua, é puesta en prisión, uno de ellos se asentó como Juez en el corral mesmo, é mandó traer la estatua delante de él, é pronunciando sentencia dixo:

»—Que por cuanto D. Alonso Carrillo, Arzobispo de Toledo, siguiendo las pisadas del Obispo D. Opas, el traydor destruidor de las Españas, había sido traidor á su Rey é Señor natural, rebelándose contra él con los lugares y fortalezas é dineros que le avía dado para que lo sirviese; por ende, que vistos los méritos del proceso, por el cual se manifestaban sus feos insultos y débitos, mandaba que fuese quemado, llevándole por las calles é logares públicos de Simancas, á voz de pregón diciendo:—Esta es la justicia que mando hacer de este cruel D. Opas; por cuanto, rescibidos lugares, fortalezas é dineros para servir á su Rey se rebeló contra él; mándanle quemar en prueba é prenda de su maleficio; quien tal fizo, que tal haya.—Dada la sentencia, un mozo de espuelas tomó la estatua en las manos (otros dicen que la llevaron en un jumento) é así pre-

gonando la sacaron fuera de la villa, á vista del real enemigo. Con esta estatua iban más de trescientos mozos de espuelas, acompañándola.

»Á las voces de aqueste pregón se pararon los caballeros é gentes del real enemigo á mirar; é desque los mozos llegaron casi en medio del real é de la villa, hicieron una gran foguera, donde quemaron aquella estatua; y quemada comenzaron á danzar y á descir en alta voz un cantar que decía:

Esta es Simancas,
Don Opas traidor,
Esta es Simancas,
Que no Peñaflor.

con otras coplas muy feas que contra él se decían. Aqueste cantar duró grande tiempo en Castilla, que le cantaban á las puertas del Rey é de los otros caballeros. E quando los caballeros del cerco vieron que estar sobre Simancas no aprovechaba, ni se podía tomar por combate, ni mucho menos por hambre, é que ya el Rey se acercaba con gran poder contra ellos, acordaron de levantar su real, y levantado se tornaron á Valladolid.» . . . . . .

. . . . . .

. . . . . Este era el estado lamentable

del Reino de Castilla en 1465. Observemos ahora, de la misma manera, cuáles eran las personas que Dios iba preparando para levantar sobre aquel noble solar arruinado el glorioso edificio de la España del siglo XVI, superior en poder y en grandeza á todas las naciones de su tiempo.

II

Cuenta el Cura de los Palacios, Andrés Bernáldez, con la hombría de bien y sencilla ingenuidad que resplandecen en todos sus escritos, que allá en sus tiempos (1455-1513) *descían un cantar en Castilla que descían las gentes nuevas, á quien la música suele placer, á muy buena sonada:*

Flores de Aragón
Dentro en Castilla son:
Flores de Aragón
Dentro en Castilla son

E los niños tomaban pendoncicos chiquitos, y caballeros en cañas, jineteando decían: —¡Pendón de Aragón! ¡Pendón de Aragón!

Y de aquí deducía el buen Cura que Dios anunciaba ya por boca de los pequeñuelos, *ex ore infantium et lactentium*, que todos

aquellos males que afligían á Castilla y que prolijamente él enumera, *daños de mucha soberbia é de mucha herejía, é de mucha blasfemia é avaricia é rapiña, é de muchas guerras é bandos é parcialidades, é de muchos ladrones é salteadores, é rufianes é matadores, é tahures, é tableros públicos que andaban por renta; donde muchas veces el nombre de Nuestro Señor Dios é Nuestra Señora la gloriosa Virgen María eran muchas veces blasfemados é renegados de los malos hombres tahures y las grandes muertes y estragos y rezgates que los moros hacían en los cristianos;* todos estos daños, en fin, cesarían y por la misericordia divina habrían de encontrar remedio en un enlace entre las dos casas reinantes de Aragón y de Castilla.

Y tenía mucha razón aquel buen Cura de los Palacios, Andrés Bernáldez; porque aquel enlace, que no fué otro sino el de la excelsa infanta de Castilla D.ª Isabel con el príncipe de Aragón D. Fernando, remedió poco á poco tan grandes males hasta extirparlos del todo: mas antes fué rudamente combatido por los ambiciosos y soberbios alborotadores que medraban con aquellas revueltas, y sólo llegó á efectuarse

por medios extraordinarios y maravillosos, en que se vió claramente resplandecer la paternal y omnipotente mano de Dios, que sabe sacar el bien de la raíz misma del mal y de la culpa.

Y fué el caso, que á la muerte del infante D. Alfonso, á quien los rebeldes de Ávila llamaron *Rey*, porque así ellos mismos lo habían decretado, volvieron todos los ojos á la infanta D.ª Isabel, como á su legítima heredera, creyendo encontrar en la debilidad de su sexo un dócil instrumento para sus maquinaciones.

Murió aquel desgraciado niño en Cardeñosa, á dos leguas de Ávila, donde le habían acompañado su hermana la infanta D.ª Isabel, el Arzobispo de Toledo, el Marqués de Villena, el Obispo de Coria y otros muchos caballeros de los que seguían su bando. «E como se asentara á comer, dice Mosén Diego de Valera, entre otros manjares, fuéle traído una trucha en pan, quél de buena voluntad comía, é comió della aunque poco, é luego en punto le tomó un sueño pesado contra su costumbre, é fuése á acostar en su cama sin fablar palabra á persona, é durmió allí fasta otro día á hora de tercia, lo que él no solía acostumbrar; é

llegaron á él los de su cámara, é tentaron sus manos é su cuerpo, é no le fallaron calentura, é como no despertaba, comenzaron á dar voces y él no respondió, é al clamor y grandes voces que daban, el Arzobispo de Toledo y el Marqués de Villena y el Obispo de Coria con la Señora Princesa vinieron, á los quales ninguna cosa abló, é tocaron todos sus miembros, é non le fallaron landre; é venido el físico á grand priesa, lo mandó sangrar é ninguna sangre le salió; é finchóse la lengua, é la boca se le paró negra, é ninguna señal de pestilencia en él paresció; é ansí desesperados de la vida del Rey los que mucho le amaban, menguados de consejo daban muy grandes voces, suplicando á nuestro Señor por la vida del Rey; unos facían voto de entrar en Religión; otros de ir á muy largas romerías; otros facían diversas promesas, é sin ningún remedio el inocente Rey dió su espíritu á aquel que lo crió, en el quinto día del mes de Julio del año de nuestro Redentor de mil é quatrocientos é sesenta é ocho años; lo cual se cree más ser yerbas que otra cosa, porque, aunque era de poca edad, parecíales á los principales que con él estaban, que sería más recio en la gober-

nación que su hermano, y como personas questaban mostrados á sujuzgar á su hermano, quisieron despachar á estotro para tornarse al otro, el cual decían que muchas veces se oviera ido á su hermano, si no le ovieran puesto guardias. Vivió este rey D. Alonso catorce años é veinte meses é seis días...»

Aquella misma noche de la muerte de D. Alonso marchó á Arévalo el Obispo de Coria, conduciendo el cuerpo del Infante con los criados de éste y los suyos propios, y diéronle sepultura en el monasterio de San Francisco, que estaba fuera de los muros de la villa.

Y aquella misma noche también marchóse á Ávila la infanta D.ª Isabel, triste y acongojada por la muerte de su hermano, y refugióse con su pena en el Monasterio de Santa Ana, acompañándola sus dos damas favoritas, que fueron sus amigas leales toda la vida: la marquesa de Moya, Doña Beatriz de Bobadilla y D.ª Mencía de la Torre, que no fué otra sino la virtuosa dama por quien, según cuenta Zurita, sintió ó fingió sentir el rey D. Enrique una violenta pasión que nunca fué correspondida.

Mas no la dejaron sosegar mucho tiempo; á los dos días presentóse el Marqués de Villena con otros nobles caballeros de los rebeldes, y con grandes protestas de lealtad y apretados requerimientos, suplicáronla que, por la paz y seguridad de aquellos Reinos, aceptase la corona de Castilla como legítima heredera de su hermano. Mas la Infanta, que sólo contaba diez y séis años, con prudencia, rectitud y entereza que revelaron desde luego lo que había de ser más adelante, les contestó:

—*Que en tanto viviese el Rey D. Enrique, ella no tomaría la gobernación, ni se llamaría Reina; mas procuraría con todas sus fuerzas como el Rey D. Enrique viniese á gobernar mejor estos Reynos, que lo había fecho en el tiempo que pacíficamente los poseía.*

No convenció al de Villena el razonamiento de la Infanta; que con dificultad comprende la traición á la lealtad, la sórdida avaricia al noble desinterés, ni el brutal y rudo egoísmo á la suave y prudente delicadeza. Volvió, pues, de nuevo á la carga, echando esta vez por delante al Arzobispo de Toledo, que tenía los mismos intereses y acariciaba los mismos proyectos.

Fuése éste á ver á la Infanta al Monasterio de Santa Ana, y expúsola las mismas razones que el Marqués, más eficaces y apremiantes por razón de su dignidad y estado, añadiendo, como era cierto, que muchas villas y ciudades del Reino la habían ya jurado Reina, como lo había hecho también él mismo, y que sólo esperaban para proclamarla que ella diese su consentimiento, y que, para obtenerlo, habían mandado allí, á Ávila, sus Procuradores.

Escuchóle la Infanta con grave mesura y serena dignidad, y atajóle al fin la palabra diciendo con entereza:

—*Mucho soy maravillada de vos y de tanta premura, Arzobispo... Mas yo también tengo jurado que viviendo el Rey Don Enrique jamás tomaré la gobernación ni título de Reina de Castilla, y lo que entiendo de facer será, que trabajaré con mi hermano cuanto posible me sea porque tenga otra forma en la gobernación de estos Reynos que fasta aquí ha tenido.*

Y de esta honrada resolución, nada ni nadie pudo apartarla.

* * *

Luego que el Marqués de Villena y el Arzobispo de Toledo se convencieron de la irrevocable resolución de la Infanta, concertaron juntos y de común acuerdo tomar por otro camino que les llevase igualmente á su fin, que era en ambos el mismo, si bien se diferenciaban mucho en los móviles que les impulsaban.

El Marqués, avaro y codicioso antes que nada, pensaba lo primero en conservar y acrecer el inmenso botín allegado con sus rapiñas, así en los tiempos de su privanza como en los de su rebeldía.

El Arzobispo, por el contrario, gastaba sus cuantiosas rentas propias, y embaucado por Fernando de Alarcón, trataba de fabricar oro y plata, sólo por saciar la sed de mando y dominio, hija de su propia soberbia, que le abrasaba las entrañas; y esta pasión, *putredo ossium*, podredumbre de los huesos, como la llama la Escritura, la más terrible que puede aquejar al hombre, porque crece con la edad y sólo con su muerte muere, es, sin embargo, compatible con cierta grandeza de ánimo, y sucédele cuando está saciada, lo que dicen del león cuando está harto: que se hace inofensivo y se deja llevar de nobles impulsos.

Convinieron, pues, aquellos dos grandes revolucionarios de su época, causa principal ambos de las desventuras que la afligieron, en mandar al rey D. Enrique un mensaje, no humilde, como de vasallos rebeldes arrepentidos, sino altanero, como de potencia beligerante á poder constituído, proponiéndole que si consentía en jurar por Princesa heredera del Reino á su hermana la infanta D.ª Isabel, todos los Grandes y caballeros que habían seguido la parcialidad de D. Alonso le volverían al punto la obediencia, y cesando ya las banderías, renacería por ende la paz en Castilla.

Encargáronse de dar al Rey este mensaje el arzobispo de Sevilla D. Alonso de Fonseca, que, aunque intrigante y alborotado, nunca hizo traición á D. Enrique, y el mayordomo de éste, Andrés de Cabrera, que también le fué siempre leal, como marido que era de la marquesa de Moya, D.ª Beatriz de Bobadilla. Acogió el Rey la propuesta con disimulados transportes de gozo porque ella le proporcionaba ocasión de satisfacer el más vivo deseo de su alma, que era la reconciliación con el Marqués de Villena.

Jamás se supo en su época, ni se sabe

tampoco hoy, qué filtro, qué bebedizo ó qué suerte de encantamiento empleó Villena para enseñorearse tan en absoluto del ánimo de D. Enrique; pero es lo cierto que, á pesar de las traiciones que le hizo, de los desprecios con que le afrentó y de los daños que por su causa le vinieron, Villena fué siempre el dueño absoluto del Rey, que lo antepuso á todos sus favoritos, incluso á D. Beltrán de la Cueva.

Acogió, pues, D. Enrique el mensaje con satisfacción no fingida, pero disimulando la verdadera causa y dando por pretexto que con aquello renacería la paz en el Reino, y se premiaría al mismo tiempo la noble conducta de la infanta D.ª Isabel, su hermana, negándose á aceptar de manos de los rebeldes la corona de Castilla.

Aprobaron todos los Grandes y Prelados el pensamiento del Rey, hartos ya de disturbios y revueltas, menos los hermanos Mendoza, que se le opusieron todos, dando por razón que aquello era contra los derechos de la niña D.ª Juana, *la Beltraneja*, que en depósito y custodia guardaban ellos en Guadalajara.

No tuvo en cuenta el Rey la opinión de los Mendoza, y decidióse al cabo que ambos

hermanos se avistasen en lugar neutral, y que allí se verificase la jura de la Infanta.

Escogióse, pues, el campo llamado de los *toros de Guisando*, donde había una venta situada á igual distancia de la villa de Cadalso que de la de Cebreros. La Infanta debía venir desde Ávila á ésta acompañada por el Arzobispo de Toledo, y el Rey acudiría á su vez desde Madrid á Cadalso, con los Grandes y Prelados de su corte y el Nuncio Apostólico del papa Paulo II, que había de prestar sanción religiosa al acto: de modo que saliendo ambas comitivas de Cadalso y de Cebreros á la misma hora, habían de encontrarse precisamente en la Venta de los Toros de Guisando, llamada así por hallarse en las cercanías unos colosales pedruscos, tallados toscamente en forma de toros, con antiguas inscripciones romanas que aun en el día de hoy subsisten.

Dos días antes del fijado para la entrevista, que fué el 19 de Setiembre, llegaron á la Venta de los Toros de Guisando los aposentadores del Rey, y con aquella habilidad y presteza con que transformaban entonces el más feo casuco de un lugar en decoroso albergue de un Príncipe, convir-

tieron las destartaladas piezas de la Venta en lujosas cuadras reales, en que si bien faltaba el *confort*, desconocido en aquella época, sobraba en cambio la magnificencia. Desaparecieron las toscas paredes tras los ricos paños de brocado, las tapicerías y los bordados reposteros: ocultáronse los quebrajados suelos terrizos con mullidas alfombras, y por dondequiera brotaban, como por encanto, *camas* riquísimas, como se decía entonces, que eran unas especies de anchos *canapés* ó *chaises-longues*, como se diría hoy, cubiertas con doseles; bancos forrados, blandos almohadones, sillas Reales para la Infanta y para el Rey, colocada ésta bajo dosel y sobre un estrado con varias gradas.

Adornaron también la fachada de la Venta con guirnaldas de verde follaje y de flores, colgaduras y vistosas banderas que tremolaban al viento, descollando entre todas, majestuoso y enarbolado en lo más alto, el Pendón Real de Castilla.

Á las diez en punto sonaron clarines hacia la parte de Cadalso y sonaron también por el lado de Cebreros, y pausadas y majestuosas aparecieron en el llano las dos comitivas del Rey y de la Infanta, caminando lentamente hasta encontrarse frente á la

Venta, sin que ninguno sospechara quizá que de aquel encuentro había de brotar, tras breve y cruel lucha, la colosal y gloriosa España del porvenir de entonces, que hoy ya no es más que un recuerdo!...

* * *

Venía la Infanta en una hacanea castaña con silla de andas guarnecida de plata dorada, puesta sobre un paño de carmesí de pelo: las falsas riendas y cabezadas de la hacanea eran rasas, labradas de seda, entretalladas con letras de oro, y las orladuras también bordadas de oro. Traía vestido un brial de terciopelo negro y debajo unas faldetas de brocado azul y por encima un capuz de grana con guarniciones moriscas. Llevaba en la cabeza muy honestas tocas blancas, y puesto encima un sombrero negro guarnecido de brocado azul alrededor de la copa y del ruedo.

Conducíala por la brida de su hacanea el Arzobispo de Toledo en persona, vestido con hábitos eclesiásticos cortos y una papalina en la cabeza de terciopelo morado, forrada de pieles blancas. Detrás venían en sendas hacaneas la Marquesa de Moya y D.ª Mencía de la Torre, muy bien adereza-

das ambas, pero con severidad suma y sin chillones lujos. Seguíanla muchos Grandes seglares y eclesiásticos, entre los que se contaban los Obispos de Burgos y de Coria, y cerraban la marcha doscientos hombres de á caballo que la servían de escolta.

Avanzaba mientras tanto por el lado de Cadalso la comitiva del rey D. Enrique y al frente él, jinete en una soberbia mula negra modestamente enjaezada, seguido de muchos Grandes, Prelados y caballeros, y escoltado por 1.200 hombres de á caballo. Á su derecha venía un Prelado muy corpulento, que era el obispo de León, D. Antonio Béris, Nuncio Apostólico y Legado del Santo Padre Paulo II; y á su izquierda iba triunfante el Marqués de Villena, conquistado ya su puesto favorito, y conquistado también el Maestrazgo de Santiago, que usurpó con malas artes á la muerte del infante don Alonso y que acababa el Rey de confirmarle.

Al juntarse las dos cabalgatas, soltó prontamente el Arzobispo la brida de la hacanea de la Infanta y llamóse á un lado, sin hacer al Rey acatamiento ni reverencia, ni hablar con ninguna persona.

Apeáronse los dos hermanos y antes de

abrazarse *ficiéronse tres reverencias:* destocóse entonces la Infanta el sombrero, quedando sólo con las tocas y el rostro descubierto, y porfió mucho con el Rey para besarle la mano; mas no lo permitió él y abrazóla cariñosamente, y dióle paz en el rostro y santiguóla como padre, porque ella no lo tenía y era él su hermano primogénito.

Acercóse entonces la Infanta con disimulo al Arzobispo, y díjole muy quedo que besara la mano al Rey y le hiciera el acatamiento que debía. Á lo cual contestóle el arrogante Prelado:

Que ninguna cosa él faría fasta que el Rey la declarase por heredera y legítima sucesora de estos reinos.

Y ya dentro todos, el Rey subió al estrado «y en presencia de los Grandes susodichos, dice Mosén Diego de Valera, juró en las manos del Legado la legítima sucesión de estos Reinos pertenecer á su hermana la Infanta D.ª Isabel, verdadera heredera dellos, é de todos los otros señoríos que so el cetro dellos se cuentan, no embargante las cosas por él fechas antes de entonces, en favor de D.ª Juana, hija de la Reyna doña Juana, con juramento é solenidad de los Grandes destos Reynos é de los pueblos,

según la costumbre de España, lo qual todo avía por vano é por nenguno, como ya él fuese amigo de la verdad é de toda malicia enemigo; lo qual afirmó por espontáneo juramento, é dijo que ante Dios y ante los hombres confesaba aquella D.ª Juana no fuese por él engendrada, la qual la adúltera Reyna D.ª Juana había concebido de otro varón é no dél: é por eso no queriendo engañar la legítima sucesión destos Reynos, esto había querido confesar para confirmación del derecho hereditario de la Princesa D.ª Isabel, su hermana.

»E las cosas dichas é puestas en forma jurídica é corroboradas por instrumento, con gran ruido de trompetas é gran solenidad de todos los Grandes que ende estaban por sí é por los ausentes é por los tres estados de estos Reynos, besaron la mano á la Princesa D.ª Isabel, á la qual todos juraron por Princesa y verdadera heredera de estos Reynos.»

Levantóse entonces la Infanta, y con aquella su severa y digna majestad que recordaba la de las imágenes sagradas, leyó una carta suya al Arzobispo de Toledo, en que le relevaba á él y á todos los Grandes, Prelados, villas y ciudades, que la hubiesen ju-

rado á ella por Reina de Castilla, de dicho juramento. *Por ende,* decía, *yo vos ruego é mando que si complacerme deseáis é á mi mandamiento queréis seguir, con igual corazón que yo queráis acetar la concordia é queráis concordar vuestros fechos con el Rey mi hermano, lo más honesto á mí é a vos mas provechoso que pudiérades;* es á saber, que trasladasen dicho juramento al Rey D. Enrique, único Rey legítimo de Castilla, y la reconociesen á ella como Princesa de Asturias, heredera y sucesora de aquellos Reinos.

Y leída la carta, firmóla allí mismo de su puño y letra y la selló con su sello.

Comprometióse entonces D. Enrique, libre y espontáneamente y porque así se lo pedía, según dijo, su amor á la verdad y á la paz y á la justicia, á divorciarse en el plazo de cuatro meses de la culpable reina D.ª Juana, y á enviarla á Portugal, su patria, reteniendo en Castilla á su hija. Item se comprometía á dar á su hermana la infanta D.ª Isabel, jurada ya Princesa de Asturias, para justo y decoroso mantenimiento de su rango, las villas y ciudades de Ávila y Buete y Medina y Medina del Campo y Olmedo y Escalona. Exigía en cambio á

ésta promesa formal de que no se casaría sin el consentimiento suyo y de los Grandes, según prescribían las leyes del Reino, y así lo otorgó la Princesa con estas textuales palabras: *Que guardando el Rey esto que le había prometido, no se casaría sin su licencia.*

Levantóse entonces, muy conmovido por la solemnidad del acto, el legado del Papa, D. Antonio Véneris, obispo de León, y de pie sobre el estrado y á la derecha del Rey, leyó un mensaje del Padre Santo Paulo II, relevando y absolviendo de todo juramento que hubiesen hecho contra el rey legítimo D. Enrique, á los Grandes y Prelados, caballeros y gente llana, villas y ciudades, y aconsejando á todos y mandando terminantemente al arzobispo de Toledo, D. Alonso Carrillo; al obispo de Coria, don Jorge Manrique, y al obispo de Burgos, D. Luis Acuña, que volviesen la obediencia al susodicho rey D. Enrique y le jurasen de nuevo como Rey y Señor natural, y á la princesa de Asturias, D.ª Isabel, como su legítima sucesora en todos aquellos Reinos.

Acercáronse entonces los tres Prelados y besaron la mano del Rey, contritos y sumi-

sos los dos Obispos, y resignado, pero ni contrito ni arrepentido, el arzobispo de Toledo, D. Alonso Carrillo.

* * *

Cualquiera hubiera creído que aquella tan explícita jura de los Toros de Guisando y aquella absolución paternal con que el papa Paulo II intentó borrar tanto perjurio y tanta miseria, bastarían por sí solas para asentar por muchos años y aun siglos la paz interior en Castilla.

Y hubieran bastado, en efecto, si el funesto Marqués de Villena, ya Maestre de Santiago, no hubiera venido á probar una vez más, que bastan la codicia ó la maldad de un solo hombre para trastornar hasta en sus cimientos á una nación entera.

Supo el flamante Maestre de Santiago que el Arzobispo de Toledo andaba en tratos secretos con su gran amigo el anciano rey de Aragón D. Juan II, con el fin de casar á la princesa D.ª Isabel con el príncipe heredero de aquel Reino, D. Fernando, mozo de gran porvenir y excelentes prendas personales, que contaba á la sazón diez y ocho años.

Entusiasmaba al Arzobispo este matrimonio, porque veía en él garantías de paz y dicha para el Reino, y principalmente, como se vió más tarde y pudo suponerse siempre, porque era su intento apoderarse del ánimo de aquellos dos Príncipes jóvenes y sin experiencia para dominarlos por completo y mandar él en su nombre.

El pueblo, con su admirable instinto, vió en este matrimonio una esperanza; los Grandes mirábanlo con simpatía, y la mayor parte prometíanle sus votos, y al frente de todos ellos trabajaba con más ardor aún que el Arzobispo de Toledo, el almirante de Castilla D. Fadrique Enríquez, abuelo del novio, como padre que fué de la reina de Aragón D.ª Juana Enríquez.

Las primeras nuevas de estos tratos alarmaron, sin embargo, la codicia del maestre de Santiago, Villena, y resolvió impedir á todo trance el matrimonio, costase lo que costase, á sangre y fuego si necesario fuera, dispuesto á sacrificar á su egoísmo y á su codicia todo lo que fuera preciso, á semejanza de aquel egoísta legendario que por cocer un huevo para sí pegó fuego á la casa del vecino.

La razón de esta alarma era que la ma-

yor parte de los inmensos dominios de la casa de Villena eran bienes confiscados en otro tiempo á los Infantes de Aragón, y posible era, y aun probable, que al sentarse en el trono de Castilla un Monarca aragonés, reivindicase para su familia aquellos dominios, que no habían llegado á manos de Villena por justas y rectas vías.

Dos caminos se presentaban, desde luego, al Marqués para desbaratar el temido matrimonio: uno, deshacer todo lo hecho con tanto trabajo en la jura de los Toros de Guisando, para que, rebajando la condición de la novia, retrocediera el novio y desistiese de su proyecto; otro, influir en el ánimo del Rey para que impusiese á su hermana, aun por la fuerza si preciso fuera, otro cualquiera de los matrimonios que se la presentaban.

Dos eran, en efecto, los pretendientes que en aquel momento histórico solicitaban la mano de D.ª Isabel, fuera aparte del príncipe de Aragón D. Fernando: el rey de Portugal D. Alonso, hombre ya provecto y viudo, y el Duque de Berry, hermano del rey de Francia Luis XI, y presunto heredero de esta Corona, por no tener el rey Luis, hasta entonces, hijos varones.

Escogió Villena el camino del Rey de Portugal, por parecerle más fácil y hacedero, sin perjuicio de apelar á todos los otros medios si aquél le marraba ó no satisfaciera del todo sus intentos. Apresuróse, pues, á enviar mensajeros secretos á Portugal que instasen al Rey á mandar sus embajadores á Castilla para pedir á D. Enrique la mano de su hermana la Princesa, garantizándole él que no saldrían mal despachados.

No desperdició un momento el Rey de Portugal el aviso de Villena, y vióse llegar á los pocos días á Ocaña, donde á la sazón celebraban Cortes el Rey y la Princesa, una fastuosa embajada, á cuyo frente venía el Arzobispo de Lisboa.

Mas ya era tarde, porque difícil era tomar la delantera al Arzobispo de Toledo, y aunque no había logrado todavía éste arrancar á la prudente Princesa la promesa formal de aceptar el matrimonio con el Príncipe de Aragón, había ya conseguido inclinar su ánimo hacia aquel enlace y hasta mover su corazón hacia aquel Príncipe cuyas prendas personales oía á todos y á cada instante celebrar.

El astuto Arzobispo había trasladado su

residencia á Yepes, lugarejo de su pertenencia, no distante de Ocaña, en cuanto la Princesa llegó á esta villa acompañando á su hermano, y desde aquel escondrijo la vigilaba, y protegía y visitaba con frecuencia en secreto, acompañado casi siempre de un viejecillo chico, muy fuerte y entero, cuyas enormes y erizadas cejas canosas le ocultaban los ojos como espesas celosías. Guardaban el Arzobispo, y aun la Princesa misma, á este viejecillo las mayores consideraciones; hospedábale aquél en Yepes, y veíasele á menudo salir, siempre disfrazado, á misteriosas excursiones, que duraban á veces tres ó cuatro días.

Sospechaban todos en el lugar que aquel recio viejecillo era un gran personaje, y era, en efecto, el muy magnífico señor condestable de Navarra, Mosén Pierres de Peralta, enviado por el rey de Aragón D. Juan II para ayudar al Arzobispo en los manejos necesarios para el ansiado matrimonio. Eran los dos, el Arzobispo y el Condestable, igualmente sagaces y osados, amigos de toda la vida, y ligábales además uno de aquellos vergonzosos parentescos que en aquella época se proclamaban á la luz del sol, sin que nadie se

avergonzase: la hija de Mosén Pierres de Peralta estaba casada con un hijo del Arzobispo, que llamaban Troilos Carrillo.

Y con tal sagacidad, discreción y secreto supieron manejarse ambos viejos, de acuerdo siempre con el almirante D. Fadrique Enríquez, que tenían ya casi arreglado el negocio, sin que sospecharan nada ni el rey D. Enrique ni su favorito el Marqués de Villena.

Faltaba, sin embargo, un requisito, sin el cual negábase el Rey de Aragón á dar un paso adelante: la promesa formal de la Princesa, pronunciada ante testigos, de aceptar la boda cuando se la propusiera. Mas la cauta D.ª Isabel, á pesar de mostrarse inclinada al matrimonio con D. Fernando, y aun á su misma persona, resistióse siempre á dar aquella promesa terminante que había de atarla, y siguióse resistiendo hasta la llegada de un su capellán, llamado Alonso de Coca, que con una misión secreta para Aragón y Francia había despachado ella misma. Llegó al fin Alonso de Coca, y entonces quedó explicada aquella extraña resistencia que alarmaba ya al Condestable y al Arzobispo.

Era el caso que persuadida aquella pre-

cavida Princesa de que, con buena ó con mala intención, las más de las veces engañan los cortesanos, quiso, antes de comprometerse, cerciorarse por sí misma de la vida, costumbres y dotes personales, así del Príncipe de Aragón como del Duque de Berry, y á este propósito envió, primero á Francia y después á Aragón, á su capellán Alonso de Coca, persona de toda su confianza, para que estudiase de cerca el aspecto personal y las costumbres privadas de ambos Príncipes.

El resultado de las investigaciones de Alonso de Coca lo extracta el cronista Alonso de Palencia en estas palabras:

«I venido (Alonso de Coca) relató á la Princesa todo lo que conoció destos Príncipes, diciendo en cuántas excelencias excedía el Príncipe de Aragón al Duque de Guiana (Berry), como el Príncipe fuese de gesto y proporción de persona muy hermosa y de gentil aire y muy dispuesto para toda cosa que hacer quisiera, y el Duque de Guiana era flaco y femenino y tenía las piernas tan delgadas que eran del todo disformes, y los ojos llorosos y declinantes á ceguedad, de manera que antes de poco tiempo habría menester más quien le adies-

trase que caballo ni armas para usar de caballería. Y allende esto decía las costumbres de los franceses ser muy diferentes de las de los españoles... Lo cual todo la Princesa oyó alegremente, porque en todo favorecía al deseo de su voluntad, que era casar con el Príncipe de Aragón.»

Y tenía razón para alegrarse la concienzuda y previsora D.ª Isabel; porque una vez segura de que el Príncipe D. Fernando era digno de su mano, pudo ya dar libre entrada en su corazón al amor que desde el primer momento le habían inspirado las pinturas y elogios que del Príncipe le hacían: amor casto, reflexivo, equilibrado, como lo era ella misma; pero de tan profundas raíces, que le duró toda la vida, y engendró aquel célebre, espontáneo y sincero mote: «*Tanto monta Isabel como Fernando*», causa principal quizá de la era de bienandanzas que, cual suave y vivificadora nube, se cernía ya sobre la España futura de entonces. ¡Tan cierto es que la paz y la dicha honrada del hogar de los Reyes esparce su benéfico influjo sobre la nación entera!...

* * *

La llegada de Alonso de Coca á Ocaña coincidió con la venida de los Embajadores portugueses, á los cuales recibió el rey D. Enrique con grandes agasajos, influído y amaestrado por el Marqués de Villena. Mas la Princesa, firme en su resolución ya formada, dió á los Embajadores una respuesta en que se veía claramente su repugnancia á esta boda.

Irritado á su vez el Rey por esta actitud de su hermana, prometió y juró á los portugueses que la boda se haría, aunque fuera necesario para ello recurrir á la violencia, y de esta negativa de la Princesa y esta contradictoria afirmación amenazadora del Rey nació, sin duda, la frase con que todos los cronistas relatan este suceso: «*Que los Embajadores se tornaron á Lisboa ni contentos ni desesperados.*»

No tardó D. Enrique en cumplir sus amenazas, instigado siempre por Villena, y no bien salieron de Ocaña los Embajadores, envió un mensaje á su hermana con don Juan Pacheco, primogénito de aquel esclarecido varón y espejo de caballeros que todos en su tiempo llamaron *el buen Conde de Haro*, diciéndola:

«*Que mirase bien lo que hacía con rela-*

ción á su boda, porque de no ceder á los deseos de D. Enrique, casándose con el Rey de Portugal, se la pondría en prisión en Madrid hasta que cediese.»

Y así lo hubiera hecho, en efecto, si el Arzobispo de Toledo, de acuerdo con los principales caballeros de Ocaña, no hubiera metido su gente en la villa, dispuesta á defender á la Princesa contra cualquier violencia que la hiciesen.

Temió el Rey el escándalo, y acompañado del Marqués de Villena, partióse entonces para Andalucía, donde estallaron á la sazón nuevos disturbios, ordenando antes á su hermana que no saliese de Ocaña ni en ninguna manera se moviesen nuevas pláticas de matrimonio mientras durase su ausencia.

Mas como el Rey hubiese ya faltado por su parte á todos sus compromisos de los Toros de Guisando, creyó con razón la Princesa que por este solo hecho quedaba ella libre de todos los suyos, y decidióse al cabo á dar la promesa formal de matrimonio que le exigían y que nunca había querido hacer antes de la llegada de Alonso de Coca.

Hízola, pues, en efecto, delante de testi-

gos de la mayor confianza, y fué tan grande el alborozo de los tres viejos magnates que tanto la anhelaban, el Arzobispo de Toledo, el Condestable de Navarra y el Almirante de Castilla, que aquella misma noche despacharon para Aragón al cronista Alonso de Palencia á dar al príncipe D. Fernando tan grata nueva, y para traer al mismo tiempo el magnífico collar de diamantes y perlas, tasado en cuarenta mil florines, y una suma igual en dinero, que era lo prometido á la novia como regalo de boda.

Quedaban, sin embargo, por concertar tres puntos, arduos en extremo de llevar á la práctica: cómo, cuándo y dónde se había de efectuar el combatido matrimonio. Mas á esto contestó la Princesa, con su firme y reposada calma: «*Que cumplía al decoro de una doncella no resolver aquellos puntos sino bajo el consejo y autoridad de una madre, y puesto que ella tenía la dicha de tener la suya, sólo á su sombra los resolvería.* Torcieron el gesto los tres viejos magnates al oirla, porque harto sabían ellos que la viuda de D. Juan II vivía ciertamente, pero vivía encerrada en Madrigal por falta completa de seso; no osa-

ron, sin embargo, contradecir la piedad filial de la Princesa, y convencidos, por otra parte, de que en Ocaña corría ésta riesgo, acompañáronla á Madrigal, dando por pretexto ostensible del viaje el deseo de trasladar los restos mortales del infante D. Alonso de Arévalo á Ávila.

Poseían los Reyes en Madrigal un hermoso palacio, especie de casa fuerte, que, andando el tiempo, vino á convertirse en convento de Agustinas, que aun subsiste. Allí había nacido la Princesa D.ª Isabel y visto correr los primeros años de su infancia, y allí pasó los cuarenta y dos de su viudez la reina D.ª Isabel de Portugal, olvidada de todos, menos de su hija, viniendo á morir al cabo en Arévalo, villa también de su pertenencia, que, con la de Madrigal y la ciudad de Soria, habíala dejado como viudedad su marido D. Juan II.

No podía decirse, en rigor, que la reina D.ª Isabel estuviese verdaderamente loca; hoy se la hubiera llamado simplemente *neurasténica*.

Aquejábanla manías pasajeras, tristezas profundas, obcecaciones de la mente, de que era difícil apartarla, y desfallecimientos nerviosos, que la hacían andar siempre

inclinada hacia el suelo, como anciana provecta á quien llama ya la tierra, apoyada en una muletilla de ébano con puño de plata, de que no se apartaba ni de día ni de noche; mas cuando algo la distraía ó preocupaba, olvidábase de repente de sus desfallecimientos y debilidades y veíasela correr como un perdigón por los vastos salones de palacio, sola y sin apoyo, con la muletilla debajo del brazo.

No se olvidaba, sin embargo, nunca de quien era y del decoro y las prerrogativas de su rango; razonaba siempre con madurez de juicio, y lo único que se lo turbaba á veces y la hacían sufrir hondas crisis nerviosas, eran determinadas ideas y recuerdos, tales como la muerte de D. Álvaro de Luna y la de su propio marido don Juan II, que en estos momentos de perturbación encadenaba ella misteriosamente, achacándose á sí misma la causa de ambas; cosa no descaminada del todo en lo que se refiere al primero, porque sabido es por la Historia cuánto influyó ella en la caída y prisión del célebre favorito.

Era una mujer muy alta, de continente majestuoso, que realzaba la severidad de su traje, de fina estameña de luto, en todo

igual, en su corte y hechura, al de una monja agustina de ahora. Cubríala siempre un largo y espeso velo negro que le tapaba el rostro, hasta dentro de sus habitaciones; pero cuando por raro caso se lo levantaba; aparecía entonces un rostro marchito, pálido hasta parecer exangüe, cuyas correctas facciones revelaban su hermosura de otros tiempos.

Cuando llegó la Princesa á la plaza en que se abría el palacio, rodeada de todo el pueblo que cariñosamente la aclamaba, encontró á su madre esperándola, sentada, como una comadre de cabo de barrio, á la puerta de la calle: había querido salir al encuentro de su hija, pero acometida de repente por uno de sus accesos de falsa debilidad, dejóse caer en uno de los bancos de piedra que á uno y otro lado del inmenso portalón había, y ya no quiso pasar adelante.

Rodeáronla allí las damas de su servicio con D.ª Clara de Alvernaes al frente, su mayordomo mayor Gutiérrez Velázquez de Cuéllar, su confesor y limosnero Martín Yáñez, arcediano de Medina, y todas las gentes del palacio, que ansiosas de saludar á la Princesa, espontáneamente allí acudieron.

Al ver la Reina aparecer en la plaza á su hija, ahuyentáronse de repente todas sus debilidades y flaquezas: levantóse de un golpe, irguiendo su alta estatura y extendió hacia ella ambos brazos agitando su muletilla.

Apeóse la Princesa de su mula muy conmovida, y con ambas rodillas en tierra besó las manos de su madre: dejóselas ella besar y santiguóla luego y abrazóla después, besándola repetidas veces en la frente y en las mejillas. El pueblo entero, conmovido, presenciaba aquella tierna escena, y aclamaba á la madre y á la hija, con esa cariñosa comunicación de corazones que tradicionalmente ha existido siempre entre los Reyes de España y su pueblo.

Mientras tanto el Marqués de Villena no sosegaba un punto, y desconfiando ya de alcanzar sus codiciosos fines por el camino de Portugal, resolvió tentar por el de Francia, enviando mensajeros secretos que hiciesen á Luis XI las mismas proposiciones que se habían hecho antes á D. Alfonso de Portugal: mas el astuto monarca francés, que anhelaba más que nada echar á su hermano del reino, como le echó después de

la vida con un veneno, acogió ansioso esta honrosa ocasión que se le ofrecía, y envió al punto al Cardenal de Arrás y al Conde de Boulogne para pedir para su hermano el Duque de Berry la mano de la Princesa heredera de Castilla.

Encontraron los Embajadores al Rey en Córdoba, y éste, aleccionado siempre por Villena, otorgóles benignamente lo que pedían, en cuanto estaba de su parte, y remitióles á Madrigal para que recibiesen de boca de la Princesa misma la confirmación de su promesa. Mas antes escribió á ésta cartas muy apremiantes, amenazándola con una prisión perpetua si hacía con los Embajadores franceses, lo que con los de Portugal ya había hecho.

No titubeó un momento la Princesa en tan críticas circunstancias: consintió desde luego en recibir á los Embajadores, pero con la condición precisa de que estuviese su madre delante, y así se hizo en efecto.

Mandóse disponer una sala baja del palacio toldada con ricos paños de oro y de brocado: á la derecha había un estrado con varias gradas cubiertas con blancas alfombras, y encima un dosel de brocado cobijando una rica *cama* de lo mismo, en que

se hallaba sentada la Reina viuda de don Juan II, sin joya ni presea alguna y sin haber añadido á su severo traje de siempre, más que un gran capirote de luto cuyo velo negro, más espeso que el de ordinario, la cubría de pies á cabeza. Detrás de ella estaban sus damas con la camarera mayor D.ª Clara de Alvernaes, ilustre dueña portuguesa que era mujer de Gonzalo Chacón y había sido nodriza de la princesa D.ª Isabel, según la costumbre de nuestros antiguos Reyes, cuyos hijos eran amamantados por señoras de la más alta nobleza.

Á la mitad de las gradas del estrado había una magnífica silla regia de brocado, en que se hallaba sentada la Princesa, con tabardo blanco de finísimo cetí de Valencia, vestido sobre un brial de damasco amarillo, y tocas cortas que dejaban ver sus rubios cabellos trenzados con perlas. Tras el sitial estaban de pie la Marquesa de Moya y D.ª Mencía de la Torre, y muchos Grandes y caballeros y eclesiásticos rodeaban el estrado de pie en el piso llano del salón.

Recibieron á los Embajadores las dos augustas Señoras de pie, apoyada siempre la Reina en su muletilla, y por respeto

á ellos con el rostro descubierto. Entró el Cardenal arrastrando sus rozagantes ropas de púrpura, seguido de numerosa comitiva, y después de tres grandes reverencias á la Reina y á la Princesa, expuso elegantemente en latín el objeto de su embajada.

Era hombre de poco más de cincuenta años, de presencia arrogante y fiera, sabio, sagaz y astuto, y, como Mosén Diego de Valera añade, *desvergonzado*. Lo primero lo probó en sus compadrazgos misteriosos con el maquiavélico Luis XI, y lo segundo quedó demostrado en la osadía de su lengua cuando, como veremos luego, vino de nuevo á España con su segunda embajada.

Contestóle la Reina, acto seguido, en romance, diciéndole en breves palabras, con autoridad de madre, que mucho agradecía al buen rey Luis, la honra que hacía á su hija, pero que dejaba por completo al arbitrio de ésta la respuesta que había de darle. Dicho esto, dejóse caer en su asiento como desfallecida, calóse de nuevo el capirote y no habló más palabra.

Encaróse entonces el Cardenal con la Princesa, y ésta le atajó la palabra diciéndole en francés, con aquella su reposada y

digna calma, que tan inquebrantable firmeza encubría.—*Que ella había de seguir lo que las leyes destos reinos disponían en gloria y acrecentamiento del ceptro real dellos. Con esta respuesta*, dice Palencia, *en que se indicaba que la Princesa quería contar para su casamiento con el parecer y consejo de los Grandes y de la nación, el Cardenal, mal contento se partió á Francia.*

La furia y la alarma del Marqués de Villena, y como consecuencia la del rey don Enrique fueron con esto tan grandes, que éste se apresuró á escribir á la villa de Madrigal, prohibiendo á todos los vecinos, bajo severas penas, prestar auxilio á la Señora Princesa si lo demandaba, oponerse con las armas en la mano si intentaba escaparse y retenerla allí por la fuerza en tanto que llegaba la gente de armas encargada de prenderla y encerrarla en la fortaleza de Madrid.

La consternación de aquella buena gente, que tan de veras amaba á la Princesa, produjo un verdadero tumulto que D.ª Isabel misma tuvo que sosegar, y cuando llegó á saberse que el Arzobispo de Sevilla, al frente de un verdadero ejército, marchaba

á grandes jornadas hacia Madrigal, comisionado de prender á la Princesa y conducirla á Madrid, armáronse todos, grandes y chicos, dispuestos á pelear y á morir antes que tolerar semejante violencia.

Entonces D.ª Isabel, para evitar la efusión de sangre y alejar de aquellos buenos vecinos la venganza de D. Enrique, envió con el mayor sigilo un aviso al Arzobispo de Toledo, que continuaba en Yepes, informándole de cuanto sucedía, y éste, de acuerdo con el almirante D. Fadrique y con la misma D.ª Isabel, penetró una noche con su gente en la villa, á deshora de la madrugada, y apoderóse de la Princesa y la llevó en triunfo á Valladolid, que era lugar seguro, pues que estaba á devoción del Almirante.

Al despedirse la Princesa de su madre, entre las prisas y zozobras de la fuga, escapáronsele algunas palabras contra el favorito Villena, que despertaron en la anciana Reina, sin duda, el recuerdo de aquel otro favorito D. Alvaro de Luna, su mortal enemigo, haciéndola exclamar violentamente:

—¡Favoritos!... ¡Malhaya!... ¡Malhaya!...

Y como la sorpresa y la pena de aquella

marcha repentina le provocaran una de las perturbaciones nerviosas que solían aquejarla, añadió en portugués, sacudiendo á la Princesa por un brazo:

—O Rainha!... O minha Rainhazinha!... Malhaja ó Rei que tem outro valido mais que seu propio povo!... (1)

¡Profundo consejo de una Reina loca que echó hondas raíces y dió copioso fruto en el ánimo de otra Reina, la más cuerda que nuestros anales registran!...

* * *

Alojaron á la Princesa en Valladolid en las casas de Juan de Vibero, donde está hoy la Audiencia, y una vez puesta en salvo, trataron con ella misma el Arzobispo de Toledo, Mosén Pierres de Peralta y el almirante D. Fadrique lo que había de hacerse en circunstancias tan críticas y apremiantes.

Opinaban los tres magnates que el matrimonio se celebrase al momento, haciendo venir secretamente á Valladolid al

---

(1) ¡Reina, Reinita mía!... ¡Malhaya el Rey que tiene otro favorito que su propio pueblo!...

Príncipe D. Fernando, y aprovechando la estancia del Rey en Andalucía para precaver cualquier fracaso ó nuevo entorpecimiento.

Á esto objetó la religiosa Princesa, que estando ella en tercer grado de consanguinidad con el Príncipe de Aragón, de ninguna manera podía celebrarse el matrimonio sin la dispensa del Papa, y en tan breve plazo imposible era pedirla á Roma y alcanzarla.

Dió entonces el Arzobispo una gran voz de contento, levantando los brazos y riendo con aire de triunfo, y dijo que si no era más que ese el inconveniente, podía celebrarse el matrimonio aquella misma tarde, porque la dispensa de Roma estaba ya pedida y concedida, hacía más de cuatro años, gracias á la previsión del Rey don Juan II, padre del novio.

Explicó entonces cómo el viejo Rey de Aragón, cuyo sueño dorado fué siempre el enlace de su primogénito D. Fernando con la princesa D.ª Isabel, había pedido cinco años antes la dispensa necesaria al papa Pío II que á la sazón ocupaba la Cátedra de San Pedro, ocultando, por prudentes razones políticas, el nombre de la Princesa

y diciendo tan sólo que era una Princesa consanguínea en tercer grado, que contaba diez años y medio.

Á lo cual contestó el Papa concediendo la dicha dispensa, pero sin que fuese valedera hasta transcurridos cuatro años y fuesen los contrayentes hábiles para el estado del matrimonio; y como los cuatro años habían ya transcurrido, resultaba la dispensa perfectamente valedera y corriente, sin que le faltase más requisito que el de que refrendase su autenticidad el Prelado competente.

No sospechó ni por un momento la noble y leal Princesa ser todo aquello,—tan verosímil por otra parte en los usos y modo de ser de aquellos tiempos—un maquiavélico complot del Rey de Aragón y del Arzobispo para salvar la dificultad insuperable de pedir y alcanzar de Roma la dispensa necesaria en tan breve tiempo, y tranquila ya su conciencia sobre la sagrada palabra del Arzobispo Primado de España, otorgó gozosa su consentimiento para avisar al príncipe D. Fernando.

Difícil era, sin embargo, llevar á cabo la empresa con el recato y misterio que las circunstancias requerían, porque eran ya

hartos los sabedores del secreto, para que con fidelidad lo guardasen: sabíanlo todos los Grandes partidarios del matrimonio, comprometidos ya á autorizarlo con sus votos, que formaban lo que se llamó entonces *el partido aragonés;* y sabíanlo también por espías, indiscretos ó traidores, todos los otros Grandes contrarios, pocos pero poderosos, partidarios de Villena ó del rey D. Enrique, que se hallaban dispuestos á impedir á todo trance la entrada del príncipe D. Fernando en Castilla.

Propuso entonces un plan el Arzobispo que había él meditado profundamente y que por todos fué tenido por bueno. Consistía éste en mandar secretamente á Zaragoza, donde á la sazón se hallaba el príncipe D. Fernando, á Gutierre de Cárdenas, maestresala de la Princesa, que fué padre del primer Duque de Maqueda, y al cronista Alonso de Palencia, que era Capellán del Arzobispo, hombres ambos prudentes y decididos, y de la más absoluta confianza, así de la Princesa como del Arzobispo.

Habían éstos, al pasar por el Burgo de Osma, de avistarse con el obispo D. Pedro de Montoya, que era parcial de la Princesa

y grande amigo del Arzobispo, para el cual les daría éste una *carta de creencia* y un mensaje verbal, mandándole disponer ciento cincuenta lanzas para escoltar al Príncipe de Aragón, que unidas á otras ciento que llevaría Pedro de Olmos, á quinientas que había ofrecido D. Luis de la Cerda, conde de Medinaceli, y á las que pudiera traer consigo el mismo Príncipe, formarían una escolta suficiente para alejar todo peligro.

En cuanto á su misión para el príncipe D. Fernando, limitábase á ponderar la urgencia con que le era necesario emprender el viaje y la amorosa solicitud y cuidado con que la Princesa le aguardaba.

Aprobóse el plan, como ya dijimos, y aquella misma noche, muy á deshora, salieron secretamente de Valladolid Gutierre de Cárdenas y Alonso de Palencia. Iban muy alegres y confiados en el éxito de la empresa, solos los dos para mayor precaución, y llevando á las ancas de sus respectivas mulas su exiguo equipaje.

Mas al llegar á Guzmán, donde descansaron un rato, oyó por acaso Palencia en la posada ciertas pláticas de unos viajeros, mercaderes ricos al parecer, que le hicie-

ron concebir sospechas del Obispo de Osma, á quien él tenía, por otra parte, por hombre débil y mudable, incapaz de resistir de frente á una poderosa influencia ni de disgustar tampoco á la contraria, resultando de aquí un carácter poco de fiar y, como llamaríamos hoy, *pastelero*.

Guardóse, sin embargo, sus temores para no alarmar antes de tiempo á Cárdenas, y siguió su camino adelante; pero cuando llegaron al Burgo de Osma, suplicóle á éste le aguardase muy oculto en la posada mientras él iba á ver al Obispo y sondear sus intenciones. Y fortuna fué que así lo hiciese, porque á las primeras palabras comprendió el sagaz Palencia que el Obispo había desertado del bando aragonés para alistarse en el del Marqués de Villena y el rey D. Enrique.

Callóse, por lo tanto, su embajada el cauto Alonso de Palencia, y limitóse á pedir al Obispo, como amigo, un guía de confianza y un pasaporte de ida y vuelta para el alcaide de Gómara, que estaba en la frontera de Aragón y de Castilla; y para desvanecer toda sospecha sobre su viaje, díjole que iba á Zaragoza á recoger el original de la Bula de dispensa concedida por

el Papa para el matrimonio de los Príncipes, porque el Arzobispo de Toledo quería examinarla antes de que la refrendase el Obispo de Segovia.

Sorprendióse el de Osma al oir esto, porque creían él y sus nuevos amigos —y creían muy bien—que los tratos del matrimonio iban más adelantados que lo que de aquello resultaba; quiso, pues, sonsacar á Palencia, y sucedióle que, más ladino el clérigo que el Obispo, el sonsacado fué él, arrancándole el cronista noticias que le llenaron de consternación y de zozobra; supo entonces que el Conde de Medinaceli había desertado también del bando aragonés y pasádose al de Villena, y se hacía imposible, por lo tanto, esperar de él las quinientas lanzas que había prometido; supo también que los hermanos Mendoza, enemigos los más poderosos del concierto de Toros de Guisando, por creer que en él se lesionaban los derechos de la niña *Beltraneja*, cuya inocente persona custodiaban ellos á la sazón en Buitrago, guardaban la frontera de Aragón encastillados en las muchas fortalezas que poseían desde Almazán hasta Guadalajara, dispuestos á impedir á todo trance la entra-

da del príncipe D. Fernando en Castilla.

Disimuló Palencia su consternación hasta hallarse á solas en la posada con Cárdenas; dióle allí cuenta de todo lo sabido, y con razón juzgaron ambos malogrado por completo el plan del Arzobispo; porque si difícil era llevarlo á cabo con la ayuda del Obispo de Osma y del Conde de Medinaceli, hacíase en absoluto imposible después de la deserción de éstos.

Mas ni por un momento pensaron los dos fieles servidores en abandonar la empresa; lejos de eso, resolvieron apresurar el viaje, y disfrazado esta vez Cárdenas de criado de Palencia para no infundir sospechas al guía, llegaron de un tirón á Gómara; detuviéronse allí el tiempo nacesario para enviar un propio á la Princesa y al Arzobispo dándoles cuenta del estado de las cosas y pidiéndoles que enviasen con gran diligencia y recato trescientas lanzas al mando de un jefe de toda confianza, que á los diez días de la fecha estuviesen y le aguardasen en el Burgo.

Hecho esto, continuaron su viaje y llegaron á Zaragoza el 25 de Septiembre, abatido y desalentado Cárdenas y algo más animado y con ciertos vislumbres de espe-

ranza Palencia, por haber madurado en el camino el plan arriesgadísimo, único ya posible, que había de ponerse en práctica.

Alojáronse en el convento de San Francisco, y, avisado secretamente el príncipe D. Fernando, pasó allí á verlos con grande recato y urgencia. Avistáronse en una capilla muy oculta hasta de los mismos frailes y estuvieron presentes el arzobispo de Zaragoza, D. Juan de Aragón, hermano bastardo del mismo príncipe D. Fernando, y Mosén Pero Vaca, que, por su sagacidad y prudencia, todos estos tratos secretos manejaba y entendía.

Expusieron los castellanos su embajada, ponderando las nuevas dificultades descubiertas, y Alonso de Palencia concluyó diciendo, que el único medio de acudir á tiempo á la cita era recurrir á la astucia, y que el Príncipe se decidiera á correr el riesgo de pasar la frontera sin escolta y disfrazado. Á esto replicó el Real mancebo que presto estaba, y que pues tan alta Princesa se hallaba por él en grande apuro, ruin caballero sería si no corriera por ella los riesgos necesarios.

Todos aprobaron el calor del Príncipe, mas dividiéronse aquí las opiniones: el Ar-

zobispo y los castellanos querían que el Príncipe partiese en el acto, sin dilación alguna, y Mosén Pero Vaca opinaba que no debía salir del Reino sin conocimiento y licencia del Rey su padre, que se hallaba á la sazón en Urgel peleando contra franceses y castellanos juntos.

Llamóse D. Fernando, como buen hijo, á este parecer, y mientras llegaba la respuesta del Rey combinóse el nuevo plan que Alonso de Palencia proponía...

Hiciéronse correr por Zaragoza dos voces á un tiempo: una, que Mosén Pero Vaca marchaba de Embajador á Castilla llevando ricos presentes para el rey Enrique IV; otra, que el príncipe D. Fernando marchaba también á Urgel para ayudar á su padre en la guerra.

Debían ir en la comitiva del primero Alonso de Palencia y Gutierre de Cárdenas, y en los bagajes que simulaban los regalos para el Rey esconderíase el equipaje necesario del Príncipe. Éste saldría el mismo día por el lado opuesto solo con Mosén Ramón de Espés, que había sido su ayo y era entonces su mayordomo mayor, Gaspar de Espés, hermano de éste, y su copero Guillén Sánchez; mas al llegar á

cierta altura torcería el rumbo hacia Verdejo, que estaba ya en la raya de Aragón, y donde Gutierre de Cárdenas, que había de separarse de la Embajada en Calatayud, estaría esperándole para acompañarle al Burgo de Osma; aquí se reunirían todos con las trescientas lanzas pedidas al Arzobispo y á la Princesa, y quedaba con esto conjurado el peligro.

* * *

Llegó al fin la respuesta del Rey, condoliéndose de que se expusiera á tamaños riesgos la persona de su hijo, pero autorizándole para hacer en todo lo que juzgase más conveniente; y en consecuencia de esto salió aquel mismo día de Zaragoza con grande aparato y ruido el fingido Embajador Mosén Pero Vaca con toda su comitiva y tomó el camino del Burgo de Osma por Ariza y Monteagudo. En Calatayud separóse de la comitiva Gutierre de Cárdenas y torció por el camino de Verdejo para esperar al Príncipe, que había de ir allí derecho desde Zaragoza.

Era Mosén Pero Vaca hombre muy docto y honrado, de muchos años y experien-

cia, pero regañón, apurativo y tímido en el momento del peligro, á lo cual contribuía no poco su enorme corpulencia, pues era necesario que cuatro hombres le izasen sobre su mula, y érale imposible apearse sin igual auxilio.

Caminaba, pues, el pobre viejo lleno de zozobra, regañando sin cesar é increpando á Alonso de Palencia que en tan arriesgada empresa le había metido, y á sí mismo y á los demás que tan ligeramente le habían aprobado; pero su sobresalto llegó al colmo cuando al cruzarse con un viajero, advirtióles éste que anduviesen con cautela, porque había visto poco antes cien jinetes armados que sospechosamente tomaban por un camino de atajo hacia Berlanga.

Inmutóse atrozmente Vaca al oirlo, y encarándose con Alonso de Palencia, le dijo colérico:

—¿Lo veis, don clerigüillo?... ¿Veislo?...

Mas sin hacer ningún caso, Palencia preguntó vivamente al caminante si sabía por acaso cuya era aquella gente y quién la capitaneaba. Á esto replicó el viajero que había oído en una venta que era gente del Arzobispo de Toledo y el capitán un tal

Gómez ó García de Manrique, hermano del Conde de Paredes.

Comprendió al punto Palencia que aquéllas debían ser las lanzas enviadas por el Arzobispo á petición suya y que presto las encontrarían en el Burgo de Osma, y con esto tranquilizó á Mosén Pero Vaca y le apagó la furia.

Mientras tanto esperaba Gutierre de Cárdenas al Príncipe en Verdejo; habíase instalado en una venta aislada por completo á mano izquierda del camino, no lejos de la hilera de mojones, con las armas de Aragón toscamente esculpidas, que marcaban la frontera; sentado desde las doce en un poyo de la puerta, con la mula enjaezada á su lado, esperaba lleno de zozobra sin apartar la vista del camino de Zaragoza, solitario por aquel lado.

Á las tres comenzó el cielo á cubrirse de negros nubarrones que impelía un helado cierzo que del Moncayo soplaba. Angustióse Cárdenas pensando en la cruda noche que les aguardaba, y ya no sosegó un punto imaginando negros percances que explicaran la tardanza del Príncipe.

Entonces vió venir á lo lejos un fraile franciscano que caminaba penosamente

con los pies descalzos, el zurrón á la espalda y apoyado en su báculo. Pensó Cárdenas preguntarle si había visto en el camino alguna caravana; mas el fraile, cual si le reconociera desde lejos, acercóse decididamente, y con el ademán de quien pide una limosna, díjole con gran priesa y muy por lo bajo, que sólo diez minutos traía de delantera al Príncipe.

Asomóse en aquel momento la ventera á la puerta para vaciar un dornajo de aguas sucias, y quiso trabar conversación con el fraile, invitándole á descansar en la venta; mas él, dando gracias con mucha humildad, alejóse prontamente hacia Verdejo, dejando á Gutierre de Cárdenas con la palabra en la boca.

Comprendió éste que aquel fraile era un explorador que ante sí mandaba el Príncipe, y pronto quedó plenamente convencido...

Avanzaba lentamente por el camino de Zaragoza una pequeña cabalgata con grande pausa y sosiego, que vino al fin á emparejar con el impaciente castellano. Venía delante, como guía, un hombrecillo flaco y nervioso en que Cárdenas reconoció al punto á Pedro de Auñón, correo del

Príncipe; seguíanle tres mercaderes, gente al parecer de muy poco pelo, montados en pacíficas mulas alquilonas; y en el más anciano de los tres no le fué difícil á Cárdenas reconocer á Mosén Ramón de Espés, y en los otros dos al hermano de éste, Gaspar, y al copero Guillén Sánchez. Cerraba la marcha otra mula cargada con bagajes, y sentados encima de ésta, á mujeriegas y con las piernas colgando hacia el mismo lado, dos mozos de espuela, no bien vestidos y gallardos, como solían ser los de los caballeros, sino zafios y harapientos, como eran los de las posadas.

Reconoció Cárdenas en las salientes quijadas del uno y en su fornido cuerpo á cierto andarín que llamaban en Zaragoza Juan *el Aragonés*, famoso porque andaba en un solo día más de tres jornadas; más difícil le fué adivinar bajo el sayo pardo y remendado del otro y la burda montera calada sin gracia hasta las orejas, al airoso y proporcionado cuerpo y á la inteligente y bella fisonomía del príncipe D. Fernando de Aragón.

No se detuvieron los de la caravana en Verdejo y desfilaron ante Gutierre de Cárdenas sin dar muestras de haberle conoci-

do; mas éste montó ligeramente en su mula y, dirigiéndose al más anciano de los mercaderes, Ramón de Espés, pidióle cortésmente permiso para caminar en su compañía, cosa común y corriente en aquel tiempo en que sólo el número de viajeros daba seguridad en los caminos. Diéronse á conocer entonces, y emocionados todos pasaron en silencio la frontera. Sólo Juan *el Aragonés*, que ignoraba quién fuese su compañero, daba tremendas risotadas, recordando un cuento picaresco que éste acababa de contarle.

El momento, sin embargo, era de los más solemnes que registra la Historia; porque entonces y de esta manera penetró por primera vez en Castilla el que había de unirla para siempre á Aragón, echando así los cimientos de la grande y gloriosa *Monarquía española*.

* * *

Diéronse tanta prisa los falsos mercaderes, que de un solo tirón llegaron de Zaragoza á una aldehuela que estaba entre Gómara y el Burgo de Osma; lo cual no impedía que en los pasos muy concurridos

ó de mayor peligro caminasen con grande pausa y sosiego para no infundir sospechas.

Llegaron á la aldehuela entrada ya la noche y detuviéronse para cenar en la única posada que en ella había; llevó don Fernando las mulas á la cuadra y dióles pienso como si realmente fuese mozo de espuela, y vino luego á servir la cena á sus amos con tanta gracia y tan buena maña, que parecía no haber hecho otra cosa en su vida; conservaba, sin embargo, encasquetada la burda montera, porque temió que se escapasen de ella y le denunciasen sus largos y dorados cabellos, que no había querido cortarse.

Cenaban los fingidos mercaderes en una mesa adosada á la pared de la cocina, y al pie de ésta, sentados en el suelo junto al fogón, y en un dornajo vuelto del revés, hacíalo Juan *el Aragonés* en compañía del Príncipe, el cual, observa un cronista, sin que la humillación le alterara ni le desganasen las amorosas ansias, engullía tasajos como el puño, con el apetito natural de sus diez y ocho años.

Era la noche obscura como boca de lobo, y el helado cierzo que soplaba traía un frío

harto prematuro para la estación, pues corrían aún los primeros días de otoño, y era aquella noche la del 6 al 7 de Octubre. Temeroso, pues, Ramón de Espés de fatigar demasiado al Príncipe con aquella cruda noche que se preparaba, propúsole dormir allí y continuar la jornada al otro día por la mañana; con indignación casi rechazó D. Fernando la propuesta, ansioso de llegar al término, y en aquella misma noche emprendieron de nuevo el camino hacia el Burgo de Osma.

Habían andado ya más de dos leguas, agobiados de cansancio y ateridos por el frío, cuando Mosén Ramón de Espés detuvo de repente su mula y se llevó ambas manos á la cabeza, lanzando imprecaciones de rabia... Había olvidado en la posada la *barjuleta*, especie de mochila de cuero que las gentes modestas llevaban con correas á la espalda cuando iban de camino, y en ella llevaba todo el dinero y preciosos documentos, necesarios para la boda del Príncipe.

Desesperado Espés, quería que volviesen todos á la posada, mas Juan *el Andarín* vino á sacarles del apuro: ofrecióse él á traer la barjuleta antes de que adelantasen

ellos otras dos leguas de camino, y en su andar maravilloso de verdadero automóvil así lo cumplió en efecto.

Mientras tanto, llegaba aquel mismo día, al caer de la tarde, Mosén Pero Vaca con toda su comitiva á la fortaleza del Burgo de Osma, que estaba del lado de acá del Duero; encontraron cerradas las puertas y vagando en torno, no en actitud hostil, sino de profundo desaliento, hasta un par de centenares de jinetes armados, que con inquieta curiosidad examinó Alonso de Palencia. Vínose entonces hacia él un gran caballero que parecía jefe de aquella gente y abrazósele estrechamente, pidiéndole nuevas del Príncipe.

Era aquel arrogante caballero el conde de Treviño, D. Pedro Manrique, que fué después primer Duque de Nájera, y al reconocerle Alonso de Palencia no dudó un momento de que fuesen aquellas las trescientas lanzas que desde Gómara pidió al Arzobispo, y el Conde el hombre de confianza que había de mandarlas. Abrazóle, pues, con el mismo regocijo, y entonces se comunicaron sus impresiones y refiriéronse sus mutuas andanzas.

Dijo Treviño que el Obispo de Osma es-

taba ausente y que su Teniente en el Burgo, que era un Canónigo Racionero, habíase negado rotundamente á abrirles las puertas á él y á los suyos, y que por eso vagaban por allí hacía más de dos horas, sin saber donde guarecerse para esperar al Príncipe.

Entonces dió Mosén Pero Vaca un atinado consejo: que el Conde mandase á su gente á alojarse en Osma, que era lugar abierto y muy capaz, é incorporándose él á la Embajada penetrase en el Burgo para esperar allí al Príncipe, pues imposible le parecía que el Teniente del Obispo osase cerrar las puertas á un Embajador del Rey de Aragón D. Juan II.

Hízose así, en efecto; los soldados vadearon fácilmente el río, que era allí muy accesible, y alojáronse en Osma, en casas muy próximas, para estar prevenidos y prontos á cualquier alarma; no eran más que doscientas lanzas, porque las cien restantes esperaban á media legua de allí, en Berlanga, con Gómez Manrique al frente.

Hecho esto, acercóse Mosén Pero Vaca á la puerta, seguido de toda su comitiva, y en ella el Conde de Treviño, y con tres toques de clarín anunció su llegada y pidió

descanso y hospitalidad en nombre del rey de Aragón D. Juan II.

Acudió el Teniente del Obispo, y con mucho recelo y desconfianza, y después de dudas y consultas, mandó franquear las puertas. Acostáronse todos, porque Mosén Pero Vaca aseguraba que el Príncipe no llegaría hasta la mañana siguiente; mas Alonso de Palencia, que le esperaba de un momento á otro, inquieto y desvelado, salióse á pasear muy después de la media noche por la vera de las murallas, y ocurriósele, por inspiración divina, sin duda, avisar al centinela de la puerta, que habían relevado á las doce, que si llegaba algún rezagado de la Embajada, no le despachase, sino avisase al Embajador y al Teniente si era preciso.

Estaba la noche obscura y negra como la conciencia de Judas, y al acercarse Palencia al centinela oyóle regañar en lo alto del adarve y arrojar una piedra enorme fuera de la muralla; oyó el cronista el golpe de la piedra al caer, y aterrado, temiendo que fuera el Príncipe, gritó con toda su fuerza al centinela que no tirase otra; y sin duda conocieron su voz desde fuera, porque llamóle entonces por su nombre otra

voz alterada por la cólera y preguntóle si no abrirían la puerta; conoció Palencia la voz del Príncipe, que era muy delgada, y contestó á gritos que esperasen un poco, que si él no podía entrar ellos podrían salir.

Fuése entonces á despertar al Conde de Treviño, á Mosén Pero Vaca y al Racionero Teniente, y como receloso éste se negase á dar entrada á nadie mientras la luz del día no luciese, fueron todos á la puerta y la franquearon con muchas antorchas encendidas y grandes gritos de entusiasmo. Allí encontraron al Príncipe en su disfraz de mozo de espuela, pero con la burda montera en la mano y flotantes ya sus rubios cabellos; quiso el Conde de Treviño besarle la mano, pero D. Fernando lo impidió, abrazándole él y dándole paz en el rostro, y en aquella misma hora vadearon el río llenos de júbilo y se fueron todos á Osma.

Súpose entonces lo ocurrido al Príncipe en el resto del viaje...

Muy cerca de las dos de la madrugada llegaron los fingidos mercaderes al Burgo, rendidos de cansancio y ateridos de frío. Creían ellos que no les sería difícil la en-

trada, y el Príncipe, más animoso ó menos cansado, adelantóse á todos y llamó á la puerta. El centinela, hombre bestial y fiero, ya fuese que participara del recelo del Teniente, ya que le encolerizase que en tan cruda noche le molestaran, contestó sólo con groseras injurias, y sin más razones le arrojó desde lo alto de la muralla un enorme pedrusco, que le pasó rozando y por divina providencia no le dejó en el sitio. Entonces fué cuando, horrorizado Alonso Palencia, increpó al centinela y el Príncipe reconoció su voz, y ya hemos referido el resto.

Al llegar á Osma no quiso el Príncipe acostarse y dormir lo que quedaba de noche, sino que hasta el amanecer estuvo escribiendo á su padre. Á esta hora llegó de Berlanga, avisado por un propio, Gómez Manrique, con sus cien lanzas, y ya todos juntos, y dejando el Príncipe su disfraz, pusiéronse en camino hacia Gumiel, que era lugar del Conde de Castro. Estaba allí la condesa, D.ª Juana Manrique, que les recibió y agasajó con mucho cariño en su magnífico castillo moruno, cuyas ruinas, convertidas hoy en bodegas, aun subsisten. Descansaron allí todo el día 8, y al siguien-

te, acompañados de todos los suyos y de muchos nobles caballeros que habían acudido, prosiguieron triunfalmente su camino hasta Dueñas.

Gutierre de Cárdenas y Alonso de Palencia, sin embargo, salieron la noche antes para Valladolid, deseosos de dar tan feliz nueva á la Princesa y de ganar las albricias. El gozo de ésta fué extraordinario, y los caballeros de su reducida corte corrieron cañas y alcancías en señal de regocijo. En estas fiestas sucedió un percance, que no logró del todo aguar el contento. Troilos Carrillo, el hijo del Arzobispo, cayó del caballo y se hirió gravemente en la cabeza.

* * *

Á la media noche del 14 de Octubre llegaban á Valladolid, por sendas extraviadas, cinco jinetes encapuchados, que rodeando por las afueras detuviéronse ante un escondido postigo de la casa de Juan Vibero, abierto en la misma muralla; esperábanles, sin duda, los de dentro, porque no bien resonó en el camino el piafar de los caballos abrióse de par en par el postigo y aparecieron en dos hileras seis pajes

con hachas encendidas alumbrando á un viejo alto y enjuto, vestido con luengos capisayos episcopales, palio en los hombros y rico pectoral á los pechos, que no era otro sino el Arzobispo de Toledo, don Alonso Carrillo.

Adelantóse el Prelado hasta el umbral, y allí recibió en sus brazos á uno de los encapuchados, que le abrazó estrechamente, dejando ver, al entreabrir el capuz, la juvenil y gallarda persona del príncipe don Fernando de Aragón. Parecía, sin embargo, éste como abstraído y turbado, y no comprendiendo el viejo Arzobispo, desecado por la edad y la sed de mando, las juveniles emociones de un corazón de diez y ocho años que va á ver por vez primera y acude á la primera cita de la mujer que ha escogido por esposa y compañera, atribuyó lo turbado del mancebo al respeto que le imponía su propia persona, cosa que le agradó en extremo, por parecerle prenda segura del predominio sobre él, á que aspiraba.

Don Fernando vino, en efecto, esta primera vez á Valladolid llamado por la misma D.ª Isabel con el fin de conocerse mutuamente y ponerse de acuerdo para fijar

la fecha del matrimonio; y consta en el protocolo estipulado para esta visita que el Príncipe debía venir en secreto, para evitar prematuras alarmas, acompañado solamente de Mosén Ramón de Espés, de su hermano Gaspar y otros dos caballeros castellanos, uno de la casa de Manrique y otro de la de Rojas, que eran las dos familias que con mayor celo y lealtad habían abrazado la causa de D.ª Isabel. Consta también que para mayor decoro de la señora Princesa había de recibir la visita en presencia del Arzobispo de Toledo, el cual daría á conocer mutuamente á los Príncipes.

Así se cumplió religiosamente: D. Fernando, precedido de los seis pajes con hachas encendidas y dos gentileshombres de la cámara de la Princesa, y seguido de los cuatro caballeros castellanos y aragoneses, llegó de la mano del Arzobispo á presencia de D.ª Isabel.

Esperábale ésta en su *camarín*, que no se parecía, ciertamente, al *boudoir* de una dama de nuestros tiempos; era una pieza pequeña en comparación de los vastos salones de aquel palacio, pero capaz de albergar con holgura cincuenta ó sesenta perso-

nas sentadas. Del artesonado, que formaban gruesas vigas talladas de roble obscuro, colgaban antiguas tapicerías con pasajes de la Escritura, que llegaban hasta un alto zócalo de azulejos moriscos. En el fondo del camarín había un estrado muy capaz con dos gradas, y sobre él un sitial para la Princesa, gruesos almohadones para sus damas, una especie de mesita de costura abierta, bastante mayor, pero muy parecida á las de hoy, con bolsón de damasco; junto al sitial de la Princesa estaba la rueca en que hilaba, trabajo manual que le fué muy familiar y grato toda su vida, y muchas veces maduraba, al compás de su rueca, los más arduos negocios de Estado.

En el piso llano de la estancia había una gran mesa cubierta con un tapete de damasco rojo, ceñido con presillas de oro; dos sitiales de lo mismo, varios taburetes y almohadones esparcidos por el suelo, un gran brasero de plata que era pebetero al mismo tiempo y otros ricos muebles de uso desconocido, entre los que se contaban dos de los llamados hoy *vargueños*, que servían entonces para guardar joyas y papeles.

Alumbraban la pieza cuatro altos antor-

cheros de bronce, colocados en los cuatro ángulos, con gruesos cirios de cera blanca y otros doce esparcidos por las paredes, en brazos también de bronce, los cuales, si no comunicaban al camarín la radiante luz de las bombillas eléctricas, dábanle, en cambio, la suave y solemne claridad de un templo.

Hallábase sentada la Princesa en un sitial de los de fuera del estrado, conversando distraídamente con Gutierre de Cárdenas, la Marquesa de Moya, sentada en un almohadón á sus pies, y en un taburete otra señora ya vieja, muy tiesa y encopetada, que era D.ª María, la mujer de Juan de Vibero, dueña de aquel palacio en que la Princesa se albergaba.

Procuraban aquellos fieles servidores distraer con su conversación en el ánimo de la Princesa, aquellas inquietas emociones propias de toda desposada, sea reina, sea pastora, que va á ver por vez primera al esposo sobre que se ha forjado tantas ilusiones...

¿Cómo será él?... ¿Qué le pareceré yo?...

La Princesa, sin dejar de sentirlas, sin duda alguna, las disimulaba maravillosamente, sin dejar traslucir más que cierto

estado nervioso, imposible de ocultar. Tampoco había querido, como era natural, realzar su persona con ningún atavío extraordinario, y lo único que, por deferencia al Príncipe, lucía sobre uno de sus trajes ordinarios, era el magnífico collar de perlas y diamantes que éste le había regalado.

Entró en esto D.ª Mencía de la Torre muy precipitada y contenta pidiendo albricias porque ya había llegado el Príncipe; habíale ella visto apearse ante el postigo desde una ventana en que por orden de su señora se hallaba apostada para dar aviso.

Levantáronse todos bruscamente, y la Princesa, muy pálida, adelantóse algunos pasos, seguida de sus servidores, en medio de un silencio casi angustioso... Abrióse al cabo la puerta y entraron todos en pelotón; Gutierre de Cárdenas, que estaba al lado de la Princesa, le dijo al oído, mostrándole al Príncipe con el dedo: *ese es, ese es;* de donde quedaron las SS en el escudo de los Cárdenas.

El Príncipe y la Princesa cambiaron entre sí una rápida mirada, y debieron quedar igualmente satisfechos; conocióse en el súbito rubor que tiñó sus frentes de púrpura

y en la juvenil y espontánea sonrisa que acudió á los labios de ambos al hacerse la primera y profunda cortesía.

Y en verdad que tenían razón de su mutua complacencia, porque formaban ambos la más gentil pareja. De la Princesa dice Gonzalo de Oviedo en sus *Quinquagenas:* «En hermosura, puestas delante de S. A. todas las mujeres que yo he visto, ninguna ni tan graciosa, ni tanto de ver como su persona, ni de tal manera é santidad honestísima.»

Y aunque rebajemos algo de esto, que al fin y al cabo no es sino una manifestación del gusto del buen Oviedo, que podría ser bueno ó ser malo, siempre queda este otro retrato que trae el extraño libro del *Carro de les donas:* «Esta cristianísima Reina era de mediana estatura, bien compuesta en su persona y en su proporción de miembros. Era muy blanca y rubia; los ojos entre verdes y azules, el mirar muy gracioso y honesto, las facciones del rostro bien puestas, la cara toda muy hermosa y alegre, de una alegría honesta y muy mesurada.»

En cuanto al príncipe D. Fernando, que contaba entonces diez y ocho años, uno menos que D.ª Isabel, «era blanca su color,

aunque ligeramente tostado el rostro por sus continuas excursiones á caballo; mirada viva y alegre, y ancha la frente y despejada; de gallarda y varonil presencia. Era de constitución robusta, vigorizada con las fatigas de la guerra y las jornadas de caballo á que era muy aficionado, llegando á ser uno de los mejores jinetes de su corte, y uno de los que más sobresalían y aventajaban en toda clase de marciales ejercicios. Su voz era un tanto aguda y hablaba con mucha discreción; pero en momentos dados, cuando algo le afectaba ó le convenía, era bastante afluente, y entonces cautivaba y atraía. Con su mucha templanza en el comer, conservaba su salud; con su discreción en el hablar, reservaba su pensamiento; y era tal su actividad, condición en él inherente, que holgaba en los negocios y descansaba en el trabajo».

Presentó el Arzobispo al Príncipe con el título de *Rey de Sicilia*, porque esta soberanía le había cedido su padre el Rey de Aragón, deseoso de realzar á su hijo á los ojos de los castellanos. Duró la visita cerca de dos horas, y en ella se ratificó la palabra de matrimonio ya dada ante un notario y tres testigos, que fueron Pero López

de Alcalá, capellán del Arzobispo; Gutierre de Cárdenas y Gonzalo Chacón, marido de aquella D.ª Clara de Alvernáez, que fué nodriza de la Princesa y después camarera mayor suya; fijóse también la fecha del 18 de Octubre para los esponsales solemnes, y la del 19 por la mañana para el matrimonio religioso.

Cambiáronse después entre los novios varios sencillos regalos, como era ya costumbre entonces, y por la madrugada regresó D. Fernando á Dueñas, con el mismo secreto y cautela con que había venido.

Dos días antes de esta visita, la Princesa, que en todo lo que no se oponía al bien del Reino, ni significaba contemporización con las extravagancias y caprichos del Rey su hermano, procuró siempre darle muestras del mayor respeto y deferencia, dióle una prueba más escribiéndole una larga carta, que inserta íntegra el cronista Enríquez del Castillo, en que le suplicaba aprobase el matrimonio que iba á contraer con el Príncipe de Aragón y Rey de Sicilia, con aprobación de la mayoría de los Grandes y Prelados de Castilla, y en uso de su perfecto derecho y de las leyes del Reino.

Esta carta, modelo de discreción y deli-

cadeza, concluía saliendo ella por fiadora de los sentimientos de respeto y sumisión de su futuro esposo, y protestando su voluntad y propósito de obedecerle siempre como á hermano mayor, señor y padre.

No quiso la Princesa rodear por más tiempo su matrimonio de los misterios y secretos con que se oculta un crimen ó se esconde una vergüenza, y el 18 de Octubre, á las tres de la tarde, hizo su entrada públicamente en Valladolid el príncipe D. Fernando, acompañado de los caballeros aragoneses y de muchos castellanos, y con una escolta de 30 lanzas.

Salieron á recibirle con mucho aparato de trajes y comitivas su abuelo el almirante D. Fadrique, el Arzobispo de Toledo y muchos Grandes que en Valladolid se hallaban y otros que exprofeso vinieron. El pueblo, por su parte, acudió también con grande alboroto y regocijo, porque amaba á la Princesa, y porque, como ya se ha dicho, veía con su admirable instinto en aquel matrimonio el despertar de un hermoso día de paz y de dicha para el Reino.

Apeóse el Príncipe, lo primero, en casa de su abuelo, donde fué regiamente agasajado, y trasladóse al anochecer, seguido de

todos, á casa de Juan de Vibero, donde se hospedaba la Princesa.

Reunidos todos aquellos Príncipes y magnates, así eclesiásticos como seglares, en el inmenso salón de honor del Palacio, publicáronse y ratificáronse solemnemente en su presencia los esponsales, y á continuación leyó el Arzobispo de Toledo, sin que le temblase la voz ni se le inmutase el rostro, aquella Bula de Pío II, ya difunto, dispensando el parentesco de consanguinidad entre ambos Príncipes, fruto exclusivo de la política verdaderamente maquiavélica que el Rey de Aragón, D. Juan II, de acuerdo con el Arzobispo de Toledo, siguieron en este asunto, de que nos ocuparemos más adelante.

Leyéronse después las capitulaciones matrimoniales, firmadas por D. Fernando en Cervera, y ratificadas por el Rey, su padre, obra maestra de la sagacidad de ambos, en que no queda cabo por atar ni resorte por mover para conquistarse y atraerse las simpatías de los castellanos; en estas capitulaciones había un artículo conmovedor, dedicado á la pobre Reina loca, encerrada en Madrigal, y olvidada de todos, menos de su hija. Concluído esto, retiróse

el Príncipe á la posada del Arzobispo, donde pasó la noche.

Al día siguiente, 19 de Octubre, en el inmenso salón del palacio de Vibero, donde se había colocado un sencillo altar, celebróse el matrimonio, siendo padrino el almirante D. Fadrique, abuelo del novio, y madrina la mujer de Juan de Vibero, doña María, dueña de la casa. Hizo de preste en la ceremonia el Capellán del Arzobispo, Pero López de Alcalá, y al salir revestido para celebrar la Misa en el mismo salón, los Príncipes le presentaron la dispensa pontificia y le pidieron que los casase; y leída la dispensa y hechas las proclamas, los desposó, les dijo la Misa y les dió las bendiciones nupciales, según el rito de la Iglesia.

De este acto y de todas sus circunstancias se extendió instrumento público, firmado por Diego Rangel, notario apostólico, y autorizado por Fernando Núñez, tesorero y secretario de la Princesa, escribano de cámara del Rey, y Fernando López del Arroyo, asimismo escribano de cámara del Rey. En la misma acta del matrimonio consta también que asistieron como testigos más de dos mil personas de todos esta-

dos y profesiones, cuyos nombres especifica muy detenidamente en su mayor parte.

El resto del día, dice Clemencín, se pasó en fiestas y regocijos; y al día siguiente por la mañana, conforme á una costumbre que debió ser común y ordinaria, según el tono en que se explican las memorias de entonces, y proscribió la decencia y cultura de los tiempos posteriores, se mostró con pública solemnidad y concurrencia de jueces, regidores y caballeros la ropa del tálamo nupcial.

Siguiéronse siete días de continuos espectáculos y juegos, y al cabo de ellos, según estilo de aquel siglo, salieron en público á Misa los novios, á la iglesia colegial de Santa María.

Así se llevó á efecto este combatido y providencial matrimonio. Quedábale, sin embargo, otro terrible choque que sufrir, del cual salió igualmente triunfante.

* * *

Manejóse con tal disimulo y prudencia todo aquel asunto de la entrada de D. Fernando en Castilla y de su matrimonio en Valladolid, que hasta fines de Octubre no

tuvo la menor noticia de ello el rey D. Enrique.

Súpolo todo de un golpe en Cantillana por el Marqués de Villena, que le hizo venir allí apresuradamente desde Sevilla, donde estaba, para darle estas noticias que sus espías le trajeron.

Alborotóse el Rey, que aun no había recibido la carta que desde Valladolid le escribiera su hermana, y quiso marcharse allá sin pérdida de tiempo para prender á los Príncipes ó expulsarles fuera del Reino. Sosególe el Marqués, que quería antes que nada ganar tiempo para plantear la diabólica intriga que tenía ya imaginada, y llevóle á Extremadura para que él mismo hiciese entrega de la ciudad de Trujillo al Conde de Plasencia, que era uno de sus paniaguados. En Trujillo, rebosando todavía saña que sin cesar atizaba Villena, recibió la carta de la Princesa el 12 de Octubre; dióla á leer á los de su camarilla, y ésta resolvió en Consejo que no se le diese respuesta alguna por escrito, sino que se contestase verbalmente al mensajero que presto iría el Rey á Segovia y allí se resolvería lo que fuera mejor.

Poseía el Marqués de Villena el genio de

la intriga, y como su sagacidad era también extremada, veía venir las cosas desde muy lejos, y procurábase amigos en todas las parcialidades para servirse de ellos á tiempo; por eso mantuvo siempre secretos tratos con la reina D.ª Juana, madre de *la Beltraneja*, á pesar de haber sido el principal promovedor de la jura de los Toros de Guisando; y cuando se vió derrotado y vencido por la Princesa y el Arzobispo en todos los caminos por donde había procurado atajar la subida al trono de Castilla del Príncipe de Aragón, refugióse en el único que ya le quedaba, que era alejar también de la corona á la princesa D.ª Isabel, desbaratando todo lo hecho en el concierto de los Toros de Guisando.

Imaginó, pues, desposar á la niña doña Juana, *la Beltraneja*, que contaba entonces ocho años, con aquel Duque de Berry, hermano de Luis XI, que había pretendido la mano de la princesa D.ª Isabel; hacer luego que el Rey se desdijese de todo lo jurado en los Toros de Guisando, y que reconociendo á la niña D.ª Juana por su legítima hija, la hiciese jurar de nuevo con su esposo el Duque de Berry, príncipes herederos del trono de Castilla.

Imposible parece que hombre alguno pudiera amoldarse á estas vilezas que sólo por satisfacer sus intereses privados exigía del Rey el Marqués de Villena; amoldóse, sin embargo, D. Enrique, porque de tal manera estaba supeditado á su indigno favorito, que dice á este propósito su fiel, pero imparcial cronista Enríquez del Castillo:

«Entre tanto que estos males y plagas corrían por el Reino, siempre el Rey se estaba en Segovia retraído, no porque le faltaba seso ni discreción para sentir é conocer los trabajos de sus Reinos, mas porque estaba tan sojuzgado al querer é voluntad del Marqués de Villena, que no se acordaba de ser Rey, ni como Señor tenía poder para mandar, ni como varón libertad para vivir; en tal manera, que por tales indicios se sospechaba que por hechicerías é bebedizos estaba enagenado de su propio ser de hombre; porque por ninguna resistencia ni contradicción salía del grado é querer del Marqués, é por esta cabsa todos los Grandes del Reyno avían gana de estar en sus casas é no quedar en la Corte.»

Decidido el Rey á seguir el plan del funesto Marqués de Villena, y de acuerdo antes con la no menos funesta reina doña

Juana, sólo quedaba ya que autorizase el rey Luis XI la boda de su hermano, cosa en verdad harto fácil, porque al empeño de alejar de Francia al Duque de Berry, se unían en el solapado Luis sus deseos de mortificar al viejo Rey de Aragón, á cuya Casa guardaba de antiguo la más atroz enemiga.

Enviáronse, pues, al Monarca francés embajadores secretos, encargados de hacerle entender y convenir en el plan que se proyectaba, y mientras la respuesta venía, llevóse Villena al Rey á Segovia, donde tan entretenido le tuvo, que no fueron parte á sacarle de su retraimiento, ni el hambre atroz que padecieron aquel año sus pueblos, ni las otras calamidades á que alude Castillo en el pasaje que antes citamos.

Mientras tanto, los Príncipes, que pronto se percataron de lo que se trataba, enviaban al Rey cartas y embajadas suplicándole que autorizase su matrimonio, y proponiéndole toda clase de medios de conciliación y arreglo; mas nada contestaba éste por escrito, limitándose á responder á los mensajeros algunas frases vagas que revelaban claramente la irritación que cuidaba de mantener en su ánimo, viva y sañuda, el Marqués de Villena.

Escribióle también á éste el almirante D. Fadrique, sin obtener tampoco respuesta, y entonces decidióse á escribir al Rey directamente, y también en el mismo sentido, el Arzobispo de Toledo. Á éste contestóle las siguientes palabras, por medio del mismo mensajero, que era un familiar de la Casa del Arzobispo:

—*Decid al Arzobispo que yo le agradezco su buena voluntad, é que placiendo á Dios, en todo lo que él envía á decir por su creencia, se dará presto tal modo y orden cual verá.*

Y esto así contestaba porque ya entonces tenía noticia de que el Rey de Francia le enviaba una solemne embajada para pedir para su hermano el Duque de Berry la mano de la siempre discutida y tantas veces desairada D.ª Juana, *la Beltraneja.*

Hallábase á la sazón esta desventurada niña en el castillo de Buitrago, bajo la custodia y amparo del Marqués de Santillana y de toda la Casa de Mendoza, que había defendido hasta entonces, de buena fe, sus pretendidos derechos de hija y de Princesa, por no haber querido creer nunca las liviandades de la reina D.ª Juana.

Mas permitió Dios que esta misma seño-

ra, sin quererlo ni intentarlo, viniese á abrir los ojos á aquellos ciegos y fieles servidores, poniéndoles delante sus torpezas, con grave perjuicio de su hija.

Y fué el caso, que relata Pulgar en su Crónica, que recluída D.ª Juana por su esposo en el castillo de Alahejos, bajo la custodia amistosa del arzobispo de Sevilla, D. Alonso Fonseca, cuyos eran el lugar y la fortaleza, trabó relaciones con un mancebo muy galán, llamado D. Pedro de Castilla, sobrino del Arzobispo, que éste mismo había puesto allí al servicio y guarda de D.ª Juana.

—*Esta Reina*, dice Hernando del Pulgar, *como en la Crónica del rey D. Enrique su marido debe ser relatado, deleytándose más en la hermosura de su gesto que en la gloria de su fama, ni guardó la honra de su persona como debía, ni menos la del Rey su marido. É la causa de este hierro, algunos quieren afirmar que procedía della, por ser muy moza y hermosa, é mujer á quien placían hablas de amores é de las otras cosas que la mocedad suele demandar é la honestidad debe negar.*

Y resultó de todo este conjunto de aventuras y circunstancias, que vinieron al

mundo dos angelitos que se llamaron don Fernando y D. Apóstol, *que al presente*, añade Pulgar, *se criaban en Santo Domingo el Real de Toledo, en poder de la Priora de aquel Monasterio, que era tía de aquel D. Pedro.*

Llegaron por aquel entonces á noticia de la reina D.ª Juana los tratos y conciertos, que ya se murmuraban, de la jura de doña Isabel en la venta de los Toros de Guisando, y como fuese esto tan en contra de su mal parada honra y de los intereses de su hija, resolvió fugarse del castillo de Alahejos para protestar de cuanto allí se hiciese, y reclamar ante el Nuncio del Papa. Fraguó, pues, un plan de huída, en que la prestó grande ayuda, no el Alcaide del castillo, como dice Enríquez, sino su cómplice y amigo del corazón, D. Pedro de Castilla.

Hallábase la fortaleza separada del pueblo sólo por una estrecha cañada, y formábanla cuatro macizos torreones unidos por sus respectivas cortinas ó lienzos de altas murallas.

Vivía D.ª Juana en uno de estos torreones, á cuyas ruinas llaman todavía las gentes del país *el tocador de la Reina.* Esta había de salir de su torreón al adarve muy á

deshora de la noche, y cuatro jayanes, que el D. Pedro había encontrado medio de introducir en el castillo, la descolgarían en un cesto por aquella parte de la muralla; al pie de ésta esperaría D. Pedro con algunas caballerías, y sin perder un momento emprenderían entonces la fuga. Cumplióse todo al pie de la letra, sin que les ayudase mucho la fortuna.

La Reina se descolgó en un cesto, dice Castillo, *é como la soga con que la descolgaban era corta, que no alcanzó hasta el suelo, los que la descendían, pensando que ya estaba en el suelo, soltaron la soga y cayó en tierra: por manera que se lijó un poco en la cara y en la pierna derecha. Pero luego que así cayó, fué arrebatada é puesta en las ancas de la mula de D. Pedro de Castilla; é así á más andar sin parar se vino con ella hasta la villa de Buytrago donde estaba su hija...*

¡De tan vergonzosa manera hizo su entrada la reina D.ª Juana, bajo aquel noble y hospitalario techo que amparaba á su hija!...

Hallábanse á la sazón en Buitrago todos los hermanos Mendoza, el Marqués de Santillana, el Obispo de Sigüenza, los Con-

des de Tendilla y de Coruña y D. Juan y D. Pedro de Mendoza, y juntos recibieron á D.ª Juana, con gran sorpresa y aun con disgusto, pero con todo el respeto y acatamiento que á tan nobles caballeros debía merecerles la Reina de Castilla.

Mas aquella temporada de vida íntima con D.ª Juana, bastó para convencerles de que las desenvolturas de la Reina no eran, como creyeron ellos hasta entonces, la ligereza de una moza alegre y poco recatada, más ó menos decorosa, pero siempre inocente en el fondo; sino que encubrían, por el contrario, liviandades y torpezas que no podían justificar ni la edad ni el temperamento; y convencidos también hasta la evidencia de la complicidad de la Reina con D. Pedro de Castilla y de la existencia de aquellos dos niños que se criaban en Toledo, D. Fernando y D. Apóstol, ya no les parecieron tan inverosímiles y calumniosas las voces que corrían sobre la legitimidad de D.ª Juana, y mucho debieron asentarse estas dudas en el ánimo elevado y recto del Obispo de Sigüenza, cuando muy poco después se atrevió á decir al mismo Diego Enríquez del Castillo, que en su Crónica lo cuenta: *Que dudaba si la princesa D.ª Jua-*

na era hija del Rey, visto el disoluto vivir de la Reyna su madre.

Desde entonces, la actitud de este grande hombre, que llamó con harta razón la posteridad el Gran Cardenal de España, fué de la mayor dignidad y nobleza.

Jamás se separó de su Rey y Señor natural Enrique IV; pero fué siempre á su lado el defensor de los derechos de la princesa D.ª Isabel, legítima heredera del trono, y el pararrayos que detenía las tempestades que la saña, la envidia y el despecho del Marqués de Villena levantaba de continuo contra ella; y cuando el odio cegó á éste hasta el punto de solicitar del Rey que prendiese en Segovia á los Príncipes y al mayordomo Cabrera y á doña Beatriz de Bobadilla, su mujer, y vino en ello el imbécil de D. Enrique, quiso, sin embargo, consultarlo antes con el Obispo de Sigüenza: entonces le contestó el noble Prelado con digna entereza:

«—Nunca plega á Dios, Señor, que yo sea en deservicio de estos dos Príncipes, que de vuestra voluntad vinieron á Segovia á vuestro poder. É pues al tiempo que vos plugo que viniesen, no comunicasteis conmigo su venida, menos debiérades ago-

ra comunicar su daño. Pero pues ya os plugo de me lo facer saber, yo vos requiero con Dios que no concibáis en vuestro ánimo tal fazaña: porque no pongo en dubda que hayáis todo el Reyno, especialmente las comunidades contrarias, las cuales tienen creído que de derecho pertenece la subcesión á esta Princesa, vuestra hermana, é podría ser que dello se vos siguiera un gran deservicio, é un peligro de vuestra persona real.»

* * *

Gozosísimo y triunfante, como caudillo que acaba de alcanzar una victoria, anunció al Rey el Marqués de Villena que ya estaba en Burgos la Embajada francesa encargada de pedir la mano de D.ª Juana *la Beltraneja* para el Duque de Berry.

Componíanla doscientas cincuenta personas, y venía al frente de ellas aquel mismo Cardenal de Arras, que vimos ya desempeñar igual misión en Madrigal cerca de la princesa D.ª Isabel y de la Reina viuda su madre; éste y el señor de Torcy traían la representación del rey de Francia Luis XI, y el Conde de Boulogne y el señor de Mo-

nacorsi, los poderes del Duque de Berry, para desposarse con D.ª Juana en su mombre.

Quiso el Rey recibir á los Embajadores con la suntuosidad y aparato que ellos mismos traían, y resolvió hacerlo en Medina del Campo, adonde se trasladó con todos los Grandes y Prelados que pudo allegarse, que fueron bien pocos y desleales y harto caro pagados, como dice Pulgar, *con grandes dádivas, é maravedís de juro de heredad é promesas de mercedes de vasallos é otras rentas que el rey D. Enrique dió é prometió* si le seguían y juraban á la *Beltraneja* como hija suya y Princesa heredera de Castilla.

Fueron los comprometidos á esto el Marqués de Villena; el Conde de Plasencia, que por intrigas y artes de Villena acababa de ser nombrado Duque de Arévalo; D. Rodrigo Alonso Pimentel, conde de Benavente, que era yerno del Marqués; el arzobispo de Sevilla, D. Alonso de Fonseca; el Obispo de Burgos y algunos otros caballeros y Prelados de menor cuenta.

Salieron todos juntos á recibir á los franceses á una media legua de Medina del Campo, con grande aparato y señaladas

muestras de regocijo, y tres días después recibióles el Rey solemnemente, no en el castillo, sino en una gran sala del palacio, rodeado de todos los Grandes y Prelados y de los señores de su Consejo.

Entonces fué cuando aquel descomedido Prelado, ciego por el odio que tenía á los castellanos y aragoneses y por el resentimiento que guardaba á la princesa doña Isabel, pronunció palabras malsonantes que ningún cronista de la época se atrevió nunca á consignar.

Enríquez del Castillo limítase á decir que fueron palabras tales, *que por su desmensura son más dignas de silencio que de escriptura;* y Mosén Diego de Valera, más desenfadado, dice: «El Cardenal explicó su embajada por palabras muy deshonestas, ca era hombre sin vergüenza é osado, é parecíale que la sabiduría en aquello consistía, y entre las otras cosas dixo algunas injurias al príncipe D. Fernando, é á la princesa D.ª Isabel é al Arzobispo de Toledo, é atacaba de malicia é de infidelidad á la gente de España, y con su soberbio fablar pensaba la voluntad de los oyentes, á quien claramente injuriaba, atraer á lo que quería, diciendo que el casamiento del Du-

que de Berry se concordase con D.ª Juana, hija que se llamaba del rey D. Enrique, é allende de estas cosas otras muy más locas palabras.»

Los historiadores modernos, y especialmente D. Diego Clemencín en su admirable *Elogio de la Reina Católica*, son los que han derramado la clara luz de la evidencia sobre este misterioso suceso, y los que han repartido con justicia y con verdad las responsabilidades en que incurrieron cada uno de los personajes que en tan enojoso asunto tuvo parte, sacando, todos unánimes, pura y sin mancilla, la honra de los príncipes D. Fernando é Isabel, víctimas en esta criminal intriga, del celo poco escrupuloso de sus amigos

«Y así rescebidos y aposentados, dice Castillo, dende á tres días, el Cardenal é los otros embaxadores vinieron al palacio del Rey é entrados en una sala ante su Real presencia, estando presentes los Perlados y Caballeros de su Corte, el Cardenal propuso, diciendo que como el Rey de Francia toviese mucho amor con él y lo quisiera como hermano, confederado é aliado, queriendo que aquella hermandad fuera más firme é durable, enviaba á él é á los otros

caballeros que con él venían á Su Alteza, para contratar con Su Alteza el casamiento del Duque de Berry, su hermano, con la señora D.ª Juana su hija; é aquí disparó algunas palabras contra la Princesa Doña Isabel, tales, que por su desmensura son más dignas de silencio que de escriptura.»

Estas palabras *desmensuradas*, dichas además con tono injurioso y significación deshonesta, fueron en substancia, que el matrimonio de la princesa D.ª Isabel con don Fernando era ilícito y criminal, puesto que la Bula de dispensa que se suponía dada por el papa Pío II, ya difunto, era fingida y falsa, no habiendo el Papa dado nunca semejante Bula, por lo que el matrimonio de los Príncipes era nulo, no siendo ni pudiendo ser tal matrimonio sino un criminal amancebamiento.

Creyeron todos entonces, como han seguido creyendo en todos los tiempos, que el Cardenal, cegado por el rencor, calumniaba miserablemente á la Princesa; calumniábala en efecto, pero la calumniaba con *la verdad*, porque aquella dispensa de Pío II aducida para el matrimonio era realmente falsa y apócrifa, hábilmente falsificada por el rey de Aragón, D. Juan II, y

por el Arzobispo de Toledo, grandes políticos, sin duda, pero de aquellos á la moda del tiempo, precursores de Maquiavelo, que no titubeaban en los medios si el fin fuera útil y bueno.

Apremiados por las circunstancias de tiempo y secreto en que hubo de celebrarse el matrimonio de los Príncipes y convencidos de que jamás daría la Princesa su consentimiento sin el previo requisito de la dispensa, imposible ya de alcanzar en tan breve plazo, fraguaron el viejo Rey de Aragón y el Arzobispo de Toledo la falsificación de la Bula, como único medio de solucionar el conflicto, engañando á la princesa D.ª Isabel para acallar sus escrúpulos religiosos, y con el propósito siempre de pedir una verdadera dispensa, en cuanto las circunstancias lo permitiesen.

Los Príncipes presentaron, pues, esta dispensa en el momento de su matrimonio con absoluta buena fe, sin sospechar siquiera que fuese el fruto de tan criminal intriga, y no bien supieron en Dueñas, donde á la sazón se hallaban, el lazo en que habían caído y el escándalo promovido por el Cardenal de Arrás en Medina del Campo, pidieron en el acto una verdadera dispensa

á Roma, confesando al Papa el engaño de que habían sido víctimas, y la culpa involuntaria en que habían incurrido. Otorgóla sin titubear un momento el papa Sixto IV, que ocupaba entonces la silla de San Pedro, y envióla á los Príncipes con el Cardenal Rodrigo de Borja, que fué después Alejandro VI (1).

Oyó el rey D. Enrique con grande paz y sosiego esta diatriba del Cardenal, y como si no le alcanzasen á él las injurias, ni tuviese que ver nada con los injuriados, contestóle con *mucha graciosidad*, dice Enríquez, «que avía mucho placer de la demanda que traían: porque aquello era lo que le agradaba; por tanto, que desde allí nombraba é diputaba al Maestre de Santiago é al Arzobispo de Sevilla é al Obispo de Sigüenza, para que lo contratasen é concluyesen».

* * *

Celebraron, pues, los comisionados varias conferencias con los Embajadores franceses, y convenidos del todo, fijó el

(1) El original de esta Bula, lo mismo que la falsificación de la atribuída á Pío II, existen ambos en el Archivo de Simancas.

Rey para los desposorios el 26 de Octubre. Habían de celebrarse éstos en el valle de Lozoya, que está entre Segovia y Buitrago, viniendo desde aquí la niña *Beltraneja* con su madre la reina D.ª Juana y el rey don Enrique, con su corte y los Embajadores franceses, desde Segovia.

Había en el valle un extenso llano, verde y florido en la primavera, que llamaban del Salvador, y allí levantaron una especie de campamento, que hacía el efecto, desde lejos, de las ferias de ganado en los lugares de Andalucía. Colocaron en el centro una gran tienda, donde había de tener lugar la ceremonia, rodeada de fuerte empalizada á modo de palenque, y guardada en toda su extensión por muchos hombres de armas.

Hallábase la tienda magníficamente adornada en su interior con ricos paños de damasco, alfombras, estrados y sitiales para los Reyes, y en su exterior con rústicas guirnaldas de follaje, banderas y gallardetes; clavado á la puerta, en una especie de pedestal, levantábase enhiesto el estandarte Real de Castilla con muchas borlas y rapacejos, y dos maceros y cuatro hombres de armas hacíanle la guardia inmóviles

como estatuas. Por dentro de la empalizada alzábanse otros varios pabellones, adornados también con magnificencia, para los magnates y Embajadores, y por el lado de fuera veíanse multitud de barracas, como las de las ferias de hoy, donde se refocilaban los estómagos con refrescos, mostos de la tierra, sólidos jigotes y exquisitas golosinas y se distraían los ánimos con las coplas y pantomimas de los juglares; muchos de éstos vendían á los papanatas de la época—pues en todas ellas los ha habido—amuletos y cuentas hechizadas, y clandestinamente y recatándose de frailes y clérigos, ofrecíanles también grotescos muñequillos de trapo y barro para hechizos de amor ó de venganzas; supersticiosa y horrible farsa ésta, que tres siglos después aun no había logrado la Inquisición desarraigar del todo.

La curiosidad y de ninguna manera el entusiasmo por el acto que iba á celebrarse ni el afecto á las Reales personas que en él intervenían, era la que había despoblado todos los lugares vecinos y atraído al valle de Lozoya una muchedumbre abigarrada y llena de animación, compuesta de todos los elementos que formaban la so-

ciedad de entonces; labradores, aldeanos, menestrales, burgueses, clérigos, frailes, hidalgos, mujerzuelas, damas principales y multitud de judíos, entraban y salían en las barracas con actividad de inquieto hormiguero; y apiñábanse en torno de la empalizada, ávidos de contemplar la comitiva de los magnates, por esa atracción misteriosa, mezcla de admiración y de envidia, que ejerce todo lo que está arriba sobre todo lo que está abajo, todo lo que sobresale algo, en cualquier género que sea, sobre todo lo que no se alza nada, sobre el nivel común de las medianías ó las nulidades.

Llegó al fin el Rey el primero, precedido de clarines y maceros, rodeado de su corte y de los Embajadores, y escoltado por sus guardias *continos:* no se detuvo en el campamento la brillante comitiva, ni penetró siquiera en el palenque, sino que bordeando la empalizada entre la muchedumbre, siguió por el camino de Buitrago para salir al encuentro de la Reina.

Venía ya ésta por la angostura del valle, escoltada aparatosamente por toda la Casa de los Mendoza. Tuvo esta Reina funesta, que tanta sangre y tantas lágrimas costó á

Castilla, gran fama de hermosura, y poseíala en efecto, porque realzaba con el lujo de sus galas y el postizo de sus afeites los encantos reales con que la había dotado la Naturaleza. Una delicada capa de arrebol matizaba suavemente sus nacaradas mejillas, y sus rubios cabellos tenían verdaderos vislumbres de oro, gracias á un aceite misterioso, secreto de un alfaquí moro, tan inflamable á la acción del calor, que bastó cierto día que un rayo de sol la diera algún tiempo en la cabeza, para hacerle arder súbitamente la cabellera con grave peligro de su hermosura y aun de su misma vida: extraño caso este que consignan todos los cronistas de la época, porque sirvió para descubrir una gran vergüenza de la Reina que perjudicó mucho á su honra.

Venía la Reina envuelta por completo en un blanco alcaicer de seda cruda, como las mujeres árabes, que la preservaba del polvo y del aire y la cubría de pies á cabeza sin impedirla el manejo de su cabalgadura, que era una hermosa mula rucia muy manchada de negro: á su derecha iba una hacanea blanca de muy poca alzada, con jamugas de plata sobre gualdrapa de ter-

ciopelo azul bordada de lo mismo; conducíanla por ambas bridas dos mozos de espuela y otros dos marchaban detrás á derecha é izquierda: entre ambas parejas de mozos, iban también, una á cada lado, dos dueñas muy autorizadas, montadas en sendas y pacíficas mulas; y sentada en la hacanea, ó más bien, hundida en los almohadones de las jamugas y fuertemente afianzada con correas para que no resbalase y cayera, iba una especie de bulto blanco, que hubiérase tomado por lío de trapos, si sus inquietos movimientos no revelasen á veces que iba allí un ser viviente.

Y sin embargo, bajo aquel lío de trapos, que no era sino un blanco alcaicer y velos morunos, como los de la Reina, iba la heroína de la fiesta, la novia del Duque de Berry, D.ª Juana *la Beltraneja*, que contaba á la sazón ocho años.

Formaban la comitiva de la Reina más de 60 personas, sin contar las 100 lanzas aprontadas por los hermanos Mendoza para escoltarla, y marchaba á la cabeza el Marqués de Santillana y sus cinco hermanos, el Obispo de Sigüenza, el Conde de Tendilla y el de Coruña, D. Juan y D. Pedro de Mendoza y cinco damas de la misma

ilustre Casa, probablemente esposas de éstos.

Sonaron en lo más hondo del valle los clarines que precedían al Rey, y al oirlos la Reina, detuvo al punto su cabalgadura y apeóse ligeramente sin auxilio de nadie, no con la premura de la mujer ansiosa de recibir á su marido, sino con previsión de coqueta temerosa de que la sorprendieran en aquella guisa los apuestos Embajadores franceses.

En mitad del campo, como aquellas Princesas de la Odysea que hacían su *toilette* en las claras aguas de un arroyo, hizo la suya la Reina bajo un robledal, despojándose de todos aquellos alcaizares y cendales que la afeaban y apareciendo en todo el esplendor de su belleza, su lujo y su elegancia.

Cinco siglos antes de inventarse los automóviles y de haber imaginado las damas de hoy el socorrido *cachepousière*, ya había sabido ingeniarse esta coqueta del siglo XV, para llegar sin la menor chafadura después de una caminata de dos leguas á caballo, por los caminos de entonces.

Apeáronse todos los de la comitiva, á ejemplo de la Reina, y apearon también á la princesa D.ª Juana, que despojada á su

vez de todos los velos y alquiceres que la hacían parecer un lío de trapos, apareció entonces, no en todo el esplendor de su belleza, como su madre, sino en toda la plenitud de su insignificancia, cualidad la más desfavorable para un Príncipe, y que, sin embargo, es el pálido y único resplandor que ilumina en la Historia la triste y descolorida figura de D.ª Juana *la Beltraneja*, víctima inocente de las culpas de sus padres, y juguete siempre de enconos y ambiciones ajenas.

Tenía á la sazón D.ª Juana ocho años, y no era entonces ni lo fué nunca, alta ni baja, fea ni bonita, necia ni discreta: cuidaban poco del aliño de su persona, y en gracia de la solemnidad de que aquel día era heroína, habíanla ataviado con lujo y adornos inusitados que embarazaban sus movimientos y la hacían parecer cohibida y hasta ridícula.

* * *

Galanas y bizarras las damas y libres ya de todo lo que las encubría ó afeaba, púsose de nuevo en marcha la comitiva, llevando esta vez la brida de la mula de la Reina

el Marqués de Santillana, y la de la hacanea de D.ª Juana, D. Pedro, el menor de los hermanos Mendoza. Á un tiro de piedra topáronse con la comitiva del Rey, y ya juntos todos dirigiéronse al campamento, entre un torbellino de gente, haciendo por el camino los caballeros franceses mil primores y gentilezas con los caballos, que agradaron mucho á las damas y los acreditaron ante todos de consumados jinetes.

Entonces, en la gran tienda levantada en el centro del palenque, tuvo lugar uno de los actos más viles y vergonzosos que registra la Historia. Sentado el Rey en su improvisado solio, teniendo á su derecha á la Reina y á su izquierda á la infeliz niña á quien con vergüenza de todo el Reino llamaba á veces su hija; en presencia de todos los Grandes y Prelados de la Corte, de los Embajadores franceses y de aquel inmenso pueblo que se oprimía, ávido por escuchar, en torno de la tienda, mandó D. Enrique á su Contador mayor Antón Núñez de Ciudad Rodrigo, leer una *carta patente* firmada de su mano y sellada con el sello Real, que se divulgó después por toda Castilla, causando el efecto del espumarajo del

blasfemo, que escupe al cielo y le cae en mitad de la cara.

En este vergonzoso documento, obra del Marqués de Villena y fruto y resultado de sus intrigas y cálculos, refería el Rey á su modo el concierto de los Toros de Guisando; acusaba á la princesa D.ª Isabel de haber faltado á todos sus compromisos; hacíase eco de las viles injurias vomitadas contra ella en Medina del Campo por el Cardenal de Arrás, y concluía desheredándola por estas falsas razones, desdiciéndose de todo lo jurado en Toros de Guisando y nombrando Princesa de Asturias y legítima sucesora de los Reinos de Castilla *á la su muy amada hija D.ª Juana, que presente estaba y daba por esposa al ínclito Duque de Berry y de Guiana, Carlos, hermano del Rey de Francia, heredero con ella, por virtud del desposorio, después de su fallecimiento.* En virtud de lo cual suplicaba y mandaba á todos que obedeciesen á la dicha princesa D.ª Juana, *la su muy amada hija,* y la jurasen con aquella solemnidad que de derecho en tal caso se requería, para que después de su muerte ella sucediese y heredase en todos su reinos, estados y señoríos...

¡Podía estar el Marqués de Villena satisfecho!... ¡Jamás favorito alguno alcanzó victoria tan completa, ni hundió á su Rey en cenagal más hondo de vergüenza y de ignominia!...

Un silencio glacial acogió la lectura del infame documento, así dentro como fuera de la tienda. Mas á una seña del Marqués de Villena sonaron al punto las trompetas y atabales y una ruidosa música de chirimías morunas, traída, como gran novedad, al efecto, y todos aquellos Grandes y Prelados, venales y corrompidos, que se vendían y compraban al mejor postor, y que habían jurado ya por Princesa á D.ª Isabel, se inclinaron y doblaron la rodilla y juraron á *la Beltraneja*, sin temor de Dios, ni empacho de su perjurio, ni miedo á la pública vergüenza.

Una excepción hubo, sin embargo: el gran obispo de Sigüenza, D. Pedro González de Mendoza y sus cinco hermanos, negáronse á jurar respetuosa, pero enérgicamente, dando por decoroso pretexto, en aquel tan espinoso asunto, que ya ellos habían jurado á D.ª Juana, cuando al poco tiempo de nacida el Rey les mandó jurar, promoviendo así la rebelión

de los Grandes y el vergonzoso auto de Ávila.

Quedábales, sin embargo, por cometer aquel día otro perjurio á los indignos monarcas de Castilla D. Enrique y doña Juana.

El deslenguado Cardenal de Arrás subió atrevidamente las gradas del trono en que se hallaban los Reyes, y cogiendo la mano de la Reina y apretándola fuertemente, preguntóla si juraba que la niña allí presente, y tenida por hija suya, lo era también del Rey. La Reina, sin palidecer siquiera bajo su colorete, ni bajar los ojos ante la mirada indagadora del Cardenal, contestó que *así lo juraba.*

Fuése entonces el Prelado al Rey, y, tomándole la mano de idéntico modo, hízole la misma pregunta. Turbóse D. Enrique algún tanto, menos cínico ó menos osado; miró á hurtadillas al Marqués de Villena, como en demanda de auxilio, y contestó al cabo, bajando los ojos, que *así lo juraba.* Satisfecho el Cardenal entonces, mandó llamar al Conde de Boulogne, que traía la representación del Duque de Berry, que esperaba en un pabellón vecino, y uniendo su mano con la de la princesa D.ª Juana,

y apretándolas las dos con una de las suyas, quedó hecho el desposorio.

Mas como si se colmase con esto la paciencia divina y sonara ya la hora de las venganzas, sucedió entonces un caso extraño, que muchos tomaron por prodigio y algunos por principio cierto de futuras desgracias. Y fué ello que, «faciendo día muy claro, dice Mosén Diego de Valera, un viento súpito se levantó con tan grande escuridad de nublados é de agua é de granizo tan grande, que no se pudiendo remediar, se partieron los unos de los otros, buscando cada uno donde pudiese guarecerse, dejando á D.ª Juana sola. Ni el Rey que era usado de sufrir muchas veces nieves é vientos, no se pudo sofrir, que no desamparase la hija tan amada, la qual sola quedó con un mozo de espuelas, el qual la puso debajo de algunos robles y estuvo allí una gran pieza fasta que pasó aquella turbación; é los caballeros con gran vergüenza volvieron á la buscar, de los cuales algunos ovo que pronosticaron de aquel caso los males que después vinieron, á causa de esta D.ª Juana, nascida para daño universal d'España».

¡Aquel ciclón, repentino y espantoso, des-

garró en un segundo las tiendas, desbarató mojigangas y banderas, hizo trizas las barracas, arrancó de cuajo los árboles, dispersó y puso en temerosa fuga personas y bestias, al compás de pavorosos truenos, cual si la cólera de Dios quisiera barrer del suelo de Castilla tanta ignominia, tanta vergüenza, tanto perjurio!...

Y cual si el otro ciclón de la muerte hubiera querido abrir camino á tiempos mejores, arrebató también en brevísimo plazo á todo el que se oponía á la subida al trono de Isabel y de Fernando. Murió de veneno aquel Duque de Berry, desposado con la infeliz *Beltraneja;* murió aquel Cardenal de Arrás, complicado en el asesinato del Conde de Armagnac, muerto á puñaladas en su presencia; *y murió*, dice Enríquez, *quemado de fuego salvaje*, *sin remedio alguno ni cura que le pudiera prestar sanidad é ansí murió más desesperado que con devoción.* Murió también el Marqués de Villena de una postema en la garganta, mereciendo su muerte del cronista este solo comentario: «¿Qué fama correrá de ti entre la gente del mundo, sino que perdiste la vida usurpando lo ajeno? Bástete, pues, saber de cierto que dejas feo

apellido de tu nombre y mayor infamia de tus obras...» Aquella providencial racha de la muerte arrebató, finalmente, al rey D. Enrique, que murió sin haber hecho otra cosa buena en la vida—y esa no por su voluntad—que dejar el trono vacante á sus hermanos D.ª Isabel y D. Fernando...

Y desde este afortunado primer momento comenzaron aquellos dos grandes Monarcas á sosegar y moralizar, á unir y allegar todos los diversos elementos con que formaron ellos, y solo ellos, aquella gran Monarquía española en que nunca se ponía el sol, y que, por decirlo así, solo tuvieron tiempo de *hilvanar*.

Quién fuera la persona destinada por la Providencia divina para *coser* esta obra colosal de los Reyes Católicos, para fortalecerla y entregarla intacta y segura en mano del gran Carlos I, lo veremos en el capítulo siguiente.

III

Cinco meses después del vergonzoso auto de Ávila, y al caer de una tarde triste y brumosa de Noviembre, cruzaba un pobre

clérigo los yermos y desolados campos de Castilla con dirección á Torrelaguna.

Montaba una ruin mula de alquiler, y por el corte de su traje y la forma extraña de su enorme sombrero, hubiérasele tomado por un sacerdote romano. Llevaba á la espalda una barjuleta ó mochila sujeta con correas; á las ancas de la mula, unas flacas y lacias alforjas, y seguíale por todo acompañamiento, como mozo de espuelas, un desharrapado rapaz de quince años, montado en un asnillo cargado de papeles.

Al traspasar la cumbre del cerro que llaman ahora de las Calerías, presentóse de repente ante el viajero la humilde villa, dormida ya en la falda del cerro y casi oculta entre la bruma, como un pájaro en el suave plumón de su nido. Algunas lucecitas brillaban á lo lejos entre la niebla, como ojos escrutadores que observasen curiosamente al pobre clérigo.

Pareció éste conmoverse mucho á la vista repentina de aquel montón de casucas, que sin duda encerraba para él grandes recuerdos; detuvo su cabalgadura en un repecho del cerro, y con la cabeza descubierta y fijos los ojos en el campanario de la iglesia, que se alzaba sobre la niebla

como un dedo señalando al cielo, rezó en alta voz algunos salmos de acción de gracias, con el enjuto rostro contraído por emoción hondísima.

Luego, como si pusiese su alma toda en cada una de sus palabras, y quisiera salvar con la voz la distancia, y taladrar con la vista las paredes de la iglesia, para penetrar en alguna de sus sepulturas, rezó con devoción profunda el cántico de la muerte, la plegaria de los difuntos, el *De profundis clamavi ad te,* concluyendo de esta manera: *Requiem aeternam dona, Domine, famulo tuo Alphonso.* Dad, Señor, el descanso eterno á tu siervo Alfonso.

Entonces un sollozo seco, varonil y único se escapó de su pecho, y sin decir palabra, siguió hacia Torrelaguna.

Al volver la primera esquina del pueblo, le detuvo una ronda: estaba el lugar dividido, como toda Castilla, en los dos bandos, enriquistas y alonsinos; y éstos, que dominaban allí por influjo del Arzobispo de Toledo, ejercían una vigilancia continua para prevenir y evitar atropellos y sorpresas de los otros.

No se inmutó el clérigo en lo más mínimo, y contestó á las preguntas que le hi-

cieron, llamando por sus nombres á muchos de los que se las dirigían, y diciendo que él se llamaba Gonzalo Ximénez, y que era natural de aquel mismo lugar de Torrelaguna; que venía de Roma, donde había estado siete años, ordenádose de sacerdote y ejercido el cargo de abogado consistorial todo aquel tiempo; y que había, finalmente, abandonado aquellos lugares y aquel honroso cargo, porque á la reciente muerte de su padre, Alfonso Ximénez, allí mismo en Torrelaguna, habíale parecido obligación suya acudir al amparo y ayuda de su anciana y noble madre D.ª Marina de la Torre.

Dieron voces de contento todos los presentes al oir estos nombres tan conocidos y respetados en el lugar, y muchos corrieron á pedir albricias á D.ª Marina por la llegada de su hijo, y los restantes acompañaron á Gonzalo con grande algazara de vítores y bienvenidas hasta la casa de su madre.

Era la casa mezquina, de un solo piso, con una torre cuadrada; pero toda ella de piedra y esculpido en un ángulo de ésta un gran blasón, cubierto entonces con paño negro, como es costumbre todavía en

los lugares de Castilla cuando muere el señor. La puerta era ojiva, muy baja, y con dos groseros asientos de piedra á los lados; las ventanas pequeñas, escasas y sin simetría ni concierto; sólo en la torre había cuatro ojivas perfectamente simétricas, una en cada fachada. El zaguán, hondo y obscuro, daba entrada por la izquierda al establo y al corral, ambos vacíos y cerrados, y por la derecha á la cocina, pieza la más importante y atendida en toda casa de aquella época, porque en ella estaba el hogar material y también el hogar moral, fundamento de la familia y vínculo que la unía y estrechaba.

Era la cocina amplia y capaz, y notábase en toda ella un doble matiz de nobleza y de escasez, de aristocrático bienestar pasado y de vergonzosa pobreza presente, que, lejos de unirse y combinarse, parecían luchar á brazo partido, poniendo más de manifiesto su doloroso contraste.

En el frontis de la enorme campana de la chimenea, capaz de cobijar á doce hombres sentados, veíase esculpido en una piedra el blasón de los la Torre: una torre de oro en campo azul, con dos leones á los lados, y á los pies de la vasta pieza veíanse

en un astillero, especie de estante muy alto en que se guardaban las lanzas, tres de éstas, que habían pertenecido al glorioso abuelo que conquistó el blasón en tiempos del rey D. Ramiro. Debajo de la gran campana de la chimenea, y marcando el lugar de honor en que solía colocarse la dueña de la casa, había un gran sillón de baqueta en cuyo remate veíase tallada la Cruz de Santiago, á cuya orden perteneció el padre de D.ª Marina.

En cambio, sólo se veían en los extensos vasares pobres y escasas escudillas de barro, las mesas adosadas á la pared para comer la servidumbre, estaban caídas y descuidadas, como si no se usasen, y de los triples llares de la chimenea sólo pendía sobre la lumbre un mísero caldero conteniendo el jigote que tenían únicamente para cenar aquella noche la noble señora D.ª Marina de la Torre y la única mujer que la servía.

Á la misma hora que Gonzalo Ximénez se detenía conmovido á la vista de Torrelaguna, hallábase su madre sentada junto al hogar en su gran sillón de baqueta, hilando tristemente en su rueca de ébano.

Era una anciana de alta estatura, delga-

da y tiesa como el huso de su rueca: todo revelaba en aquella mujer la perspicacia y entereza de su carácter; sus ojos hundidos y penetrantes, su nariz corva como pico de águila, sus labios hendidos, delgados y firmes. Cubría su cabeza el tocado propio de las mujeres nobles de cincuenta años antes: una apretada toca blanca que le ocultaba el pelo hasta la raíz por todas partes y venía á formar en lo alto un promontorio en forma de grandes y verdaderos cuernos, semejantes en algo á la *cornette* de las Hermanas de la Caridad francesas. El resto de su vestido era una basquiña de jerga de luto muy tableada, que apenas la llegaba al suelo, y un manteo de la misma jerga, que se había quitado al entrar, depositándolo en un banco; llevaba también pendiente de la cintura una escarcela de paño burdo negro y un largo rosario.

Sentada en el suelo sobre un corcho, á la usanza árabe, hállase á corta distancia una zafia aldeana, ya vieja, desgranando en un cesto mazorcas, que sacaba de otro cesto muy grande. Aquella vieja constituía la única servidumbre de D.ª Marina, y era morisca de origen, como lo acreditaban lo

atezado de su rostro, la especie de turbante listado de negro y rojo que cubría su cabeza y las enormes arracadas de plata que la pendían de las orejas.

Sonó el toque de queda en la campana de la parroquia con esa imponente solemnidad que prestan á todo la noche y el silencio, y como insolente provocación á este mandato de quietud y de sosiego, resonaron á poco en la calle voces y gritos, y grandes y repetidos golpes en la puerta de D.ª Marina, atrancada ya desde el caer de la tarde.

Miráronse en silencio las dos mujeres, sorprendida y temerosa la morisca, y sorprendida también, pero no asustada, la animosa señora, aunque harto comprendía que en aquellos tiempos de revueltas cualquier atropello ó violencia eran posibles. Seguían en la calle el alboroto y los porrazos, y D.ª Marina mandó al cabo á su criada que se asomase por la ventana del establo para informarse de la causa del bullicio y abrir, si era necesario, la puerta.

Salió la morisca de la cocina, llevándose el único y enorme candil de hierro que la alumbraba, y quedó la vasta pieza iluminada tan sólo por los movibles resplando-

res que del fogón se escapaban. Ocurrióseele entonces á D.ª Marina lo que realmente era: que su hijo había llegado al lugar y topádose en el camino con vecinos y conocidos.

No quiso, sin embargo, encariñarse con esta idea, ó quizá presentimiento de su corazón, porque parecíale imposible hacer en tan breve plazo el viaje de Roma á Torrelaguna, aunque se hubiera puesto en camino su hijo en el momento de recibir el mensaje que le envió ella misma noticiándole la muerte de su padre Alfonso Ximénez.

Interrumpió de repente estas imaginaciones de la anciana un tropel de gente armada que invadió la cocina pidiendo albricias, y que en la semiobscuridad que allí reinaba antojáronsele á ella seres fantásticos. Uno, más alto que los demás, abrióse paso entre todos, se acercó á doña Marina, y postrándose á sus pies, besóle las manos repetidas veces.

Conoció ella al punto á su hijo, que había salido de allí mozo imberbe y volvía ya de treinta años, ordenado de Ministro de Dios; mas, á pesar de su profundo respeto al sacerdocio, dejóle humillarse á sus pies y prestarle aquel acatamiento, porque

la gente de aquella época rara vez renunciaba á una prerrogativa, y nunca jamás á la que era entonces y es ahora y será siempre la más santa y legítima que pueda existir en la tierra, y acatan y respetan reyes y príncipes, y hasta el mismo Dios del cielo quiso enaltecerla y honrarla sometiéndose á ella: la prerrogativa de *madre*.

Abrazáronse después D.ª Marina y su hijo sin lanzar una exclamación ni derramar una lágrima; porque aquellas dos almas, de idéntico temple, grande, fuerte y enérgico, se amaban con obras y desdeñaban las muestras estériles y las vacías manifestaciones.

¿Qué prueba de amor más grande pudo dar el hijo á la madre que aquel viaje de Roma á la aldea, abandonándolo todo, hecho en la mitad de tiempo que hubiera empleado cualquiera, á la sola insinuación del desamparo y la soledad de la anciana?... ¿Y qué podían añadir las lágrimas y sollozos á la larga serie de sacrificios, trabajos y pesares sufridos por ella para educarle y darle estudios en Alcalá, Salamanca y Roma con el decoro conveniente á su condición de nobilísimo hidalgo y en medio de su angustiosa pobreza?...

Agotados los plácemes y enhorabuenas, despidiéronse los de la ronda, y á solas ya D.ª Marina y Gonzalo Ximénez, hablaron largo rato, tan tranquila y reposadamente como si reanudaran una conversación entablada la víspera. Refirióle entonces ella la cristiana muerte de Alfonso Ximénez, el desamparo en que la había dejado, los apuros que pasaba para costear los estudios en Alcalá á su hijo menor Bernardo y los disgustos con que éste la pagaba, nacidos de su carácter alborotado, egoísta y envidioso... Interrumpióla aquí Gonzalo, deseoso de consolarla, diciendo que todo aquello era fruto de la edad y que los años se encargarían de corregir al muchacho, como á él mismo le había sucedido.

Movió la cabeza negativamente la anciana, y replicó con gran viveza en su anticuada habla castellana:

—¡No en mis días, mi fijo!... Mancebo vos, fuisteis de otra guisa...

Insistió Gonzalo Ximénez, añadiendo en defensa de su hermano que todo se remediaría si no era más que alborotado. Mas irguiéndose D.ª Marina, y clavando en su hijo los perspicaces ojos, replicó lentamente, con profunda amargura, como si

le quemasen las palabras los delgados labios:

—¡Es un perverso... y presto lo veredes!...

Cruel profecía de una madre, cuya certeza pudo comprobar Gonzalo Ximénez algunos años más tarde.

* * *

La ejemplar conducta de Gonzalo Ximénez en la corrompida Roma de entonces, sus talentos y aplicación al estudio y la rectitud y acierto con que desempeñó su cargo de abogado consistorial, conquistáronle el aprecio de varios Cardenales, y al volver á Castilla otorgóle el Papa un Breve, concediéndole el primer beneficio que vacase después de su llegada en la diócesis de Toledo.

En este Breve del Papa fundaba, pues, Gonzalo Ximénez, con razón, todas sus esperanzas al volver á su patria, pues por humilde que fuese el beneficio que más tarde ó más temprano había de vacar, era siempre seguro, y, sin duda, bastaría para llenar las aspiraciones de su madre y las suyas propias, siendo en ambos tan modestas.

Vacó á poco, en efecto, el arciprestazgo de Uceda, que convenía á todas luces al buen Gonzalo Ximénez; la renta no era grande, pero la jurisdicción extendíase mucho, y comprendíase en ella la villa de Torrelaguna, la cual proporcionaba á doña Marina la ventaja inmensa de tener al lado ó próximo á su hijo, sin abandonar el lugar ni su casa solariega.

Reclamó, pues, el arciprestazgo, presentando su Breve, y tomó posesión de él con todos los requisitos canónicos y en uso de su perfecto y sagrado derecho.

Este modo de proveer los beneficios, que se llamaba entonces por vía de *gracias expectativas*, era antipático á varios Obispos, porque menguaba su autoridad, según ellos, y destruía á veces, ciertamente, sus planes y combinaciones, justas ó injustas, para la provisión de las prebendas. Y si así pensaban entonces Prelados sabios, virtuosos y sumisos á la autoridad pontificia, júzguese cuál no pensaría un hombre tan altanero y rebelde como don Alonso Carrillo, arzobispo de Toledo, en cuya diócesis se hallaba enclavado el arciprestazgo de Uceda.

Había, en efecto, Carrillo prometido esta

prebenda á un su limosnero, que le sirvió bien en ciertas intrigas políticas, y como era liberal en galardonar á los que bien le servían y fiel en cumplir sus promesas, irritóle grandemente que persona tan ruin como era á sus ojos Gonzalo Ximénez, le desbaratase su plan y le impidiese cumplir su palabra, y como estaba acostumbrado á que su voluntad fuese ley con sólo manifestarla, envió al nuevo arcipreste un mensaje poco cortés mandándole renunciar al punto el arciprestazgo porque lo tenía él ya prometido.

Este mandato altanero y arbitrario hirió la dignidad de Gonzalo Ximénez, y como lesionaba al mismo tiempo los derechos de la Santa Sede y menospreciaba la autoridad pontificia, negóse resueltamente á obedecer ante la curia eclesiástica.

Sucedió esto cuando después de la muerte del desdichado infante D. Alonso y de la negativa de D.ª Isabel á ceñirse la Corona, habíase retirado el Arzobispo á Yepes con Mosén Pierres de Peralta, y desde aquel rincón gobernaba su diócesis con la bullidora, minuciosa y despótica autoridad que empleaba en todas sus cosas...

Supo allí la negativa de Gonzalo Ximé-

nez, y asombróse lo primero de que clerigüillo tan ruin le osase hacer frente y le desafiase. Mas montando en cólera después ante lo que él llamaba *ciega rebeldía*, no habiendo otra que la suya propia contra el Breve del Papa, mandó como gran misericordia hacer á Gonzalo Ximénez una segunda intimación, y si persistía en su desobediencia, amenazarle con cárcel perpetua hasta que cediese.

Mas el Arcipreste, firme siempre en su derecho, persistió en su negativa, y ciego ya de cólera el irascible Prelado, mandó, contra toda razón, contra todo derecho y contra toda justicia, encerrarle en el castillo de Uceda, en los mismos calabozos que ocupó años después otra víctima ilustre: aquel gran Duque de Alba, que salió de allí para ejecutar el acto más honrado y más leal que cabe en un noble ofendido: el de conquistar un reino para el mismo Monarca que le agraviaba.

Dos años largos pasó Gonzalo Ximénez encerrado en el castillo de Uceda; hacíale de tiempo en tiempo preguntar el Arzobispo si consentía en renunciar el arciprestazgo, y Gonzalo contestaba con igual calma y la misma entereza que no lo re-

nunciaba; hasta que, exasperado Carrillo con la resistencia de aquel pobre clérigo que se atrevía á hacerle frente y con dos solas palabras: «*No renuncio*», detenía la máquina formidable de su poder inmenso, mandóle trasladar al castillo de Santorcaz, cárcel entonces de los clérigos viciosos y corrompidos de que no se podía hacer carrera, para ver si vejándole y oprimiéndole con mayor ignominia conseguía al fin doblegarle.

Mas la firmeza de Gonzalo era del temple del acero, que se rompe, pero no se dobla, y en Santorcaz como en Uceda se mantuvo firme en su derecho y tenaz en su respuesta. Por otra parte, no perdió el tiempo el Arcipreste en ninguna de sus dos cárceles: el estudio y la oración fueron sus dos continuas ocupaciones, y el primero le elevó sobre el alto pedestal del saber en que brilló más tarde su figura, y la segunda le rodeó de la brillante aureola de virtud y santidad que informó y resplandeció luego en todos sus actos.

En otra amarga ciencia hizo también difíciles progresos: meditando día y noche, sin rencor ni apasionamiento, en toda la extensión de su desgracia, su madre des-

amparada, su juventud tronchada, su porvenir destruído, vió claramente el daño inmenso que puede ocasionar el poder en manos de la soberbia y la ignorancia; la responsabilidad tremenda en que incurre el que en tales manos le abandona, y en largas y profundas meditaciones estudió y aprendió en teoría los resortes que era necesario apretar y los tornillos que era preciso aflojar para poner remedio á tamaños males entre los hombres de su nación y de su época.

Seis años largos duró este injusto cautiverio en que tuvo á Gonzalo Ximénez el arzobispo Carrillo, y al cabo de ellos acertó á pasar, ó más bien llevó Dios de la mano á Torrelaguna á la Condesa de Buendía, sobrina carnal y muy querida del turbulento Prelado.

Era ésta hija de una grande amiga, y algunos creen que parienta, de D.ª Marina de la Torre, y no dejó ésta de aprovechar la ocasión de interesar á su deuda en favor de su hijo. Doña Marina no derramó una lágrima en su entrevista con la Condesa; no profirió una queja ni dejó escapar una sola invectiva contra nadie; pero con tan enérgica desolación pintó su desventura y

la injusta desgracia de su hijo, que la buena Condesa no pudo contener las lágrimas y prometió á la anciana con toda su alma interponer su valimiento con su terrible tío hasta donde fuese posible.

Hízolo, en efecto, con tal tacto y tal maña, aprovechando una de las rachas de generosidad y grandeza que indudablemente tenía á veces el Arzobispo, que por verdadero milagro de Dios cedió Carrillo, quizá por primera vez en su vida, y cuando menos se pensaba mandó poner en libertad á Gonzalo Ximénez y entregarle el arciprestazgo de Uceda sin dilaciones ni obstáculos.

Tomó Ximénez posesión de la prebenda y disfrutóla seis meses, sin dar gracias al Prelado, porque le pareció bajeza, ni hacer tampoco alarde de su triunfo, porque lo tuvo por ruindad de ánimo. Mas transcurrido este tiempo, en silencio y sin ruido, permutó con ventaja, y porque Dios así lo iba disponiendo, el arciprestazgo de Uceda por la capellanía mayor de la iglesia de Sigüenza.

* * *

Era á la sazón obispo de Sigüenza don Pedro González de Mendoza, hijo del célebre Marqués de Santillana y nieto de aquel *Diegote* que se consigna en el precioso romance de la muerte del señor de Hita y Buitrago en la batalla de Aljubarrota:

El caballo vos han muerto,
Sobid, Rey, en mi caballo.
.....
.....
Á Diegote os encomiendo,
Mirad por él que es mochacho;
Sed padre y amparo suyo,
Y á Dios que va en vuestro amparo.
Dijo el valiente alavés,
Señor de Hita y Buitrago,
Al Rey Don Juan el primero,
Y entróse á morir lidiando.

Cuando Gonzalo Ximénez llegó á Sigüenza, no era ya el Obispo aquel Prelado batallador que dió en Olmedo y en Toro más pruebas de valor heroico que de mansedumbre apostólica, y mucho menos el afortunado galanteador de damas de la reina D.ª Juana.

Aquellos yerros de su mocedad, que no justifican, ciertamente, pero que atenúan hasta cierto punto las ideas, costumbres y vicios de su época, habíanse ya olvidado ante el arrepentimiento del hombre madu-

ro, las obras expiatorias del sacerdote ejemplar, la prudencia y lealtad del hombre de Estado, la munificencia del gran señor, y tantas otras cualidades sólidas y brillantes como adornaban á aquel hombre insigne que llamó la posteridad con harta razón el *Gran Cardenal de España.*

Gonzalo Ximénez y el cardenal Mendoza adivináronse á la primera vista, y el trato íntimo y frecuente que por razón de sus respectivos oficios tuvieron, hízoles bien pronto comprenderse y estimarse profundamente.

Gonzalo, más perspicaz por naturaleza, caló desde luego la elevación y grandeza de alma del Cardenal, y amaestrado por el desengaño y la oración continua, calculaba los progresos inmensos que podía hacer en la virtud y santidad un alma de tal temple si dejase por completo las cosas de la tierra y se dedicara únicamente á las del cielo.

El Cardenal, por su parte, más práctico y más humano, admiraba la claridad de juicio, el profundo saber, la austera y desinteresada rectitud y la inflexible energía de Gonzalo; y pensaba entusiasmado en el admirable hombre de gobierno que podía

hacer de aquel humilde clérigo, si conseguía que, sin apartar su corazón de las cosas del cielo, fijase alguna vez su poderosa inteligencia en las de la tierra; resultando de todo esto que Gonzalo Ximénez deseaba que el Cardenal fuese santo sin dejar de ser hombre de Estado, y el Cardenal quería que Gonzalo, sin dejar de ser santo, fuese al mismo tiempo hombre de gobierno.

Y como ambas cosas eran lógicas, naturales y posibles, y como el influjo que ejercían aquellos dos hombres extraordinarios el uno sobre el otro era recíproco y muy grande, sucedió al cabo que el Cardenal, bajo la influencia de Gonzalo, hizo grandes progresos en la virtud, y retiróse al fin á Guadalajara el último año de su vida para prepararse santamente á morir en el mismo lugar en que había nacido.

Gonzalo Ximénez, á su vez, sin renunciar á los ideales de perfección que puso en práctica más tarde, hizo por complacer al Cardenal, y bajo la dirección de éste, un ensayo de gobernante, que dejó asombrado al maestro con ser tan ducho.

Eran los Obispos de Sigüenza, *de tanto tiempo acá*, dice la Crónica, *que memoria*

de home non es, señores temporales de la ciudad, y también de tiempo inmemorial venía anejo al Provisorato del Obispado el cargo de Alcalde Mayor de Sigüenza. Pues este puesto de Provisor y Alcalde, importantísimo entonces por su doble jurisdicción civil y eclesiástica, fué el que confió el cardenal Mendoza á Gonzalo Ximénez, y en él hizo éste su glorioso aprendizaje de gobernante, revelándose desde luego las cuatro ideas fundamentales, fijas en él, que fueron siempre como el nervio de su sabia y profunda política.

Defender y propagar por todas partes la Santa Fe Católica, fortalecer la autoridad Real, enfrenar á los Grandes, no destruyendo su fuerza, sino encauzándola á lo que estaba llamada á ser, el más firme apoyo del trono y el ejemplo y el amparo de los que están debajo de ella; difundir por todas partes la luz del saber, fundando centros de enseñanza en que no se vendía, sino se regalaba la Ciencia, lo mismo á grandes que á pequeños, á pobres que á ricos.

Cuatro años le duró á Gonzalo Ximénez este mando, durante los cuales dictó sabias ordenanzas, así en lo secular como en lo

eclesiástico, encaminadas todas, más ó menos directamente, á uno de estos fines, y entonces se fundó bajo su influencia y protección el famoso Colegio de Sigüenza con honores y privilegios de Universidad, cuyo Reglamento y Estatutos hizo él mismo.

Sobrevinieron al cabo de este tiempo dos sucesos casi simultáneos, que vinieron á romper las dos únicas cadenas que ataban á Gonzalo Ximénez á las cosas de este mundo. Murió D.ª Marina de la Torre, y por muerte también del arzobispo Carrillo fué trasladado el cardenal Mendoza á la Silla Primada de Toledo.

Libre ya con esto Gonzalo Ximénez de los lazos de piedad filial y agradecimiento, únicos que le retenían en el mundo, dejóse llevar suavemente por la doble fuerza con que le impulsaban á sepultarse en un claustro la vocación de Dios y el desengaño del mundo.

Al impulso de esta doble fuerza uníase esta otra razón de que habla Docampo: «No faltó causa para esta inspiración divina, y fué conocer que no tenía fuerzas para remediar muchas cosas que andaban en España quebradas y mal regidas, é mal

puestas en orden, especialmente las letras, de que había gran falta en el estado de la Iglesia, sus Ministros y Jueces, y otras particularidades en la gobernación de la República que se platicaban mal por defecto de buen celo en las personas que la trataban. Y visto que Dios le había dado conocimiento para lo sentir y deseo para lo remediar, y que no le dió aparejo para entender en ello, imaginó que solo era, porque todo lo tuviera extraño de sí, si no la salvación de su alma.»

Así, pues, en 1484, á los dos meses de muerta su madre, renunció Gonzalo Ximénez á todos sus beneficios eclesiásticos y seculares; vendió los bienes y alhajas propias que poseía, y siguiendo el consejo evangélico distribuyó su precio entre los pobres.

Despojado ya de todo lo terreno, aprestóse á seguir á Cristo, como él lo aconseja, pobre y desnudo, tomando el humilde hábito de San Francisco en el austero convento de Nuestra Señora de Salceda, situado en un desierto de la Alcarria, allá entre Peñalver y Tendilla.

Al encerrarse en aquel santo retiro no quiso conservar siquiera su nombre pro-

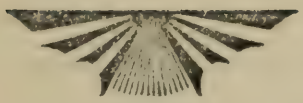
pio, que le recordaba vanidades y glorias mundanas. Llamábase él *Gonzalo* en recuerdo de un su glorioso abuelo, caballero de la Banda, llamado por sus virtudes cristianas y caballerescas Gonzalo Ximénez de Cisneros, *el Bueno*, cuyo magnífico sepulcro de mármol negro se conserva todavía en la ermita del Santo Cristo del Amparo, de la villa de Cisneros, solar de esta antigua y noble familia.

Al vestirse, pues, Gonzalo Ximénez el burdo sayal franciscano, trocó para siempre su caballeresco nombre de Gonzalo por el humilde del Serafín de Asís, llamándose en lo sucesivo *Fray Francisco*... Tenía entonces cuarenta y ocho años.

Pronto llegó á oídos del cardenal Mendoza la noticia de que Gonzalo Ximénez, abandonándolo todo, había entrado en el convento de Nuestra Señora de Salceda. Oyólo sin asombro ni sorpresa, y como quien asegura lo cierto, dijo con convicción profunda:

—No crió Dios á Gonzalo Ximénez para esconderle en el desierto de Salceda... Día vendrá en que mano poderosa le saque de su retiro, y ponerle ha en el candelero para que preste lumbre á toda Castilla...

Y tenía razón el cardenal Mendoza: porque Dios mismo se encargó de sacarle de Salceda para bien de la España naciente, y la mano poderosa de que se valió fué la del mismo cardenal Mendoza.



FRAY FRANCISCO

LIBRO PRIMERO

I

Sentados mano á mano la Reina y el cardenal Mendoza platicaban reposadamente en aquel mismo *camarín* de la casa de Juan de Vibero, en que veinte años antes vimos recibir á la entonces princesa de Castilla D.ª Isabel á su futuro esposo el príncipe de Aragón, D. Fernando.

Difícil hubiera sido, sin embargo, reconocer á la linda Princesa que, ruborosa y emocionada, veía entonces por primera vez á su gallardo prometido en aquella grave matrona, envejecida y ajada por los afanes, fatigas y trabajos, más bien que por el peso de los años. Un solo rasgo de

la juvenil Princesa conservaba la madura Reina, como conserva un hermoso día su diafanidad de la mañana en las últimas horas de la tarde: la serena majestad que resplandecía en su frente, como doble y espontáneo reflejo de la pureza de su conciencia y el poderío de su genio.

Fué siempre máxima de aquella Reina sin igual la de que

> Rey que quiera reinar,
> De trabajar ha;

y con tal actividad, tal ahinco y tan admirable golpe de vista para atinar con el remedio oportuno que cada cosa requería supo ella observar siempre esta su máxima favorita, que la bastaron dos de estos golpes maestros, á los comienzos de su reinado, para imponerse desde luego á la Nobleza y al pueblo con aquella especie de temor reverencial, que fué trocándose poco á poco en el amor y entusiasmo delirante que todos la profesaban.

Un día, cuando la Reina en persona bloqueaba á los portugueses, acorralados ya en Toro, llegó á Tordesillas la noticia de la rebelión de Alonso Maldonado en Segovia,

apoyado por el Obispo y algunos nobles, para apoderarse del Alcázar y la ciudad, que tenía mosén Pedro de Bobadilla, durante la ausencia del verdadero Alcaide y Justicia, que era Andrés de Cabrera.

Sin perder más tiempo que el necesario para disponer una hueste y montar á caballo partió la Reina para Segovia á grandes jornadas, dejando al frente del bloqueo al almirante D. Alonso Enríquez, tío del Rey. Acompañábanla algunos magnates, entre los cuales se contaban el cardenal Mendoza, el Conde de Benavente y la Marquesa de Moya, D.ª Beatriz de Bobadilla, mujer del combatido Andrés de Cabrera.

Crítica era, en efecto, la situación de Segovia; el obispo D. Juan de Arias y algunos nobles, indispuestos con Andrés de Cabrera, pretendían suplantar á éste, con ayuda del pueblo, en la tenencia de la ciudad, que tenía él en nombre de la Reina. Mas el traidor Alonso de Maldonado iba mucho más lejos, porque aparentando limitarse al deseo de los otros, maquinaba en secreto entregar la ciudad y la fortaleza á los portugueses, y entregarles también á la tierna princesa D.ª Isabel, primogénita y entonces hija única de los Reyes de Cas-

tilla, que durante las turbaciones de la guerra habían dejado sus padres en el Alcázar de Segovia al cuidado de D.ª Mencía de la Torre y algunos otros fieles servidores.

Con este intento introdujo traidoramente su gente en el Alcázar, y aunque logró apoderarse de la mayor parte de la fortaleza, los fieles partidarios de Cabrera se replegaron en un torreón, llevando consigo á la Princesita, y con gran bravura allí resistieron. Apoderóse igualmente Maldonado de dos puertas de la ciudad, la de San Martín y la de Santiago; mas no le fué posible hacer lo mismo con la de San Juan, que quedó por los leales.

Mientras tanto llegaba la Reina, al frente de su hueste, á la vista de Segovia, y alarmado el Obispo envió á su encuentro algunos caballeros con el fin de atemorizarla con la actitud del pueblo, y arrancar por este medio de ella misma la deposición de Cabrera, que él y los suyos tanto anhelaban.

Suplicáronla, pues, los caballeros comisionados dos cosas, dice en su Crónica, Pulgar: «La primera, que no quisiera entrar en la Cibdad por la puerta de Sant Juan, que tenía el mayordomo Andrés de

Cabrera, salvo por una de las puertas que el pueblo había tomado: La otra suplicación fué, que la plogiese mandar al Conde de Benavente é á D.ª Beatriz de Bobadilla, mujer del mayordomo, que no entrasen con ella en la Cibdad, porque el Conde era grande amigo del Mayordomo é de su mujer, é por esta razón era muy sospechoso al pueblo. El qual estaba tan alboratado y escandalizado, que si otra cosa la Reina ficiese, podría seguírsele gran deservicio.»

Caló la Reina, con su perspicacia maravillosa, la intención de los Embajadores, y sin apearse de su cabalgadura ni detenerse apenas, les contestó con gran energía: «Decid vosotros á esos caballeros é cibdadanos de Segovia, que yo soy Reina de Castilla, é esta Cibdad es mía é me la dexó el Rey mi padre, é para entrar en lo mío no son menester leyes ni condiciones algunas de las que ellos me pusieren... Yo entraré en la Cibdad por la puerta que quisiere; y entrarán conmigo el Conde de Benavente, é D.ª Beatriz é todos los otros que entendiere ser cumplidero á mi servicio. Decidles ansimesmo que vengan todos á mí é fagan lo que yo les mandare, como leales súbditos, é se dejen de facer alborotos y escán-

dalos en mi Cibdad, porque dello les puede seguir daño en sus personas é bienes.»

Y diciendo esto con gran entereza, dirigióse á la ciudad y entró en ella por la puerta de San Juan, entre el Conde de Benavente y la Marquesa de Moya, y fuése derecha al Alcázar y penetró en él al frente de su hueste, y tras ella mandó cerrar las puertas.

Reinaba en el interior gran confusión y desorden, apoderadas de una parte las gentes de Cabrera y del resto las de Maldonado, y poseídos todos de tal ceguedad y furor que llegaron á temer los que acompañaban á la Reina algún desacato ó desobediencia á su persona.

Al mismo tiempo el Obispo y los caballeros azuzaban al pueblo para que acudiese en tropel al Alcázar pidiendo á la Reina la deposición de Cabrera, que ellos tanto deseaban, y el pueblo, siempre cándido y juguete de quien le explota, corrió en tropel numerosísimo, gritando furioso contra el Mayordomo y pidiendo con salvajes aullidos que le abrieran las puertas, porque querían hablar con la Reina.

Los magnates y capitanes que esto presenciaban desde el adarve, ocultos tras las

almenas, recelaron de lo grave del tumulto, y aconsejando el Cardenal á la Reina, la dijo: «Señora, si dais lugar que algunos de los que allí vienen entren en el Alcázar, de creer es que cometan algún grande insulto en vuestro deservicio é mal de todos los que aquí estamos, porque vienen armados más de furia que de razón. Por ende mandad que se guarden las puertas, porque ninguno dellos pueda entrar.»

Conoció al punto la Reina, por estas razones del Cardenal, el recelo de cuantos la rodeaban, y ordenando á todos permanecer quedos, allí mismo donde estaban, bajó sola al patio del Alcázar y mandó abrir de par en par las puertas: un escudero, sin armas, adelantóse entonces por orden suya y gritó al pueblo: «¡Amigos, la Reina manda que todos entréis cuantos aquí venís!...»

Precipitóse al punto en el patio una avalancha furiosa y alborotada, gritando y amenazando... Mas al encontrarse de repente en medio del patio la majestuosa figura de aquella Reina de veintitrés años, sola, confiada, sin nadie que la defendiese más que la lealtad que en ellos mismos suponía, apaciguóse su furia como por encanto, cesaron sus gritos, descubriéronse todos

y muchos cayeron de rodillas y aun postrados por el suelo.

Adelantóse entonces la Reina unos pasos hacia ellos, y sin que su voz revelase turbación, ni impaciencia, ni enojo, díjoles serenamente: «Decid agora, vosotros mis vasallos é servidores lo que queréis, porque lo que á vosotros viene bien, aquello es mi servicio é me place que se faga porque es bien común de toda la Cibdad.»

Conmoviéronse todos, y uno que estaba de rodillas, dijo, sin levantarse, en nombre de los demás:

—Señora, lo primero que este pueblo suplica á V. A. es que el mayordomo Andrés de Cabrera no tenga la tenencia de este Alcázar...

Y como fuese á proseguir en sus demandas, la sagaz Reina le atajó la palabra para impedírselo, diciendo:

—Eso que queréis vosotros, quiero yo; por ende subid luego á esas torres, é á esos muros, é no dexéis ende persona alguna del Mayordomo, ni desotras que me tienen ocupado este Alcázar; el qual quiero yo tener é confiarlo de un mi criado, que guarde la libertad que debe á mí, é á la honra de todos vosotros.

Desbordóse al punto toda aquella muchedumbre por los muros y torreones, satisfecha, halagada, contenta, ebria de entusiasmo y á los gritos de «¡Viva la Reina!» arrojaron fuera lo mismo á las gentes de Cabrera que á las del traidor Maldonado, quedando el Alcázar, en menos de media hora, limpio de todos ellos, y sin más hombres de armas que los de la hueste que la Reina trajo consigo.

Entregó ésta en el acto la Alcaldía del Alcázar y la tenencia de la Ciudad á su contador mayor Gonzalo Chacón, que con ella venía, y trasladóse entonces á su palacio, que estaba próximo á la iglesia de San Martín. Llevaba delante, sentada en su misma hacanea, á la princesita D.ª Isabel, que tenía entonces tres años, y enseñábale por el camino á saludar con la manita al inmenso pueblo que la acompañaba vitoreándola y conversando con ella con aquella familiaridad respetuosa con que hablamos á Dios de tú, sin osar alzar del suelo los ojos.

Al día siguiente mandó hacer información judicial y pública de todos los actos de gobierno de Andrés de Cabrera, y como no se hallase culpa ninguna en ellos, y si alguna pequeña había era de sus oficia-

les y no suya, mandó la Reina restituirle todos sus cargos, haciéndole además nuevas mercedes: la cual sentencia hizo pregonar públicamente al son de clarines, para que todos en Segovia la conociesen y acatasen; *y al oirla, mormorando el Obispo é caballeros é cibdadanos que eran contrarios al Mayordomo, decían mohinos meneando las cabezas.—¡Brava hembra!... ¡Bragas tiene que non faldetas!—E aquesta sentencia corrió toda Castilla.*

En otra ocasión y también por el mismo tiempo, trabáronse de palabra en la antecámara de la Reina, por si habían de sentarse más lejos é más cerca de cierta dama, dos jóvenes ilustres, que fueron D. Fadrique Enríquez, primogénito del Almirante y primo hermano del Rey, y Ramiro Núñez de Guzmán, que era Señor de Toral.

Doña Clara de Alvearnes, mujer de Gonzalo Chacón, y Camarera Mayor entonces, dió parte á la Reina, temerosa de que el caso fuese más lejos, por haber quedado harto enconados los ánimos en ambos mancebos; y la Reina mandó prudentemente á su maestresala, Garcilaso de la Vega, que tuviese preso en su posada á Ramiro, y á D. Fadrique, en casa de su padre el Almi-

rante; *é que ni de dicho ni de fecho no innovaran el uno contra el otro cosa alguna, porque ella lo mandaría remediar por justicia.*

Don Fadrique, sin embargo, más ligero ó más pagado de sí por su parentesco con el Rey, ausentóse para evitar que le notificasen el mandato de la Reina, dejándose decir que no cumplía á un caballero dejar á la Justicia venganzas que podían tomar los propios puños.

Supo la Reina que D. Fadrique andaba suelto, y no pareciéndole justo entonces tener ella á Ramiro Núñez preso, mandó ponerle en libertad y dióle *seguro de que no recibiría daño ni injuria.* Mas de allí á poco, cabalgando un día en su mula por la plaza de la Villa Ramiro Núñez, fiado en el seguro de la Reina, acercáronsele tres hombres á caballo, enmascarados, y diéronle de palos muy bravamente á nombre de don Fadrique. Supo la Reina el desaguisado media hora después de cometido, y tuvo gran pesar y enojo por el desacato hecho á su seguro, y por el temor de que si los Grandes comenzaban á ventilar entre sí sus querellas prescindiendo de la Justicia, se llegase otra vez al menosprecio de

la autoridad Real de tiempos de Enrique IV.

Resolvió, pues, obrar por sí misma enérgicamente, y en el punto y hora que tuvo la enojosa nueva, montó á caballo sin dar aviso á nadie, salióse sola por la puerta del palacio que daba al campo, y, tomó de allí el camino de Simancas, que era entonces del Almirante, dispuesta á pedirle estrecha cuenta de la conducta y persona de su hijo.

Cuando los Capitanes de la Guardia de la Reina se dieron cuenta de la ausencia de ésta, corrieron en pos de ella para alcanzarla, y unióse á ellos, sobresaltado y temeroso, el mismo Almirante, que por acaso se hallaba en Valladolid aquel día: mas tan de prisa caminaba la Reina, que no lograron alcanzarla hasta pasada la puente de Simancas, al pie ya de la fortaleza. La Reina, con faz severa, pero sin que la indignación alterase en lo más mínimo su digna majestad, dijo al Almirante:

—Almirante, dadme luego á D. Fadrique vuestro fijo, para facer justicia dél, porque quebrantó mi seguro.

El Almirante, que realmente ignoraba el paradero de su hijo, respondió;

—Señora, no le tengo ni sé dónde está.

La Reina replicó severamente:

—Pues si no podéis entregar vuestro fijo, entregadme esta fortaleza de Simancas é la fortaleza de Ríoseco.

El Almirante, pesaroso en verdad por la acción de su hijo, contestó humildemente:

—Señora, pláceme de buena voluntad entregaros estas fortalezas, é todas las otras que tengo.

Y en el acto hizo llamar al Alcaide de Simancas y en presencia de la Reina misma, mandóle entregar la fortaleza á quien ella dispusiera. Designó la Reina al capitán Alonso de Fonseca, y dióle orden de apoderarse de la fortaleza y registrarla toda desde el adarve hasta el foso, con el fin de encontrar á D. Fadrique. No le hallaron, sin embargo, y entonces obligó la Reina al Almirante á entregar la fortaleza de Ríoseco á otro de sus Capitanes, y hasta que todo esto no estuvo hecho y ultimado, no se apeó la Reina de su hacanea ni consintió en tornarse á Valladolid.

Al otro día, como se sintiese D.ª Isabel indispuesta por el enojo y el cansancio y fatiga de la víspera, permaneció en la cama; y como le preguntasen la Marquesa de

Moya y los físicos de su cámara el quebranto que sentía, contestó:

—Duéleme este cuerpo de los palos que dió ayer D. Fadrique contra mi seguro.

Mientras tanto el Almirante y sus deudos, deseosos de desenojar á la Reina, que les mostraba siempre faz muy airada, determinaron buscar á D. Fadrique por todas partes y entregárselo para que en él hiciese justicia.

Hallóle al fin el Condestable de Castilla, que era hermano de su madre, y llevóle él mismo á la Reina. No osó el desaconsejado mancebo entrar en el camarín de la Reina, y quedóse fuera en la antecámara aguardando. Entró solo el Condestable y dijo á la Reina:

—Señora, yo traigo aquí á mi sobrino D. Fadrique, é le entrego á V. A. para que mande facer con él lo que por bien tuviere; pero humildemente le suplico que considere que no ha veinte años, é que esta edad no es aún bien capaz para saber el acatamiento é obediencia que se deben á los mandamientos Reales: faga V. A. dél la justicia que quisiere, ó la misericordia que deba.

Negóse la Reina á ver á D. Fadrique y

mandó á un su Alcalde de Corte que le llevase preso públicamente por la plaza de la Villa donde se cometió el delito, y le condujese luego á la fortaleza de Arévalo. Túvole allí más de seis meses en estrechas prisiones, sin ver á nadie, y desterróle luego al reino de Sicilia, con prohibición de volver á Castilla sin orden expresa suya.

Ramiro Núñez, por su parte, no se dió por satisfecho con esta justicia de la Reina, y quiso á su vez tomar venganza por su mano en el padre, ya que se le había escapado el hijo. Atacó, pues, una noche al Almirante en Medina del Campo, al salir del palacio de los Reyes, con idea de apalearle, como con él había hecho D. Fadrique. Impidióselo la gente, mas los Reyes procedieron contra él en justicia por esta injuria intentada, embargándole las rentas, castillos y fortalezas que tenía en León y Castilla, y obligándole á refugiarse en Portugal, de donde no osó volver en vida de la Reina.

Maravillábanse los Grandes de la Corte, de las ciudades y las villas, de aquellas justicias tan prontas, tan rectas y tan rigurosas que caían sobre cabezas tan altas, sin que les valiera la impremeditación de los

pocos años, y escarmentados y precavidos, decíanse á la oreja cosas muy temerosas que engendraron, mucho más tarde, aquel prudentísimo proverbio corriente después en Castilla: «*Al Rey y á la Inquisición... ¡Chitón!*»

II

AQUELLA gran Reina, la más poderosa de su tiempo, pues que con la toma de Granada quedaba dueña de la España entera, y surcaban en aquel momento los mares sus carabelas para unir un nuevo mundo á su corona, hallábase, sin embargo, en un conflicto, y éste era el que provocaba la grave plática que con el cardenal Mendoza sostenía.

El conflicto, sin embargo, hubiese hecho reir á cualquiera de nuestros políticos modernos: mas preocupaba hondamente á aquellos dos serios personajes, tan justamente famosos en la Historia.

La Reina se hallaba sin confesor y suplicaba al Cardenal que le buscase uno. Habíalo sido hasta entonces el santo Fray Hernando de Talavera, monje Jerónimo: mas nombrado por la misma Reina primer

Arzobispo de Granada, imposible le era ya seguirla en sus correrías, abandonando aquella diócesis nueva, aun no del todo constituída, y frescas en ella las bochornosas huellas del islamismo y de los numerosos judaizantes.

Un solo rasgo nos pintará muy al vivo á la Reina como penitente y como confesor á Talavera.

Era costumbre inmemorial de los Reyes de Castilla, confesarse arrodillados en un ancho reclinatorio: arrodillábase también el confesor á su lado, y en esta forma confesaban sus pecados y recibían la absolución. La primera vez que fué Fray Hernando á confesar á la Reina, sentóse en un banquillo que había al lado del reclinatorio. La Reina creyéndolo distracción ó ignorancia del ceremonial de costumbre, le dijo:

—Vos, Padre, aquí á mi lado: entrambos hemos de estar de rodillas.

Respondió el nuevo confesor:

—No, Señora, sino yo he de estar sentado y V. A. de rodillas: porque éste es el Tribunal de Dios, y V. A. es aquí la pecadora que confiesa sus culpas, é yo, el representante de Dios que va á juzgarlas y perdonarlas.

La Reina obedeció humildemente, y dijo después á la Marquesa de Moya:

—Este es el confesor que yo buscaba.

Sabía esto el cardenal Mendoza, y parecíale por lo mismo harto dificultoso encontrar confesor que satisficiese á la Reina: porque si difícil era hallar penitentes tan humildes como Isabel la Católica, no lo era menos encontrar confesores tan enteros y completos como Fray Hernando de Talavera.

No pareció, sin embargo, vacilar mucho el Cardenal en la solución del problema, y no bien expuso la Reina su demanda, un nombre acudió al punto á su memoria, y pronunciáronlo sin titubear sus labios; el de Fray Francisco Ximénez de Cisneros. No era este nombre desconocido para la Reina, pues había llegado muchas veces á sus oídos, unido á la fama del saber y santidad de que gozaba el franciscano, á la sazón Prior del convento de Nuestra Señora de la Salceda, cerca de Toledo.

Aprobó la Reina la propuesta, y mucho más cuando el Cardenal hizo el elogio de las virtudes y el saber, la capacidad y la austera rectitud del franciscano para los negocios, que tenía él tan bien conocidas.

Mas quiso antes la Reina conocer á Fray Francisco y mandó al Prelado que viese la manera de traerle á Palacio para que ella pudiese verle y hablarle. Parecióle esto difícil al Cardenal y harto arriesgado; porque

—Si el Fraile—decía—adivina, con su gran perspicacia, de lo que se trata, horrorizarse ha, y habrá medio de impedirlo.

Comenzaron entonces ambos personajes á combinar entre sí el modo de atraer á Fray Francisco á Palacio sin infundirle recelos, y hacíanlo con tal ahinco, prudencia y cautela, que no parecía sino que adivinaban la inmensa trascendencia que en el porvenir había de tener este paso.

Tenía el Cardenal, como Gran Canciller del Reino—cargo entonces anejo al Arzobispado de Toledo—una cámara en Palacio, donde despachaba todos aquellos asuntos en que intervenía directamente la Reina: solía D.ª Isabel acudir con frecuencia á esta cámara, y en ella era donde estaba aquella famosa silla que llamaban todos en Palacio *la silla del Cardenal*, porque era la más cómoda para él y donde siempre le hacía sentar la Reina en su presencia. Pues en esta cámara fué donde por prime-

ra vez viéronse y hablarónse la Reina y Fray Francisco, como resultado final de la inocente y sencilla trama que aquélla y el Cardenal urdieron.

Escribió éste á Fray Francisco mandándole venir á Valladolid para consultarle, como canonista, sobre unos Breves muy importantes que de Roma habían llegado; y el buen fraile, deseoso de complacer á su amigo y de servir á su Prelado, púsose al punto en camino, á pie, descalzo, pidiendo limosna y acompañado de un lego, como era costumbre de los mendicantes.

Recibióle el Cardenal en su posada con gran alborozo, y manifestóle sin pérdida de tiempo que preciso les sería trasladarse á Palacio para examinar los Breves, porque allí los tenía encerrados en su despacho. Avínose dócilmente Fray Francisco, sin sospechar, ni remotamente el lazo, que le tendían, y fijóse para la hora de la visita, aquella en que fuese menor en las cuadras de Palacio la afluencia de cortesanos.

Contaba ya el Cardenal más de setenta años y comenzaba á declinar su vigorosa naturaleza: mas llevaba aún con severa majestad sus rozagantes ropas de púrpura, ricas, atildadas, casi elegantes, que le hu-

bieran hecho parecer hoy un Prelado romano, si cierto airecillo marcial que resplandecía en toda su persona, no hubiese denunciado sus aficiones guerreras de otros tiempos.

Sus cabellos blancos se escapaban por debajo de su birrete de grana, y sus modales corteses, afables y cariñosos, infundían á todos veneración, respeto y confianza. Á su derecha marchaba Fray Francisco, humilde sin bajeza, modesto sin cortedad, demostrando en su severo continente, no el desdén, sino la santa indiferencia con que miraban por primera vez sus ojos la pompa y el aparato del Palacio de sus Reyes.

Tenía entonces Fray Francisco cincuenta y cinco años y era de estatura elevadísima, seco y enjuto como su madre, de quien era, en lo físico y en lo moral, acabadísimo retrato. Las penitencias, las maceraciones y las inclemencias del clima, en el tiempo en que vivió al aire libre en los desiertos del Castañar y Salceda, habíale dado cierto color negruzco, que hacía resaltar la blancura de sus cabellos, muy espesos y rapados en forma de cerquillo. Llevaba los pies descalzos, la cabeza desnuda y el pardo y burdo

hábito ceñido á la cintura con el tosco cordel de los religiosos de su Orden.

Al cruzar las galerías y salones de Palacio, inclinábanse todas las cabezas ante aquella extraña pareja, que representaba dos aspectos muy distintos, pero igualmente santos y necesarios en la Iglesia de Dios.

El Cardenal, vestido de púrpura y seda, era el *Príncipe de la Iglesia*, encargado de representar el decoro, la esplendidez y magnificencia que exige tan noble y santa Madre; el franciscano, con los pies descalros y revestido de áspero sayal, era el soldado de Cristo, encargado de predicar con la palabra y con el ejemplo el desprecio de los bienes temporales, que si no apartan de suyo de los eternos, los alejan al menos y los relega la insubstancial ceguedad humana á segundo y aun á último término.

Al entrar en la galería donde estaba la cámara del Cardenal, vieron un pajecito de la Reina que apostado á la puerta huía apresuradamente por el otro extremo, al verlos. Sonrióse el Cardenal adivinando que aquel paje estaba allí en acecho para avisar la llegada de Fray Francisco á la Reina, y

para apartar de éste todo recelo, distrayéndole, díjole que el tal pajecito era hijo de aquel navegante genovés, llamado Cristóbal Colón, que había salido meses antes del Puerto de Palos en busca de un nuevo mundo, y que al partir el padre para tan atrevido y dudoso viaje, había tomado la Reina á su servicio al hijo y héchose cargo de su educación y mantenimiento.

Tenía, en efecto, el Cardenal gran empeño en saber la opinión de Fray Francisco sobre aquellos Breves de Roma, que le sirvieron de pretexto para llamarle á Valladolid; mas no bien habían comenzado á examinarlos, sonaron dos golpecitos en una mampara de cuero morisco que en el fondo de la cámara había, y entró el pajecito fugitivo, Fernando Colón, preguntando respetuosamente si la Marquesa de Moya podría dar al Cardenal un recado de grande urgencia.

Levantóse vivamente éste, sospechando lo que podría ser aquello, y abierta entonces la mampara de par en par, entró una señora alta, gruesa, muy morena, de aspecto y modales varoniles y bozo abundante en el labio: vestía toda de terciopelo negro con alguna rica joya, y tras ella,

vestida modestamente y cual si fuese su acompañante, entró la misma Reina.

Comprendió al punto el Cardenal que ésta quería ver y hablar á Fray Francisco sin darse á conocer, y saludó por eso primero á D.ª Beatriz, haciendo á la Reina, por todo acatamiento, una ligera reverencia. Mas Fray Francisco, como si alguien le hubiese dicho al oído que estaba en presencia de su soberana, acercóse respetuosamente á ella y con una rodilla en tierra, la besó la mano.

Hízose atrás la Reina sorprendida y contrariada; mas viendo ya con esto roto su incógnito, besó á Fray Francisco, con gran reverencia, el cordón de su hábito, y dijo riendo á la Marquesa:

—Cierto que el moro Benjuc no tuvo tan buen olfato...

Aludía, sin duda, la Reina al trágico episodio del cerco de Málaga, cuando el moro Benjuc estuvo á pique de asesinar á la Marquesa de Moya tomándola por la Reina, lo cual cuenta así el buen Cura de los Palacios:

«E entre estos moros que así tomaron, hubo uno dicho Benjuc, que teniéndolo el Marqués de Cádiz preso, dijo:

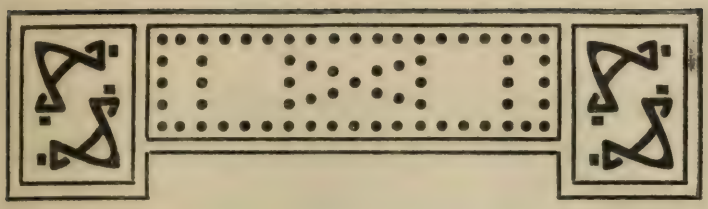
»—Señor, llévame al Rey é yo le daré orden como tomé á Málaga.

»Y lleváronle así al Rey, é cuando llegaron á las tiendas con él, el Rey é la Reina estavan retirados, é entraron con él en una tienda, donde estaban D. Alvaro de Portugal, hermano del Duque de Braganza, é la señora de Bobadilla, marquesa de Moya, é como vido que les facían todos mucho acatamiento, como no entendía la lengua castellana, demandó un jarro de agua, para dar lugar á su brazo á alzar el albornoz, é entonces sacó el alfange por debajo, é comenzó á dar de cuchilladas á D. Alvaro é á la Marquesa, que estaban jugando tablas, pensando que eran el Rey é la Reina, é firió muy mal al dicho señor D. Alvaro de una cuchillada por la cara é la cabeza. E la Marquesa como aquello vido, se dejó caer de bruces, é cortóle de ciertas cuchilladas la ropa, empero no la firió, y si no fuera porque cada vez topaba con el alfange arriba en la tienda, no hay duda sino que los matara.

»E entonces Martín de Lucena, asturiano, que estaba allí, y Luis Amar de León, adalid del Marqués de Cádiz, é Tristán de Rivera, que había ido con él, diéronle tan-

tas cuchilladas que le hicieron pedazos, é el Rey é la Reina que salieron al alboroto y se hicieron maravillados de tal hazaña, y no quisieran que le hubieran muerto; é después echáronle así por un trabuco de la ciudad; é los moros desque aquello vieron, mataron un christiano gallego, que habían cautivado en Vélez, cuando el Rey tomó los arrabales, é cargáronle encima de un pollino, é echáronle por una puerta fuera, é ansí lo tornaron en el Real de los christianos.

»E esto ficieron en pago del otro que les enviaron con el trabuco.»



III

QUEDÓ tan satisfecha la Reina de aquella su primera entrevista con Fray Francisco, corta y ante testigos, pero bastante para poner de relieve alguna de sus cualidades, que citóle para el día siguiente en su camarín, á primera hora de la mañana.

Á solas entonces el Confesor elegido y la futura penitente, dieron rienda suelta á la expansión de sus almas, y quedaron satisfechísimos ambos, encontrando cada cual en cada uno las mismas ideas, los mismos sentimientos, las mismas elevadas miras y los mismos fervientes anhelos de llevar á la práctica cuanto sentían y pensaban, para bien general del Reino; todo ello en ambos igual en su esencia, pero más áspero y más duro en el Franciscano, como era natural á su personalidad mascu-

lina; más dulce y más suave en la Reina, como correspondía á su cualidad de mujer, y de mujer muy superior á su época.

Hubo, sin embargo, un punto en que coincidieron más que en otro alguno los anhelos de la Reina y los deseos del fraile, y hasta se hubiera dicho que celebraban un convenio tácito de ayudarse mutuamente en la consecución de la empresa: tal fué la reforma del clero regular y secular en toda España.

Una hora larga duraba ya la substanciosa plática, cuando la interrumpió la Reina de repente, pidiendo á quemarropa á Fray Francisco, que pues tanto sabía y tan cuerdo pensaba, *le pluguiese por caridad ser su confesor, su consejero y su guía...*

Horrorizóse Fray Francisco, como el Cardenal había profetizado, y más que el horror, la sorpresa paralizó su lengua, impidiéndole negarse desde luego rotundamente. Hízolo al cabo, alegando razones desatinadas que á su humildad parecían evidentes, pero que en nada convencieron á la Reina, y con tal ahinco insistió ésta y tales razones adujo por su parte, y con tal delicadeza sacó á relucir la obediencia que

á su Prelado y á ella misma debía, que, vencido al fin Fray Francisco, consintió en ello, poniendo humildemente, sin embargo, estas condiciones:

«Que no había de asistir en la Corte, sino en el convento más cercano, y que en el caso de ir á Palacio, había de ir siempre á pie y solamente con su compañero.

»Que por confesor no se le había de señalar ración alguna para mantenerse, sino que para este fin había de permitírsele, donde no hubiere convento de su Orden, que pidiese limosna de puerta en puerta, según prescribían sus reglas.»

Prometióselo la Reina gozosa y profunmente edificada, y puesto que ya le había abierto su gran corazón de Reina, quiso abrirle también su no menos grande corazón de madre, hablándole de sus hijos, *sus ángeles*, como les llamaba siempre, jardín de sus delicias y paraíso de sus deleites hasta entonces, y que habían de ser, andando el tiempo, manantial de cruelísimas penas y triste causa que precipitara su muerte.

Su hija mayor, la infanta D.ª Isabel, proporcionábala ya la inmensa pena de verla viuda é inconsolable, á los ocho meses de

casada; los otros cuatro se educaban entonces á su vista, y esto, que era el único recreo de su vida y el solo descanso en sus trabajos, era, al mismo tiempo, su preocupación constante.

Eran ellos: el príncipe D. Juan, gloria y legítimo orgullo y esperanza de sus padres, que tan presto había de desaparecer, y que contaba entonces catorce años; seguíanle: la infanta D.ª Juana, de doce, tan parecida en el rostro á su abuela paterna D.ª Juana Enríquez, que la Reina solía llamarla, por donaire, *mi suegra;* la infanta D.ª María, de diez, única feliz de la familia, que fué Reina de Portugal y madre de la emperatriz D.ª Isabel, esposa de Carlos V, y la infanta D.ª Catalina, la más pequeña y la más desgraciada de todas, que contaba entonces siete años, y había de ser reina de Inglaterra y víctima de su odioso marido, Enrique VIII.

Era la hora en que los Infantes solían dar sus lecciones, y deseosa la Reina de hacer á Fray Francisco alguna distinción cariñosa que expresase su agradecimiento, invitóle á ver á sus hijos en la intimidad, honor que rara vez dispensaba y á muy pocas personas concedía.

Llevóle entonces ella misma por un estrecho corredor que ponía en comunicación sus habitaciones con las de sus hijos y le permitía visitarlos á todas horas, sin necesidad de atravesar las galerías y salones, llenos siempre de cortesanos, guardias y curiosos.

Había, como á la mitad del corredor, una puerta abierta, á medio cubrir por dentro con un rico tapiz, y á ella se acercó la Reina de puntillas, haciendo mudas señas á Fray Francisco de que mirase por la abertura. Hízolo así el franciscano, y una dulce y complacida sonrisa se dibujó en su austera fisonomía.

Tenía ante la vista lo que llamaríamos hoy una *una sala de labor*, muy amplia y regiamente decorada; colgaban de las paredes paños de brocado azul celeste, color favorito de la Reina, y veíase en el fondo el estrado indispensable entonces en toda habitación regia, y que el afán de imitar todo lo que nos supera, introdujo después en los palacios de los Grandes y se vieron más tarde en todas las casas de la Nobleza. Sobre el estrado había un gran bastidor, sobre poco más ó menos como los que se usan hoy, en el cual bordaba, á la sazón,

la Reina, con oro y sedas de colores, un rico ornamento que dedicaba á la nueva Catedral de Granada, y que en ella se conserva.

Era el bastidor muy largo y bordaban en él tres personas al mismo tiempo: en medio bordaba la Reina, y veíase entonces su sitial vacío; á la izquierda hacíalo, con grande afán y cuidado, D.ª Mencía de la Torre, y á la derecha bordaba también una niña de doce años, flaca y rubia, que era la infanta D.ª Juana; una dueña vieja, maestra de bordar, guiaba su poco experta aguja, y otra dueña de las de su servicio, sentada en un almohadón, la escogía las sedas y le enhebraba las agujas.

En el otro extremo del estrado la infanta D.ª María y una dama muy joven y muy bella cosían en sendas almohadillas piezas de ropa blanca, y otra dueña muy vieja enseñaba á la tierna infanta D.ª Catalina el manejo del huso y de la rueca en una pequeñita construída al efecto.

En medio de todas, y sentada en un escabel, una dama, ya madura, leía en voz alta y acompasada un libro manuscrito con cubiertas de cuero amarillo y cerraduras de latón, que se titulaba *Tercero tratado*

del libro de las mugeres, y que todas escuchaban religiosamente (1).

Era esta señora la célebre D.ª Beatriz Galindo, llamada comúnmente *la Latina*, que había sido maestra de latín de la Reina.

Dejó ésta gozar breves momentos á Fray Francisco de aquel espectáculo, grande en su sencillez, que había de inmortalizar la Historia, y entró al fin en la sala de labor, seguida del franciscano.

Levantáronse todas á su vista, permaneciendo cada cual en su puesto, menos la infanta D.ª Catalina, que tiró la rueca, precipitóse fuera del estrado y vino á colgarse del brial de su madre. Hízola ésta arrodillarse ante Fray Francisco, para que la bendijese, y besarle luego el cordón de su hábito; llamó después, para lo mismo, á las otras dos infantas, D.ª Juana y D.ª María, y como si quisiera lucir ante el franciscano las habilidades de sus hijas, mostróle con

---

(1) En el inventario de la biblioteca de Isabel la Católica, que se conserva en el Archivo de Simancas, se menciona, con el número 51, un libro que debía ser éste, de la siguiente manera: *Otro libro de pliego entero, de mano, en papel de romance, que se dice* «el tercero tratado del libro de las mugeres», *que hizo el maestro Fr. Francisco Jiménez, de la Orden de los predicadores; las coberturas de cuero amarillo, con dos cerraduras de latón.*

sencilla satisfacción de madre los cartapacios latinos de éstas, que sobre una mesa de estudio allí se hallaban, corregidos por su maestro, el italiano Alejandro Geraldino; hizo tocar á D.ª Juana en un *claviórgano* un himno religioso, y cantar á D.ª María, acompañándola su hermana, unos villancicos de Juan de la Encina, y hasta la infantita D.ª Catalina recitó en latín el Padrenuestro, el Credo y la salutación angélica, con formalidad tan grave y dicción tan clara y tan pura, que parecía digna de la Princesa que proclamó Luis Vives, más tarde, por la más culta de Europa.

Llevóle luego á ver al que, con tanta más razón que Cornelia á sus hijos, podía ella llamar *su joya:* el príncipe D. Juan.

Había en el mismo corredor, poco más allá del cuarto de las Infantas, una estrecha escalerilla de seis ó siete peldaños, abierta en el mismo muro, y por ella subió la Reina, seguida siempre de Fray Francisco.

Encontráronse entonces en una especie de reducida tribuna, cerrada por una celosía que daba al salón de estudios del Príncipe; desde allí solía presenciar la Reina las lecciones de su hijo cuando no asistía á ellas públicamente.

Sonaban entonces en la sala voces de muchachos, como si riñesen en latín con grandes exclamaciones, y atónito Fray Francisco apresuróse á mirar por la celosía...

Aquello se diferenciaba mucho de la sala de labor de las Infantas: era una gran pieza cuadrada, revestida toda de maderas obscuras; cubrían algunos tableros del maderaje ricos cueros labrados de Córdoba; otros, primorosos mapas, los más adelantados de su época, ó dibujos anatómicos que enseñaban la estructura y mecanismo del cuerpo humano, y leíanse también en algunos máximas morales y religiosas, escritas en latín y en griego. En el testero, y sobre un dosel que lo ocupaba, leíase en grandes caracteres de oro, como si se quisiera indicar que en la carrera del saber es lo primero que debe aprenderse: *Initium sapientiae, timor Domini.*

Cobijaba el dosel dos grandes sitiales destinados al Rey y á la Reina cuando asistían á las lecciones de su hijo, que era con harta frecuencia. Á la izquierda de este solio estaba la cátedra del maestro, con gran sillón de baqueta, en que se sentaba durante la lección el maestro, aun en presencia de los Reyes, y á la derecha, la tri-

buna del príncipe D. Juan, especie de pulpitillo muy semejante á las sillas de coro que aun nos quedan de aquel tiempo, con elegante doselete tallado, asiento de madera con blando almohadón de paño y pupitre giratorio adosado al mismo asiento, y también ricamente esculpido.

Entre la cátedra del maestro y la tribuna del Príncipe había enfiladas otras cinco tribunillas, iguales á la de éste, aunque no tan altas ni tan ricas, dedicadas á los cinco niños, escogidos por la Reina, que se educaban con el Príncipe, á fin de despertar su emulación y aprovecharse de las ventajas de las educaciones colectivas.

Con igual objeto le había rodeado de seis pajecitos de su edad, de las primeras familias del Reino, que le servían y aprendían juntos, con maestro Bernal, el manejo de las armas y el caballo, los deportes en uso, y, sobre todo, la música, á que siempre fué el Príncipe muy aficionado, como todas sus hermanas.

Tenía también otros cinco pajes de mayor edad que le vigilaban constantemente, sujetos todos á los dos ayos, el comendador de Hornachos, Juan Zapata, primero, y después D. Sancho de Castilla.

Más tarde formóle también su previsión de madre una especie de Consejo, compuesto de los más graves personajes del Reino, donde se proponían, estudiaban y resolvían imaginarios negocios de Estado, verdaderos muchas veces, con el fin de enseñar al Príncipe la difícil práctica del gobierno.

Cuando Fray Francisco, atraído por los gritos, se asomó á la celosía de la tribuna, daba el Príncipe su lección de Humanidades.

Estaba sentado en la cátedra un fraile dominico, de fisonomía inteligente y bondadosa, que era Fray Diego de Deza, maestro entonces de Humanidades del Príncipe y luego Arzobispo de Sevilla. En su tribuna de enfrente se hallaba D. Juan, que contaba entonces quince años y era muy alto para su edad, y bien hecho, pero de constitución débil; su fisonomía, en extremo agradable, hallábase iluminada siempre por esa simpática expresión que llama el pueblo andaluz *ángel*, y más que á su madre, recordaba á su tío, el desgraciado infante D. Alonso, á quien los rebeldes de Ávila proclamaron Rey en vez de Enrique IV.

El cabello, rubio como el de la Reina y muy abundante, llevábalo cortado en forma de flequillo sobre la frente, á la moda del tiempo, y largo hasta los hombros y espaldas por las demás partes. Vestía una ropa larga morada, muy ancha, con flores del mismo color, más obscuro, en relieve, y encima un tabardo sin mangas, de terciopelo negro.

Los otros cinco condiscípulos del Príncipe seguían, como él, la lección atentamente desde sus tribunillas, y era el tema de ella aquel día el análisis crítico de la comedia de Terencio el *Heautontimoroumenos*, el cual hacían de la siguiente curiosa manera.

Repartíanse los papeles de la comedia entre todos los alumnos, y después que cada uno había estudiado en particular el personaje que le correspondía, su carácter propio y las circunstancias en que se encontraba, leíase la comedia públicamente en el aula, cual si fuese una representación, pero sin moverse ninguno de su tribunilla, de pie los que figuraban estar en escena, sentados los demás, y procurando tan sólo dar vida, expresión y verdad á lo que declamaban.

Seguían todos la lectura en ejemplares impresos de Terencio, de la edición hecha en Venecia en 1471, y que la Reina había hecho traer á toda costa, como cuantos libros eran necesarios ó solamente convenientes para la educación del Príncipe.

Después de cada acto hacía Fray Diego de Deza una breve disertación sobre él, haciendo notar las bellezas y marcando los defectos, y durante un cuarto de hora podían después todos los discípulos exponer sus dudas, siempre en latín, ó hacer sus observaciones.

Tenían todos los estudiantes, incluso el príncipe de Asturias, designado otro de entre ellos mismos para corregirles en alta voz durante las lecciones las faltas de prosodia latina que cometieran, cosa harto fácil en los que comienzan á ejercitarse en la hermosa y difícil lengua del Lacio, y daba esto lugar á curiosos episodios infantiles, que ponían de relieve el carácter de los muchachos y el mayor ó menor grado de humildad ó de soberbia que poseían.

Y sucedió aquella mañana que hacía el Príncipe el papel del anciano Chremes, protagonista de la comedia; había estudiado con gran inteligencia y cuidado su ca-

rácter irascible y quejumbroso, y procuraba con grande ahinco y entusiasmo expresarle fielmente en su declamación, preparando poco á poco el efecto de aquel tan famoso verso, siempre aplaudido: *Homo sum; humani nihil a me alienum puto* (1). Y como su mismo entusiasmo le distrajese y embargase, escapósele una falta garrafal de prosodia.

Levantóse al punto su corrector, que era D. García de Toledo, primogénito del Duque de Alba, y con voz atronadora corrigió la falta. Hizo esta interrupción sobre el entusiasmo del Príncipe el efecto de un jarro de agua fría, y con un gesto de impaciencia digno del mismo Chremes, prosiguió declamando sin confesar su error, ni hacer caso de la enmienda.

Enrojeció de cólera D. García hasta el blanco de los ojos; mas sin descomponerse ni dar muestra alguna de enojo, limitóse á recitar la regla en que marcaba la cuantidad de aquella sílaba la gramática acabada de publicar por Antonio de Nebrija, escrita, según se cree, para las damas de palacio.

---

(1) Soy hombre, y creo que nada humano me es ajeno.

Llamó entonces al orden Fray Diego de Deza al Príncipe, levantando una varica que tenía sobre la mesa, según era costumbre, y éste, haciendo un esfuerzo sobre sí, volvió atrás en su lectura y repitió el período, pronunciando la palabra como don García le había corregido.

Un murmullo de aprobación se levantó entonces en la sala, como aplaudiendo la pronta obediencia del Príncipe y la moderación de D. García. Fué este D. García de Toledo el mismo que murió heroicamente, años después, en la flor de su juventud, peleando contra los moros de Gelves.

Sonrió gozosa la Reina al oir aquel murmullo, y señaló á Fray Francisco el lugar de donde provenía: reparó entonces éste en que había á lo largo de la pared bancos sin respaldo, y sentados en ellos todos los pajes, oficiales y caballeros del cuarto del Príncipe, seguían con avidez las lecciones: reparó también que por la ancha puerta de la sala, abierta de par en par, asomaban racimos de cabezas de hombres de todas edades y condiciones, pero especialmente jóvenes, que con igual ansia y curiosidad oían las lecciones del maestro y las disputas de los discípulos.

La Reina había mandado franquear aquella puerta á todo el que lo solicitaba, deseosa de despertar en los cortesanos primero, y en todos después, el amor y afición á las letras, al saber y á la cultura, de que daba ejemplo ella misma, y que poco á poco iba implantando en el Reino.

Alzó el franciscano las manos juntas al cielo, como en acción de gracias, porque á la vista de aquel espectáculo y á la sombra de aquella mujer extraordinaria, Reina poderosa al mismo tiempo, se le presentó por primera vez como posible el pensamiento que de continuo atormentaba su mente como un hermoso deseo irrealizable, como una bella ilusión que nunca tendría cuerpo, como una dorada quimera fuera del alcance de sus débiles manos:

¡La fundación de la Universidad de Alcalá!...

IV

Volvió Fray Francisco á su convento de Nuestra Señora de la Salceda, satisfechísimo de la Reina, pesaroso de la carga inmensa que se le venía encima, y tranquilo y confiado, como sucede siempre á los humildes, en que si Dios le había impuesto aquella pesada cruz, Dios también le daría fuerzas y acierto para llevarla.

Y sucedióle en este camino de vuelta una cosa muy singular, que solía referir él mismo muchos años después de acaecida. Acompañábale un hermano lego de su convento, llamado Fray Pedro Sánchez, hombre de ejemplar y austera virtud y de corazón ingenuo y sencillo. Detuviéronse á descansar la hora de siesta en unas eras, cerca de Ajofrín, y como el lego se durmiese profundamente sobre unas gavillas, mientras Fray Francisco rezaba sus horas,

despertó de repente muy regocijado, diciendo con cara de risa:

—¡Albricias, Padre Guardián, albricias, que acabo de soñar que erais Arzobispo de Toledo y veíaos en la cabeza birrete de Cardenal y decíaos yo: *Señoría Ilustrísima!...*

Á lo cual contestó Fray Francisco, sin interrumpir su rezo:

—Dormíos, Fray Pedro, dormíos, y no fantaseéis los sueños.

De allí á poco, en 1494, nombróle el Capítulo de la Orden, Provincial de ambas Castillas, las Andalucías y el Reino de Murcia. Aceptóle él con la esperanza de encontrar aquí fundado pretexto para alejarse cada vez más de la Corte; pero equivocóse en esto por completo, porque la Reina le seguía llamando á cada paso, no sólo para asesorarse con su prudente consejo en los negocios políticos, sino para desahogar también en su pecho aquellos pesares públicos ó secretos con que Dios suele enfrenar el natural orgullo de las grandezas humanas.

Era obligación de su nuevo cargo visitar todos los conventos de la Orden enclavados en su jurisdicción, y decidióse al fin

Fray Francisco á emprender tan enojosa tarea, con gran contento de la Reina, que vió en ella el primer paso dado hacia la reforma del clero secular y regular, idea fija así en la Reina como en el franciscano, que nunca perdían de vista, y á la cual íbanse acercando con los pasos lentos y silenciosos de la constancia y la prudencia.

Escogió el nuevo Provincial como compañero para aquel viaje á un fraile joven del convento de Alcalá, llamado Fray Francisco Ruiz, mozo robusto y de gran provecho en virtud y en letras, como lo probó después sirviendo fielmente á Fray Francisco por muchos años, y desempeñando más tarde, con grande lustre y acierto, los altos cargos de Obispo de Astorga y Ávila.

Emprendieron, pues, su jornada los dos franciscanos, á pie y descalzos, como prescriben sus reglas, y llevando por toda recámara un borriquillo cargado con los papeles, y á prevención por si alguno de los dos caminantes enfermaba. En los trayectos de convento á convento pedían limosna de puerta en puerta, lo cual era causa de que muchas veces les faltase el pan y tuvieran que suplirlo con raíces que ellos mismos extraían de la tierra.

Acontecía esto casi siempre que tocaba pedir á Fray Francisco y descansar á su compañero: porque no sabía aquél ser pobre importuno, ni encarecer con exageraciones su necesidad, arte de pedir preciso en todos los que mendigan. Por eso, cuando volvía Fray Francisco mustio, con las manos en las mangas y el zurrón vacío, solía decirle con donaire su compañero:

—Pedid vos á Dios por mí, Padre Provincial; que yo pediré á los hombres por vos, y así saldremos ambos mejor medrados. Dios reparte sus dones, Padre mío: á vos os dió, sin duda, el de dar; dejadme á mí el de pedir...

Llegó Fray Francisco en aquella excursión hasta Gibraltar mismo, donde estaba el último convento de su jurisdicción. Un desaliento cruel, imposible de sacudir y único en su vida, cual nunca sintiera antes ni aun en los tiempos de su prisión en Uceda, ni después cuando, muerta ya la Reina y fugitivo el Rey en Aragón, tuvo que afrontar él solo, en defensa de una Reina loca y de un niño ausente, todas las ambiciones desencadenadas, asaltó entonces y casi abatió aquel ánimo entero é inque-

brantable, que supo resistir en aquellas otras terribles circunstancias.

En la detenida visita que había hecho por todos los conventos de su Orden tuvo ocasión de ver y sondear por sí mismo la profunda relajación que en la mayor parte de ellos reinaba. Aquella santa y nunca bien ponderada Orden seráfica de San Francisco habíase dividido en dos ramas distintas: la de los frailes dichos *observantes* y la de los llamados *claustrales:* los primeros, á los que pertenecía Fray Francisco, tenían pocos y pobrísimos conventos, en que conservaban en su vigor la primitiva regla. Mas los segundos, los claustrales, tenían muchos y magníficos conventos, rentas muy cuantiosas, casas de campo, y ocupábanse de todo menos del cumplimiento de sus reglas.

Observó también en ellos—y esto era lo más doloroso—un espíritu de soberbia, independencia y de rebelión, latente entonces, pero dispuesto á estallar en cuanto alguna mano fuerte intentase corregir los abusos y traerles á la observancia.

Las causas de esta relajación explícalas así la misma *Crónica Franciscana:*

«Por una peste que padeció España por

los años 1348, y por las guerras civiles que se fueron sucediendo, quedaron los claustros sin religiosos, y los religiosos (exceptuando muy pocos) casi sin religión. Siguióse, por consecuencia, que cuando comenzaron á poblarse los monasterios, los que iban entrando en ellos, como no tenían Maestros que los criasen en las reglas de su primitivo instituto, se fueron aumentando sin regularidad ni disciplina, con que hubieron de llegar tiempos en que se tratase de una universal reforma. Los Reyes Católicos, con motivo tan patente á sus ojos como sensible á su corazón, tentaron varias veces el vado de este proyecto, impetrando Bulas de la Santa Sede para llevarlo adelante, pero siempre sin efecto alguno.»

Aquella detenida y concienzuda visita de Fray Francisco á todos los conventos de su Orden, hízole comprender y medir las insuperables dificultades prácticas en que había de tropezar la reforma que los Reyes y él mismo tanto anhelaban, y de aquí provenía su desaliento.

Porque harto comprendía él que su simple autoridad de Provincial no bastaba para corregir tantos y tamaños abusos, ni para extirpar sus raíces y encauzar otra vez

la observancia por el santo cauce por donde debiera deslizarse siempre. Cierto que contaba con el apoyo decidido de la Reina; pero este poder, meramente terreno, no era suficiente para reducir en la esfera moral á unos espíritus inquietos y rebeldes, que abroquelados tras la inmunidad religiosa, atropellaban la santa observancia, en defensa de la cual se les había concedido aquélla.

Preciso era un poder superior que pudiera manejar la espada terrena al mismo tiempo que fulminar los rayos del cielo, y ese poder sólo existía en Roma.

En aquellas horas de desaliento, transformándose de repente en ángel de luz el espíritu de las tinieblas, pretendió con falsas perspectivas de abnegación y de martirio apartar á Fray Francisco de la verdadera senda por donde Dios le llevaba de la mano.

La vista de aquellas cercanas costas de África que contemplaba desde el Peñón sugiriéronle la idea, que había tenido también en otros tiempos su Padre San Francisco, de ir á predicar el Evangelio á aquellas gentes bárbaras, con el fin de conseguir uno de estos dos objetos: la propaga-

ción de la fe de Cristo entre ellos ó el martirio por amor de su santo nombre. Encargóse, sin embargo, Dios de desengañarle, como con el Serafín de Asís lo había hecho, y llevólo á cabo, por cierto de bien extraña manera.

Vivía entonces en aquella tierra que llaman hoy Campo de Gibraltar, una mujer extraña, conocida en muchas leguas á la redonda con el nombre de la Beata Mari-Cuervo.

Daban en aquella época el nombre de *Beatas* á ciertas mujeres que, sin tener votos religiosos ni vivir en clausura, vestían, sin embargo, el hábito de tal ó cual Orden religiosa, y vivían en el retiro de sus casas entregadas á la oración y la penitencia. Hubo entre ellas almas muy santas y recogidas, y húbolas también, señaladamente en los siglos XVI y XVII, muy grandes bellacas, que pagaron en la Inquisición sus embustes y embelecos.

La Beata Mari-Cuervo no se llamaba así; era su verdadero nombre Mari-López; pero los andaluces de entonces, que debieron ser tan alegres y amigos de burlas y donaires como lo son ahora mismo, llamábanla Mari-Cuervo por alusión harto hiperbólica á lo

atezado de su tez, que recordaba en el color á un bronce obscuro.

Teníanla, sin embargo, todos por santa muy favorecida de Dios y atribuíanla curas prodigiosas, profecías cumplidas y sabios y atinadísimos consejos, que no parecían provenir ciertamente de una mujer zafia y vulgar como lo era ella en efecto.

La Beata Mari-Cuervo vestía hábito de Terciaria de San Francisco, y caía, por lo tanto, bajo la jurisdicción del Provincial de los franciscanos. Instaron, pues, á éste sus frailes á que fuera á visitarla y tratase de discernir el verdadero espíritu de aquella mujer extraordinaria, que, aunque venerada de los más, no faltaba tampoco quien la tachase de embaucadora y aun de bruja.

Presentóse, pues, una mañana Fray Francisco en casa de la Beata Mari-Cuervo, y aunque la cogió de improviso, no pudo observar en ella muestra alguna de inquietud ó de sorpresa.

Era una mujer ya vieja, muy alta, huesuda y fuerte, como suelen ser las dedicadas en su juventud á la labranza del campo, y de un color bronceado tan obscuro, que justificaba muy bien el apodo que la

habían puesto. Vivía en una ruin casucha de adobes, pegada á la roca como un marisco, en la curva que forma el mar entre Gibraltar y Algeciras.

En la pieza de entrada, que no tenía puerta, veíanse las paredes de adobes curiosamente encaladas, según costumbre de los moros; tres ó cuatro ligeros asientos de pita, como los que se ven todavía en aquellos cortijos, y colgada en la pared una tosca cruz hecha de dos troncos de árboles: por debajo de ésta veíase una grosera escultura que parecería hoy grotesca, pero que en aquel tiempo era devota y aun artística: representaba á la gloriosa Santa Ana teniendo sobre sus rodillas á la Santísima Virgen, la cual á su vez sostenía sobre las suyas al Niño Jesús, extendiendo, en actitud de bendecir, ambas manitas.

Grupo extraño y aun grotesco, pero que tenía, á pesar de su rusticidad, algo de enternecedor y de santo. Frescas guirnaldas de flores, clavadas en la pared, en torno, acreditaban la devoción de la Beata.

Más de una hora duró la plática de Fray Francisco con la Beata Mari-Cuervo, encontrando aquél siempre en ella una labradora ignorante y sencilla, de la más baja

clase; mas cuando se la hablaba de Dios y de las cosas del cielo adquirían sus conceptos una profundidad y una claridad de expresión, tan acorde siempre con las enseñanzas de la Iglesia, que pasmaron al sabio teólogo, y diéronle el íntimo convencimiento de que sin luces muy especiales del cielo, imposible era que así hablase una mujer semejante.

Apeló luego á las dos piedras de toque de la santidad verdadera, la humillación y la obediencia, y de ambas pruebas salió la Mari-Cuervo triunfante. Trocóse entonces Fray Francisco de examinador en discípulo, y confió á la Beata los deseos que en aquellos días le agitaban de abandonarlo todo y pasar á África á predicar la ley de Cristo á los mahometanos.

Escuchábale ella con gran respeto, en silencio, sin hacer gesto alguno de aprobación ni desagrado, y concluyó al fin Fray Francisco suplicándola humildemente que encomendase á Dios aquella noche estos sus deseos, y le dijese al día siguiente cuál era la respuesta y el consejo que Dios la inspiraba.

Á la mañana siguiente, antes de amanecer, llamaba la Beata Mari-Cuervo á la

puerta del convento, para dar razón á Fray Francisco del encargo que le había hecho. Díjole sin titubear y con rara entereza, *que no pasase á África en busca del martirio, porque Dios le reservaba en Castilla otro más doloroso y de mayor provecho, y que pronto le anunciarían lo que la voluntad divina tenía sobre él dispuesto.*

Aquella noche, en efecto, llegó al convento un correo de la Reina: traía pliegos muy urgentes de ésta para Fray Francisco, mandándole volver en el acto á la Corte para negocios de gran importancia.

V

Vió Fray Francisco en aquel mensaje de la Reina la manifestación de la voluntad de Dios que por la mañana le anunciara la Beata Mari-Cuervo, y obediente á aquel mandato que con harta razón consideró desde luego como divino, emprendió al punto y sin vacilar el viaje de vuelta, con su compañero, en la misma forma en que había hecho el de ida.

Siguió, sin embargo, otro camino más recto y más corto, sin dar rodeos ni tomar descansos, alargando siempre las jornadas en cuanto lo permitían sus fuerzas, deseoso de salir al encuentro de aquella cruz que le esperaba en Castilla, y cargársela con santa ansia sobre los hombros.

Al entrar Fray Francisco en Palacio hizo entre los cortesanos el efecto de un San Hilarión que volviese del desierto: hasta tal

punto habían aumentado las fatigas del viaje y las angustias sufridas durante su pasada visita la austeridad natural de su venerable figura. Recibiéronle sin pérdida de tiempo el Rey y la Reina juntos, y ésta, al verle entrar, díjole con gran alborozo:

—Regocijaos con nos, Padre... Al fin, *exaudivit Deus orationem meam...*

Y al mismo tiempo tendíale un ancho pergamino enrollado, del cual pendía un grueso sello de plomo. Desarrollólo Fray Francisco sin premura y leyólo atentamente: era una Bula del Soberano Pontífice dirigida á sus amados hijos los reyes católicos D. Fernando y D.ª Isabel, concediéndoles amplias facultades para emprender la reforma del clero regular y secular en todos sus Reinos, y autorizándoles para escoger y nombrar persona idónea y competente, para esta empresa, á la cual podrían transmitir todas las facultades que á ellos concedía...

Cuando acabó de leer, Fray Francisco estaba pálido, con esa palidez que hace refluir toda la sangre al corazón del hombre que ve ó presiente algo sobrenatural y divino, y una expresión de inefable contento iluminaba sus enérgicas facciones.

Observábale el Rey atentamente, y cuando acabó de leer, díjole con cierta cariñosa ironía llena de malicia muy propia de su carácter:

—Ved agora, Padre Confesor, si os place tanto estotro...

Y alargábale á su vez otro pergamino más pequeño y arrollado también con sello de plomo colgante...

Era una Cédula Real en la cual declaraban los Reyes, que en uso de la autorización que les concedía el Santísimo Padre Alejandro VI de nombrar persona idónea para emprender la reforma del clero secular y regular en todos sus Reinos, era su voluntad nombrar y por la presente Cédula nombraban para llevar á cabo esta santa empresa, á Fray Francisco Ximénez de Cisneros, Provincial de los franciscanos; otrosí, otorgaban al dicho Fray Francisco todas las facultades que en ellos mismos delegara el Santísimo Padre Alejandro VI, y ponían á su disposición cuantos auxilios creyese necesarios, incluso el de los Tribunales civiles y la fuerza armada, para llevar á cabo la santa empresa...

La sangre que refluyó antes al corazón de Fray Francisco, subióle á las mejillas á

la lectura de este segundo documento, y quedóse como extático medio segundo viendo cumplidas tan exactamente las palabras de la Beata Mari-Cuervo: repúsose, sin embargo, al punto, y contestó á los Reyes con humilde naturalidad y santa entereza, que presto estaba á cumplir por su parte lo que tan claro veía ser voluntad de Dios y de sus Reyes, y que desde aquel momento, si así lo querían, daría comienzo á la obra.

Y así lo hizo, en efecto, en el orden y de la manera que de este modo relata la *Crónica Fraciscana:*

«Llegaba á los monasterios, y después de intimada la Bula y comisión de su autoridad, abría la visita con una fervorosa plática, en que propuestas con mucha claridad sus primitivas reglas y obligaciones y el espíritu de los fundadores santos, mostraba con gravísimas ponderaciones cuán lejos estaba de aquel espíritu la vida que al presente se practicaba; cuánta fealdad hacía esta desproporción en los ojos de todas las gentes; cuánto debían temer el enojo de Dios, si después de ofrecerles la luz, se obstinaban en las tinieblas, y cuánta gloria sería para Dios, utilidad para sus

almas y edificación para el mundo, abrazar la vida reformada que se les proponía. Que si se apoyaban en algunos particulares privilegios, hicieran de ellos sacrificio á Dios, en obsequio de la causa común. Y por último, que si no daban los oídos á proposiciones tan justas, les protestaba, negociaría la fuerza lo que no consiguiera la benignidad.

»Por este medio fueron muchos y admirables los efectos que consiguió su celo, porque casi todas las Religiones extrañas, que necesitaban de alguna reforma se consiguió llena y llanamente; que como sus Institutos permiten propiedades y rentas en común, se redujo toda la obra á privar de ellas á los particulares que las poseían como propietarios, haciéndoles renunciar en beneficio de la Comunidad cualquier privilegio, costumbre ó razón que favoreciese tal abuso, y reglándoles el uso de las cosas, en hábitos y celdas, á la proporción y decencia del estado religioso. Y como esto por su naturaleza más bien era favorable que odioso á las comunidades, tuvieron en ellas buen logro, sin oposición alguna (exceptuando uno ú otro convento) las celosas diligencias de Fray Francisco.

»Por lo que toca á nuestra Religión (la franciscana), donde sólo estuvo el golpe de la oposición y dificultad en aquellos conventos de claustrales, que sin repugnancia admitían la reforma, era su primera diligencia, después de renunciados todos los privilegios en que se abrigaba la relajación, hacer que se los trajeran y en su presencia darlos á las llamas. Luego les desposeía de todas las rentas, heredades y juros que hasta allí habían tenido, y por la mayor parte (usando de la potestad apostólica, que para todo le daba poder cumplido) los adjudicaba á Monasterios pobres de Religiosas, que por falta de medios no guardaban clausura; mas era con el preciso cargo de que habían de guardarla y vivir ajustadas á las reglas. Otras veces, porque las rentas y propiedades de muchos conventos claustrales eran gruesísimas, consignaba parte de ellas á muchos Hospitales muy necesitados. Hacíales dejar también los hábitos pomposos que traían de estameña, trocándolos por los de paño áspero y grosero, según lo practica la Observancia. En las celdas no dejaba cosa superflua, púsolos en el séquito puntual del coro, en el recogimiento y silencio de la

clausura, en el cumplimiento literal de todos los preceptos penosos de nuestra Regla y en la obediencia del Vicario general de nuestra Observancia. Por último, vencidas todas las oposiciones que ya diremos, consiguió dejar desterrada de España la Claustra (excepto algunos conventos que se reformaron años después) porque de los Claustrales los más abrazaron la Observancia, y los menos pasaron á Italia, en donde vivieron en los conventos claustrales de aquellas provincias.

»De los conventos de Monjas Clarisas y de la Tercera Orden (que casi todos eran claustrales, excepto once que vivían á dirección de la Observancia), consiguió lo mismo, dejándolas entregadas respectivamente á Prelados observantes de su Provincia, para que introdujesen en ellos la vida reformada.»

Ayudó mucho á Fray Francisco en la reforma de los conventos de Religiosas la acción personal de la Reina y sus santos ejemplos. Con frecuencia íbase á tal ó cual convento de monjas á pasar la tarde. Llevábase la costura ó la rueca, reuníalas á todas en la sala común y cosiendo ó hilando sostenía con ellas pláticas santas y

religiosas exhortándolas á la observancia de las reglas y á la perfección de su estado.

Cuentan que hallándose la Reina una Cuaresma en Sevilla y ausente en Granada el rey D. Fernando, retiróse ella á pasar aquel santo tiempo al convento de la Madre de Dios, que había sido de los más opuestos á la reforma, y allí ayunó rigurosamente los cuarenta días á pan y agua, con gran edificación y provecho de las monjas.

Al despedirse la Reina de la Comunidad, preguntó á la Priora lo que deseaba para el convento en pago de su hospitalidad, y ésta, que era discreta, le contestó:

—*Señora, lo que S. A. ha consumido; pan y agua.*

Y la generosa Reina concedió entonces al convento, á perpetuidad, el agua toda de los caños de Carmona y las suficientes fanegas de trigo sobre las rentas de la Alcabala para surtir de pan al convento durante todo el año (1).

---

(1) La furia impía de la Revolución de Setiembre de 1868 expulsó á estas ejemplares religiosas de su convento de la Madre de Dios, y echó por tierra el modesto

Mas no se dió ninguno de estos pasos en la reforma sin que la santa entereza de Fray Francisco tuviese que sostener reñida lucha contra la obstinada resistencia que le oponían los frailes.

Dice á este propósito el concienzudo historiador Jerónimo de Zurita:

«Entendían en estos tiempos el Rey y la Reina con gran celo y fervor en reformar y reducir á verdadera observancia las Ordenes de Religiosos que en España había. Y aunque la obra era tan meritoria y santa, no faltaba quien la impidiese. Y hacían en la Corte Romana gran contradicción el Cardenal de Portugal y el General de la Orden de San Francisco, afirmando que por reducir las Órdenes á más estrecha regla *muchos de los profesos apostataban y algunos se hallaron que se habían pasado á tierra de infieles á tornarse moros.* Pero

---

edificio, derribando al mismo tiempo la que llamaban *casita de la Reina*, que eran las habitaciones que ocupó D.ª Isabel *la Católica* durante aquella cuaresma, y que las monjas conservaron intactas hasta entonces con gran veneración. La persona que escribe estas líneas tuvo ocasión de ver entonces los ricos y curiosos azulejos moriscos que adornaban dichas habitaciones y que los ignorantes y rapaces revolucionarios vendieron fuera de España á subidísimo precio.

era bien notorio que tales Religiosos eran aquellos que tenían más necesidad de reformarse, pues hallaban por mejor renegar la fe que reducirse á la verdadera regla de San Francisco; lo cual era manifiesta prueba de la necesidad que de esto había.»

Y añade el mismo juicioso escritor:

«Era tan grande la envidia y odio que entre sí tenían los que profesaban la Observancia y los que la aborrecían que el General y los frailes de su partido, porque Fray Francisco Ximenéz de Cisneros hacía muy grande instancia en reformar su Orden, hablaban de su persona deshonestamente, poniendo lengua en varón tan grande y de tal vida y ejemplo que ninguno se le igualaba en guardar con más aspereza y austeridad lo más riguroso de su Religión.»

Los primeros que levantaron el estandarte de la rebelión descarada, según cuenta el Obispo Flechier, fueron los Claustrales de Toledo. Intimóles Fray Francisco la reforma y ellos la rechazaron abiertamente; mandóles entonces salir de su convento, proporcionándoles medios para subsistir fuera, y negáronse también á aban-

donar lo que con sacrílego cinismo se atrevían á llamar propiedad suya.

Entonces Fray Francisco apeló á la fuerza, y por mandato de la Reina fueron expulsados de su convento, saliendo ellos tumultuosamente, en procesión, con la Cruz por delante, cantando el salmo de la salida de Israel de Egipto, con grande escándalo y asombro de todos los vecinos.

Siguióse á esto en Segovia el alboroto del Prior Comendatario del monasterio del Santo Espíritu; este hombre inquieto, soberbio y ligero, combatió la reforma, constituyéndose protector de los claustrales, y propagando por todas partes que él tenía facultades de la Silla Apostólica para hacer pasar á éstos á todos los frailes de la Observancia que así lo deseasen; con lo cual envalentonaba á unos, soliviantaba á otros, perturbaba á todos, y era causa de alteraciones, rencores y aun riñas, pues aquellos frailes, inquietos y levantiscos, pasaban con facilidad suma, como toda la gente de su tiempo, de las palabras á las obras.

Ante este nuevo peligro, no se anduvo por las ramas Fray Francisco; mandó prender al revoltoso Prior y encerrarle en

la cárcel, y confiscóle todas sus rentas y beneficios. Mas encontró él medio de evadirse, y huyóse á Roma al amparo del cardenal Ascanio Sforcia, á quien tenía engañado desde mucho tiempo antes; y de tal manera intrigó allí con sus mentiras, chismes y calumnias contra Fray Francisco, que el cardenal Sforcia escribió al Rey y al mismo Fray Francisco haciéndoles reproches; y exasperado el General de los Franciscanos, que era también opuesto á la reforma, decidióse á venir á Castilla para abrir los ojos á la Reina y contener al entrometido confesor, que, so color de reformar su Orden, íbala destruyendo y aniquilando.

Recibióle benignamente la Reina no bien supo que el General tenía intentos de verla, y presentóse éste rebosando encono, lleno de las calumnias que los claustrales le habían referido, contra Fray Francisco, y que quizá de buena fe creía, y con tal atrevimiento y aun insolencia presentó sus quejas contra el *reformista intruso*, como él le llamaba, y contra la misma Reina, que más de una vez estuvo tentada la prudente señora de mandarle callar y hacerle salir de su presencia. Contúvose, sin embargo,

por respeto á su hábito religioso, y cuando acabó de hablar, díjole más sentida que irritada:

—Pero, Padre..., ¿habéis reflexionado lo que decís?... ¿Sabéis con quién habláis?...

El fraile respondió altaneramente:

—¡Sí, señora!... ¡Todo lo he reflexionado y sé que hablo con la reina Isabel de Castilla, que es tan polvo y ceniza como yo!...

Y diciendo esto salióse impetuosamente de la cámara, sin hacer cortesía ni pedir venia.

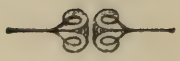
Dejóle marchar la Reina harto benignamente, sin hacerle reproches ni imponerle castigo; mas no por eso cejó un ápice en su afán de apoyar la reforma, y ni aun siquiera refirió á Fray Francisco la enojosa entrevista que con el General había tenido...

Doce años empleó Fray Francisco en llevar á cabo esta reforma de las Órdenes religiosas, que puede considerarse como una de sus obras más grandes y de mayor trascendencia, pues ella barrió de los claustros la escoria, y como dice un gran historiador, que no peca ciertamente de benigno con los frailes, preparó el terreno para que pudiese producir los hombres eminen-

tes en virtud y santidad que de su seno brotaron más tarde (1).

---

(1) Los sucesos que referimos, concernientes á esta reforma, no acaecieron todos juntos ni en el mismo orden que los relatamos. Hemos seguido en esto á la *Crónica Franciscana*, que los amontona todos en un capítulo, quizá por no tener que volver á tratar de materia tan desagradable. Debemos también de consignar aquí que la mencionada *Crónica Franciscana* niega que fuese el general de su Orden, Fray Francisco Sansón, el fraile que habló tan injusta y descomedidamente á la Reina Católica. Al relatar el hecho, sin negarlo ni discutirlo, lo atribuye al Comisario enviado á Castilla por dicho general, Fray Francisco Sansón.



VI

AGRAVÓSE por este tiempo el gran cardenal D. Pedro González de Mendoza en Guadalajara, donde, como ya dijimos, se había retirado un año antes para apartarse de los negocios y prepararse á morir; y no bien supieron los Reyes que aquella gravedad era la de la muerte, acudieron presurosos á visitarle desde Madrid, donde se hallaban, para recibir la última bendición del Prelado insigne y escuchar los postreros consejos del amigo prudente y leal que con tanta razón había merecido el nombre de *tercer Rey* de España, por la influencia que tuvo en los gloriosos hechos de ambos Reyes.

No era, sin embargo, la enfermedad del Cardenal de esas dolencias que postran y aniquilan al enfermo, y no le permiten moverse del lecho del dolor hasta que llega

la hora de trocarlo por el hoyo de tierra ó por el sepulcro de mármol.

Al principio de aquel mismo año habíasele presentado una dolorosa postema en los riñones, que puso en riesgo su vida; reventósele al cabo con grandes dolores, mas quedáronle desde entonces violentos ataques al corazón que le ponían en trance de muerte, y que hacíanse más peligrosos á medida que iba perdiendo fuerzas y debilitándose. Pasado el ataque, quedaba cada vez más débil y abatido, pero podía levantarse y aun pasear por su cámara.

Salió, pues, aquel día lleno de agradecimiento á recibir á los Reyes en la primera de sus habitaciones, apoyado en un báculo y sosteniéndole dos familiares por debajo de los brazos. Hallábase muy demacrado é inclinado hacia adelante, y tenía la respiración fatigosa y la torpeza de movimientos que caracteriza á los cardíacos, y aquella mirada profunda, triste, un poco alta que se observa siempre en los moribundos y en los condenados á muerte.

Llevaba, sin embargo, sus ricas vestiduras de púrpura con la misma noble majestad que siempre, porque la corrección y la pulcritud y el aseo—cosa rara en su épo-

ca—eran en él como una segunda naturaleza.

No era esta la primera vez que visitaban los Reyes al Cardenal durante su enfermedad en Guadalajara: habíanlo hecho ya desde Arévalo por el mes de Junio del mismo año, cuando al reventársele la postema de que hablamos creyeron llegada su última hora. Otorgó entonces testamento, y firmólo en presencia de la Reina el 23 de Junio, víspera de San Juan, suplicándola humildemente que se sirviese ser su albacea por esta curiosa cláusula, que demuestra hasta qué punto confiaba el Cardenal en la Reina:

«Suplico á la muy Alta é muy Poderosa é muy Excelente Reina D.ª Isabel, Reina de Castilla y Aragón y de Granada, mi Señora, que por su muy gran Clemencia, respondiendo al gran deseo que yo siempre tuve á su servicio é prosperidad, quiera leer ó mandar leer en su Real presencia este mi testamento ó postrimera voluntad, é que para la execución de él mande dar todo el favor que menester será. É si pareciere á S. A. que algo de lo en él contenido se debe enmendar, añadir ó quitar, en todo ó en parte, su Señoría lo haga según que

mejor le fuere visto, é como por bien tuviere. É para ello suplico á S. A. con el mayor acatamiento que debo, que para obrar con mi ánimo obra de piedad, quiera recibir mi poder, el qual con toda reverencia y acatamiento yo le otorgo, bien assí, e tan cumplido como yo lo tengo. É lo que por S. A. fuese enmendado, añadido ó quitado, quiero que sea firme y executado, como si yo mesmo lo dispusiese y ordenase é así quiero que sea cumplido por los executores de este mi testamento.»

Oyó la Reina leer esta cláusula y aceptó el cargo de albacea, y le dijo al Cardenal que Dios le diese salud y que viese si era buena para otra cosa, porque la haría con la voluntad que tuvo siempre á todo lo que le había tocado. Y tan de veras lo decía y hablaba, que en muriendo el Cardenal vióselа á ella misma en persona tomar cuentas de la hacienda de éste á su secretario Juan de Morales, y tan satisfecha quedó de la honradez y buena maña de éste, que le recibió en su Real Casa con el mismo destino que en la del Cardenal tenía.

Los demás albaceas fueron D. Diego Hurtado de Mendoza, cardenal y arzobispo de Sevilla, su sobrino; D. Juan de

León, deán y canónigo de Toledo, su familiar y mayordomo mayor, y el *devoto Padre*—así le llama—Fray Francisco Ximénez de Cisneros, provincial de Castilla.

En esta segunda y postrera visita de los Reyes al cardenal Mendoza fué cuando les dió los tres famosos consejos que tan diverso efecto causaron en Isabel y Fernando. Fué el primero *que tuviesen paz y amistad con la Casa de Francia y procurasen conserballa perpetuamente.* Torció el gesto al oir el consejo el rey D. Fernando, y efecto de no haberlo él cumplido fueron las tristes guerras que se siguieron después entre ambas Coronas.

El segundo consejo fué *que casasen al príncipe D. Juan con D.ª Juana la Excelente*, como llamaban en Portugal á *la Beltraneja*, que vivía allí retirada en un convento. Tocóle la vez á la Reina de torcer el gesto, y aun cuenta Salazar de Mendoza—lo cual no creemos—que llegó á decir:

—¡El Cardenal ha perdido ya la cabeza!

El Rey, por su parte, no pronunció una palabra; mas sacó de este consejo una falsa y vergonzosa consecuencia, de que nos ocuparemos más adelante.

El tercer consejo fué que no nombrasen

como sucesor suyo en la Silla de Toledo á ningún gran señor, emparentado con las Casas grandes del Reino, sino á un hombre de calificada, pero modesta nobleza y gran virtud, saber y prudencia, y que no conocía él otro que reuniese en tan alto grado estas condiciones, como el padre provincial Fray Francisco Ximénez de Cisneros.

Fundaba el Cardenal este su postrero consejo en que siendo en aquella época la Mitra de Toledo, por sus riquezas inmensas y su fuerte poderío, la más alta dignidad de la Iglesia, después del Pontificado, no era prudente elevar á ella á un Grande que, aliándose con sus poderosos parientes, turbase la paz del Reino y pusiera en jaque al mismo Rey, como ya había sucedido en tiempo de Enrique IV con su antecesor el arzobispo D. Alonso Carrillo.

Decía de D.ª Isabel misma este soberbio y revoltoso Prelado, ya en los tiempos de aquellas injustas desavenencias que le hicieron pasarse traidoramente al Rey de Portugal:—*La he sacado de la rueca y á la rueca la he de volver.*

Y decía verdad en lo de sacarla de la rueca, porque preciso es convenir en que á él principalmente debió la Reina el ceñirse

la corona de Castilla; en cuanto á lo de volverla á la rueca, hubiera sido igualmente cierto, si Dios mismo no hubiese querido afirmar y sostener en sus sienes aquella corona por caminos inusitados.

Al oir el nombre de Fray Francisco, iluminóse el semblante de la Reina con la satisfacción propia del que ve adivinado y probado su íntimo pensamiento: pues éste era, en efecto, el de D.ª Isabel desde mucho tiempo antes. Sombreóse, por el contrario, el del Rey, porque, como presto veremos, tenía sobre el Arzobispado de Toledo miras muy distintas é interesadas.

Sucedía todo esto el 3 de Enero de 1495, y al día siguiente, que era sábado, volvieron los Reyes á Madrid, adonde deseaban llegar en sólo dos jornadas. El sábado siguiente, al anochecer, acometióle al Cardenal otro repentino y violento ataque al corazón, hallándose en su cámara solo con su hermano el adelantado de Cazorla D. Pedro Hurtado de Mendoza.

Alborotáronse todos y lleváronle á la cama, comprendiendo que se acercaba su última hora. Confesóse entonces brevemente con su sobrino el Cardenal Arzobispo de Sevilla, sólo por recibir la absolu-

ción, porque era tal la pureza de su conciencia, que á diario se confesaba por la mañana, como si fuese á morir, para que no le hallase la muerte desprevenido. Sosegáronsele entonces las fatigas de muerte y el anhelo de la respiración, y aun pudo conversar un rato con los deudos y amigos que llenaban la alcoba y la cámara vecina.

Hallábanse presentes, además de su sobrino el Arzobispo de Sevilla y de su hermano el Adelantado de Cazorla, D. Pedro Hurtado de Mendoza, sus otros tres sobrinos el Duque del Infantado y los Condes de Coruña y de Tendilla, y el Marqués de Moya, marido de D.ª Beatriz de Bobadilla, y otra porción de caballeros de Guadalajara y de personajes eclesiásticos.

Poco antes de amanecer el domingo 11 de Enero, hallándose el Cardenal muy sosegado y sumido en pías meditaciones, y sólo á su cabecera el Arzobispo de Sevilla, entró de improviso en la alcoba el Conde de Coruña, muy emocionado y casi lleno de espanto, diciendo á voces á su primo el Arzobispo, que había aparecido en el cielo, sobre las casas mismas del Cardenal, una gran Cruz blanca muy resplandeciente, igual en su hechura á las que el

Cardenal mismo usaba en sus reposteros.

Oyólo, éste y como era muy devoto de la Santa Cruz porque en el día de su fiesta había nacido, comenzó á herirse los pechos con gran devoción y humildad y a prorrumpir en fervientes jaculatorias de amor de Dios y contrición de sus pecados, por tener esta aparición como anuncio cierto de su próxima muerte.

Mandó entonces que allí mismo, en su alcoba, se dijera una Misa de la Santa Cruz, para recibir en ella el Viático, y concluída ésta, recibió también la Extrema Unción. Diósela el Arzobispo de Sevilla, una vez terminado el Santo Sacrificio, y una hora después, entre pías jaculatorias y fervorosos actos de contrición y las oraciones de todos los presentes, entregó su alma á Dios el gran cardenal D. Pedro González de Mendoza.

Momentos después, borrábase del cielo la Cruz blanca y resplandeciente...

Así lo cuenta Salazar de Mendoza en su crónica, calificando el hecho de *milagroso,* apoyado en historiadores tan respetables como Garibay, el maestro Gil González Dávila, el Dr. Francisco de Pisa, y Dr. Blas Ortiz, doctoral y vicario general del Arzobispo de Toledo.

No dudamos ni por un momento de la verdad del *hecho*, puesto que autores tan graves y de tal autoridad lo consignan y confirman: pero el *milagro* ni lo negamos, porque donde entra la misericordia de Dios lo creemos todo muy posible, ni lo afirmamos tampoco, porque lo sobrenatural es y ha sido en todas las épocas muy rara cosa y confúndesele á menudo por la gente piadosa y de sencilla buena fe, con fenómenos naturales pero desconocidos ó semiocultos en las sombras del misterio...

Mas si alguno, sea creyente, sea excéptico, sonriese maliciosamente al leer estas líneas, recordando las grandes flaquezas juveniles del Cardenal, le diremos severamente:—Cierto que el Cardenal no pudo presentarse á Dios con la blanca estola de la inocencia; mas presentóse seguramente vistiendo el sayal de la penitencia sembrado de lágrimas, y este obscuro sayal tórnase blanco como la nieve al lavarse con la *sangre del Cordero..*,

Será quizá parcialidad de parte interesada; pero más grande nos parece Dios y más nos consuela perdonando á Dimas que coronando á Luis Gonzaga...

VII

Tenía el rey D. Fernando tal prisa y tal afán por lograr aquellas sus miras que había formado sobre la Mitra de Toledo, que ni esperó siquiera á la muerte del Cardenal para exponerlas á la Reina, de quien todo exclusivamente dependía.

En las capitulaciones matrimoniales firmadas en Cervera, reservábase la reina D.ª Isabel la provisión de todas las iglesias de su reino comprendiendo la responsabilidad y trascendencia que trae para la Iglesia de Dios y para los fieles mismos el nombramiento de Obispos dignos ó indignos, y resultando de esto el largo catálogo de varones eminentes en virtud, saber y prudencia, que, nombrados por Isabel, ocuparon las sillas episcopales de Castilla.

No sucedía lo mismo en Aragón, donde hubo Mitra en que se sucedían los hijos

naturales de los Reyes, dignos ó indignos, cual si fuesen un mayorazgo de bastardos reales.

Al día siguiente, pues, de su vuelta de Guadalajara, y tres ó cuatro antes de la muerte del Cardenal, el Rey descubrió francamente á la Reina sus deseos con respecto á la Mitra de Toledo, temeroso de que hubiesen hecho mella en el ánimo de ésta los prudentes consejos de su amigo moribundo: reducíanse aquéllos á que fuese nombrado Arzobispo de Toledo su hijo bastardo D. Alonso de Aragón, mozo de unos veinte años, que lo era ya de Zaragoza.

Imposible es comprender hoy, sin ponerse en absoluto en aquélla época, cómo un hombre de la privilegiada inteligencia del Rey Católico, y que por otra parte amaba y respetaba tan en alto grado á la Reina, osó hacer proposición tan vergonzosa á la madre de sus legítimos hijos; y cómo aquella santa y casta mujer, tan enamorada de su marido y tan celosa por naturaleza, no rechazó indignada la propuesta, limitándose á negarla terminantemente, con el pretexto de que era D. Alonso de Aragón harto mozo y vivía en Zaragoza vida de Príncipe más bien que de Prelado...

Mucho se ha discutido sobre á cuál de estos dos Reales cónyuges correspondía la superioridad; todos están conformes en que la superioridad moral era de D.ª Isabel, pero muchos atribuyen la intelectual y política á D. Fernando.

Esto no es exacto, á nuestro pobre juicio: si alguna superioridad política hubo en D. Fernando, fué sencillamente que, educado en las nada severas máximas de su padre D. Juan II y su madre D.ª Juana Enríquez, era *poco escrupuloso*, y D.ª Isabel, por el contrario, éralo mucho, no reconociendo otras inspiraciones que las de su pura y recta conciencia. La política de ambos Reyes estaba basada ciertamente en aquélla máxima: *Rem, si poteris recte* (si puedes, rectamente), mas D.ª Isabel deteníase aquí, y D. Fernando admitía también el camino torcido de la segunda parte de la máxima: *Et si non poteris recte, etiam rem* (y si no puedes rectamente, hazlo también).

Negó la Reina, como ya dijimos, su pretensión á D. Fernando, y aunque no le descubrió entonces sus intenciones de nombrar á Fray Francisco, adivinólas él, y guardó á éste desde aquel momento un oculto é injusto resentimiento, que salió á

flote más de una vez en su vida, á pesar de ser el primero en hacer justicia al saber, á la virtud y á la lealtad del Provincial de los franciscanos.

Llegó, por fin, á los Reyes la noticia de la muerte del gran cardenal Mendoza, y activa y previsora siempre la Reina, comenzó á gestionar al punto todo lo necesario para darle por sucesor á Fray Francisco. Mas quiso antes, lo primero, saber la opinión de éste sobre dicho nombramiento y llamóle á palacio con pretexto de consultarle sobre negocio de tamaña trascendencia.

Preguntóle sencillamente que á quién nombraría él para la Mitra de Toledo; y como el bendito Padre no sospechaba ni remotamente que pudiera su humilde persona ser elegida, contestó sin vacilar y con grande ahinco que él nombraría al arzobispo de Sevilla, D. Diego Hurtado de Mendoza, tanto por sus méritos personales, como porque á él hubiera nombrado el Gran Cardenal, su tío, cuyo voto debía tenerse en cuenta aun después de muerto, por ser de tan señalada persona.

Sonrióse involuntariamente la Reina, oyendo á Fray Francisco alegar los mismos

argumentos que ella pensaba hacerle para vencer la resistencia que esperaba por parte del franciscano cuando supiese que el elegido era él, y objetóle entonces contra el Arzobispo de Sevilla las mismas razones que encerraba en general el último consejo de Mendoza.

Pareciéronle de peso á Fray Francisco, aun sin conocer su procedencia, y propuso entonces otros dos candidatos que encajaban por completo en el molde trazado á la Reina por el mismo Cardenal: el venerable P. Fray Juan de la Puebla, religioso franciscano, y el viejo jurisconsulto Oropesa, que había sido del Consejo Supremo y vivía entonces en la más austera soledad.

Informóse detenidamente la Reina de las cualidades de ambos sujetos, y sin que al parecer se decidiese por ninguno, despidió al fin á Fray Francisco, hablándole antes de otros asuntos diversos.

Mas aquella misma noche despachó para Roma al licenciado Diego de Bonilla, con cartas muy apremiantes para el embajador Garcilaso de la Vega, encargándole que, con el mayor secreto y la premura posible, negociase con Su Santidad el Papa Alejandro VI las Bulas del Arzobispado de Tole-

do para su confesor Fray Francisco Ximénez de Cisneros.

Salió Bonilla para Roma á principios de la Cuaresma de 1495, y tal prisa se dieron el correo, el Embajador y el mismo Papa, que el Jueves Santo por la noche quedaron las Bulas en manos de la Reina.

Habíase confesado ésta el mismo día por la mañana, y despedídose de ella Fray Francisco para volverse el Viernes á primera hora á su convento de Ocaña; mandó, por lo tanto, Fray Francisco á su compañero el P. Ruiz, preparar unas hierbas cocidas para tomarlas antes de ponerse en camino, y en el momento de ir á comerlas, presentóse en el convento un mensajero de la Reina con orden de que Fray Francisco fuese sin demora á Palacio.

Creyó éste que sería para cosa breve y de poca monta, y sin detenerse á tomar su parca comida, siguió al punto al mensajero.

Encontró á la Reina vestida ya de gala, con negros terciopelos y joyas muy ricas, para asistir con toda su Corte á la ceremonia de la adoración de la Santa Cruz; estaba, sin embargo, descalza, porque en esta forma se acercaba á adorar el Santo Leño y

andaba todo aquel día, como en penitencia, de la misma manera.

Gustaba mucho la Reina de presentarse en estos actos rodeada de aparato y magnificencia, para humillar, según decía, su boato de Reina de la tierra en presencia del Rey del cielo, á la manera que su nieta, María Tudor, nunca se acercaba á comulgar sino revestida de toda la pompa y esplendor de Reina de Inglaterra.

Hizo D.ª Isabel sentar á Fray Francisco en aquella silla famosa del Gran Cardenal, y hablóle primero de asuntos indiferentes; mas tomando luego de sobre la mesa las Bulas del Papa, alargóselas, diciendo:

—Mirad ahora, padre mío, lo que el Papa os escribe.

Tomólas Fray Francisco sin sospechar nada todavía y besólas con gran respeto y púsolas sobre su cabeza, según costumbre de los moros, muy admitida entonces entre los cristianos, en señal de suprema reverencia.

Mas al fijarse en el encabezamiento de la Bula, *Alejandro, Obispo, siervo de los siervos de Dios, á nuestro venerable hermano Fray Francisco, electo Arzobispo de Toledo.* La cortina se descorrió de repente ante

sus ojos y vió claro el piadoso lazo en que había caído...

Con los labios blancos y trémulas las manos devolvió prontamente las Bulas á la Reina sin leer más, diciendo:

—Errasteis, señora... Estas letras no son para mí, sino para el Arzobispo de Toledo.

La Reina, al verle tan agitado, le replicó:

—Pues permitidme al menos, padre mío, que vea yo lo que le escribe el Santo Padre.

Mas Fray Francisco, saludando profundamente, salióse precipitadamente de la cámara, temeroso de no poder dominar las extrañas y encontradas emociones que invadieron de repente su ánimo.

Esperábase la Reina algo de esto, y complaciéndose en ello, dejóle ir libremente, no juzgando oportuno insistir entonces, sino esperar más bien, para hacerlo, á que se sosegase su espíritu. Fuése, pues, á la adoración de la Cruz con el Rey y toda la Corte, y concluída la ceremonia llamó al mayordomo mayor del Rey, D. Enrique Enríquez, y á D. Álvaro de Portugal, presidente de Castilla, y á Gutierre de Cárdenas, gran comendador de León, y mandóles ir al punto al convento de Fray Fran-

cisco y decir á éste de su parte que la perdonase el mal rato que le había dado por la mañana, pero que su nombramiento de Arzobispo de Toledo había sido el último consejo del cardenal Mendoza, y que recordase la frase que él mismo le había dicho días antes, hablando de este asunto: *Que el voto del Cardenal debía tenerse en cuenta aun después de muerto, por ser de tan señalada persona.*

Encargóles también que por su propia cuenta de ellos le ponderasen el disgusto con que ella quedaba y la satisfacción tan grande que le daría aceptando la Mitra de Toledo y obedeciendo así al último consejo del Gran Cardenal.

Dirigiéronse, pues, al convento los tres personajes, deseosos de servir á la Reina, pero dijéronles en la portería que Fray Francisco había salido para Ocaña con su compañero dos horas antes.

Propuso entonces Gutierre de Cárdenas tomar postas en un corral de ellas que tras del convento había y seguir por el camino de Ocaña, hasta darles alcance.

Había llegado, en efecto, Fray Francisco al convento con el rostro todavía inmutado, pero libre ya su ánimo de toda pertur-

bación y de la irracional é injusta cólera contra la Reina que en el primer momento le había invadido, y de la cual avergonzábase entonces y dolíase.

Esperábale en la portería su compañero Fray Ruiz, y teníale allí mismo preparadas en una escudilla de barro las yerbas cocidas que antes de salir le encargara. Mas Fray Francisco, sin detenerse á tomarlas, dijo apresuradamente á su compañero:

—Hermano, tomad vuestro báculo y salgamos de aquí cuanto antes...

Y sin más razones, púsose en camino, recitando en alta vez el *Itinerarium Clericorum,* conforme se rezaba entonces, mucho más complicado que ahora: *In viam pacis...*

Media legua más allá de Madrid topáronse con otro fraile franciscano, que se dirigía también á Ocaña. Hízole Fray Francisco incorporarse á ellos, bien fuese porque con su presencia evitaría preguntas importunas de su compañero, bien porque quisiera, como Provincial, imponer la regla de su Orden, que no permitía á ningún fraile caminar solo sino en caso de absoluta imposibilidad ó de extraordinaria urgencia.

Caminaban tan de prisa los tres religio-

sos, que no lograron alcanzarles los que les seguían hasta mucho más allá de Pinto, cuando comenzaban á bordear el espeso bosque de encinas que en lo antiguo allí había.

Oyó Fray Ruiz el primero los pasos de las caballerías, y como iba inquieto por aquella marcha precipitada y las muestras de turbación que en Fray Francisco observara, volvió al punto la cabeza. Vió entonces á los tres caballeros que, escoltados por otros tres mozos de espuela, llegábanles ya al alcance, y como conociese desde luego á Gutierre de Cárdenas, advirtiólo presuroso á Fray Francisco muy por lo bajo, creyendo causarle grande efecto.

Mas impávido éste, limitóse á arrimarse al borde del camino, para dejar franca á los jinetes la estrecha vereda.

Saludaron éstos respetuosamente á los frailes, y apeándose el primero el Mayordomo Mayor, dijo á Fray Francisco, á guisa de donaire, que en pos de él venían como tras ligera liebre galgo corredor.

Internóse entonces Fray Francisco con los tres caballeros en el bosque, como á un tiro de piedra del camino, y allí, bajo las copudas encinas y al abrigo de indiscretas

orejas, hablaron los tres magnates, cada cual según su carácter.

El Presidente de Castilla, grave, ampuloso y finchado, como su misma persona, y, verdaderamente elocuente, quiso convencerle, con hermosas parrafadas, de la obligación que tenía de obedecer á la Reina y deslumbrarle con la pintura del porvenir de riqueza y esplendor que le aguardaba en tan elevado puesto.

El Mayordomo Mayor, por su parte, hombre frío, malicioso é incapaz de comprender que se pudiese preferir un sayal burdo y remendado á los capisayos de seda del Arzobispo de Toledo, trataba de buscar una razón interesada y maliciosa que explicase lo que él juzgaba sospechosa resistencia del fraile, y no encontrándola, revolvíase contra él, intimándole con altanería, por todo argumento, la necesidad que tenía de obedecer á tan gran Reina, siendo él un mísero Fray Francisco.

Sólo Gutierre de Cárdenas basó su argumento en el voto del gran cardenal Mendoza, deduciendo de aquí el bien inmenso que podía reportar á todo el Reino, desde puesto tan alto, hombre de tan profundo saber y austera virtud como Fray Francisco.

Era Cárdenas hombre rudo y sin letras, pero leal y franco, buen caballero, de corazón grande y tierno y entusiasta admirador de las virtudes de Fray Francisco. Hablóle, por lo tanto, con reverencia y con cariño, y apartándose luego un trecho quedóse contemplando con lágrimas de enternecimiento en los ojos la seca y austera figura y los pies descalzos del fraile, que con tan heroica humildad hollaba la Mitra más poderosa del mundo.

Callaba, pues, y oía los elocuentes períodos del Presidente y las apremiantes razones del Mayordomo; mas cuando irritado éste por la inflexible resistencia de Fray Francisco llegó á amenazarle y á intentar volverle por fuerza á Madrid, llegóse á él, y apartándole bruscamente por un brazo, le dijo:

—Callad, don Enrique, y dejadle hacer, que los santos saben bien lo que se hacen...

Y arrojándose á los pies de Fray Francisco, por un espontáneo movimiento del corazón, asióle de las manos violentamente, y brusco y como de mal humor, le dijo:

—Besaros he las manos, aunque os pese, señor y padre mío... Si sois Arzobispo, por Arzobispo; y si no lo sois, por santo...

VIII

Jamás, dice un historiador, se vió llevado á más alto punto por parte de un sujeto el *nolo episcopare* (no quiero ser Obispo), y nunca por parte de un soberano y de un Pontífice se cumplió mejor y con más provecho de la Iglesia el *nolentibus detur* (dese á los que no lo quieren).

Seis meses duró la contienda entre la Reina y Fray Francisco; firme siempre éste en su negativa y firme aquélla también en su propósito y tocando todos los resortes que para lograrlo eran posibles. Hasta que desesperanzada ya de lograrlo por medios más suaves, decidióse al cabo á solicitar del Papa una nueva bula en que le ordenase á Fray Francisco, en virtud de santa obediencia y bajo pena de censuras, que aceptara sin excusas ni dilación la Mitra de Toledo.

Vino en ello el Papa muy gustoso y envió con presteza á la Reina una bula tal cual la deseaba; recibióla la Reina en Burgos, donde se hallaba con el Rey y toda la corte, y envióle al punto un mensaje á Fray Francisco mandándole venir allí con la mayor urgencia.

Era el mensaje seco y autoritario y como previniendo cualquiera excusa ó tardanza; obedeció Fray Francisco sin replicar, y á los tres días presentóse en Burgos, habiendo hecho el viaje desde Ocaña á pie, descalzo y pidiendo limosna, como tenía por costumbre.

Recibiéronle juntos el Rey y la Reina, sentados bajo dosel, como Reyes, dándole á entender con aquel aparato inusitado que estaban dispuestos á sostener con su autoridad real la bula del Papa.

Oyóla leer Fray Francisco con mucha modestia y compostura, y bajando humildemente la cabeza, oyósele murmurar:

—*¡Fiat! ¡Fiat!*

Y dirigiéndose luego á los Reyes, díjoles que presto estaba á obedecer lo que el Papa decía y ellos mandaban, porque irracional sería el hombre que no viese la voluntad divina en lo que así venía ordenado por

las dos más altas y legítimas potestades de la tierra.

Y nunca jamás salió de sus labios queja, ni lamento, ni protesta, ni censura contra la carga inmensa que tan en contra de su voluntad echaban sobre sus hombros.

Mentira pareció á la Reina haber logrado sus deseos, y para más afianzarlos quiso apresurar la consagración del nuevo Arzobispo. Pero como imposible le era permanecer más tiempo en Burgos, por ser necesaria su presencia en Tarazona, invitó á seguirla á Fray Francisco, para que en este lugar se verificase el acto.

Hízose allí, en efecto, con grande pompa y aparato, y el día 11 de Octubre de 1495 quedó consagrado, en el convento de San Francisco, de Tarazona, Arzobispo de Toledo y Primado de España, Fray Francisco Ximénez de Cisneros. Asistieron los Reyes á la ceremonia con todos los Grandes de la corte, y al terminar ésta acercóse Fray Francisco á los Reyes para besarles la mano, como era costumbre, y dióles también las gracias, según dijo, no por haberle elevado á la Silla de Toledo, sino por la protección que esperaba de ellos para des-

empeñar conforme á conciencia tan espinoso cargo.

En nada varió, sin embargo, con su nueva dignidad el aspecto exterior de Fray Francisco, y siguió vistiendo su hábito de paño burdo ceñido con una cuerda de cáñamo y calzando unas alpargatas de esparto cuando no llevaba los pies completamente desnudos; sólo denunciaba en su persona al Arzobispo Primado de España un sencillo pectoral de oro sin piedras ni labor alguna que le había regalado la Reina, y que, pendiente de un cordón negro, sobre el pecho llevaba.

Mas bajo aquel hábito pardo no dejó de manifestarse desde el primer momento, en toda su fortaleza, el caritativo pastor de sus ovejas, valiente defensor de los intereses del pobre y el inflexible Príncipe de la Iglesia, cuyos derechos sostenía con tal tesón y enérgica entereza, que los émulos y contrarios por sistema á todo lo que es noble y grande no dudaron en calificar de diabólica soberbia.

Había cundido, entre los cortesanos incapaces de admirar lo que no saben comprender y de interpretar bien lo que pueden interpretar mal, la voz de que el em-

peño decidido de los Reyes de elevar á la Silla de Toledo á un obscuro fraile y no á un gran señor, como era el cardenal Mendoza ó lo había sido D. Alonso Carrillo, era porque juzgando que un pobre fraile no necesitaría gastar tanto como un gran señor, esperaban ellos aprovecharse de las pingües rentas de la Mitra de Toledo para atender con desahogo á ciertos gastos del erario.

Llegaron estas voces á oídos de Fray Francisco, y aunque nunca creyó ni por un momento en la Reina tan bajo cálculo, quiso, sin embargo, como suele decirse, curarse en salud, y hacer constar desde luego cuáles habían de ser sus intenciones.

Fuése, pues, á ver á los Reyes, y descubrióles los rumores que corrían, manifestándoles al mismo tiempo con tranquila y sosegada entereza, que ni un solo maravedí se distraería con su consentimiento de las rentas de la Mitra de Toledo, pues que aquellas rentas eran de los pobres y de la Iglesia, y él, como mero administrador suyo, debía conservárselas y administrárselas fielmente.

Los Reyes, que realmente no habían pensado en semejante cosa, pues todos

aquellos rumores nacían de intrigas y chismes del mayordomo mayor, D. Enrique Enríquez, diéronle toda clase de seguridades, y retiróse Fray Francisco tranquilo y satisfecho.

Otro incidente ruidoso vino á revelar en aquellos primeros momentos á la Corte entera la absoluta y rígida independencia que había de desplegar el nuevo Arzobispo en su gobierno.

Era el Adelantamiento de Cazorla el cargo de más honra y utilidad que caía bajo la jurisdicción de los Arzobispos de Toledo, por comprender muchas ciudades y villas de gran importancia, ganadas á los moros por el arzobispo D. Rodrigo Ximénez de Rada, y cedidas por San Fernando á la Iglesia de Toledo en 1231.

Había nombrado el Cardenal Mendoza Adelantado de Cazorla á su hermano don Pedro, y enterado este buen caballero de que Fray Francisco andaba ya removiendo los Alcaides, Justicias y Gobernadores de sus fortalezas, villas y ciudades, suplicó á sus deudos que, validos de su privanza con la Reina, le alcanzasen de ésta una recomendación para que el nuevo Arzobispo le conservase en su alto puesto.

Hiciéronlo de muy buen grado los Mendoza, y como la Reina conocía la honradez de D. Pedro, que era ya el último de los hermanos del Cardenal, y sabía por otra parte lo mucho que consideraba Fray Francisco á toda esta ilustre familia, no vaciló un momento en autorizarles para que fuesen á ver al Arzobispo y le manifestasen de su parte el gusto con que vería conservado en el puesto de Adelantado de Cazorla á D. Pedro Hurtado de Mendoza.

Recibióles Fray Francisco con la más respetuosa benignidad; mas no bien le apuntaron la embajada de la Reina, trocáronse al punto su tono y sus maneras, y con severa gravedad atajóles la palabra, diciendo que inútil era hablarle de eso, porque ni la Reina ni nadie influiría nunca en cosa que sólo á él tocaba resolver, según dictamen de su conciencia.

Ofendiéronse los Mendozas con esta respuesta y corrieron alborotados á dar sus quejas á la Reina, pretendiendo irritarla también contra Fray Francisco.

Mas ésta, que conocía harto la integérrima severidad de su confesor, no se extrañó del caso ni se irritó tampoco; lo cual fué causa de que, despechados los Mendozas,

salieran publicando por todas partes lo que ellos llamaban soberbia é ingratitud del Arzobispo, que así menospreciaba la autoridad de la Reina y la memoria del cardenal Mendoza, á quien todo lo debía.

Mas de allí á poco encontróse por acaso Fray Francisco con D. Pedro de Mendoza en una sala de paso de Palacio, donde esperaban muchos cortesanos, y como viese que D. Pedro se escabullía entre ellos, por no hacerle el saludo, díjole en alta voz:

—Adelantado de Cazorla, llegaos acá, si os place.

Y tomándole un poco aparte, díjole de modo que todos le oyesen que jamás había pensado en removerle de su puesto, porque estaba harto satisfecho de su honradez y su prudencia; que si había desoído á sus parientes era porque no quiso que se atribuyese á favor de la Reina lo que debía hacerse por estricta justicia, y que esperaba que el Adelantado de Cazorla sería tan fiel y leal á su persona como lo había sido para la de su hermano el gran cardenal Mendoza.

Quedó D. Pedro y quedaron sus parientes muy satisfechos con esto, y todos á una voz proclamaron entonces la prudencia y

la firme lealtad del nuevo arzobispo Cisneros.

Quiso Fray Francisco, luego de consagrarse, marchar á Toledo á tomar posesión de su Iglesia; mas retúvole la Reina á su lado por prepararse graves sucesos en que debía él, como Arzobispo de Toledo, tomar parte.

Ansioso, sin embargo, de ganar tiempo para el desarrollo del plan de reforma que para el clero proyectaba, escribió á Toledo mandando construir en el claustro alto de la Catedral habitaciones cómodas, espaciosas y autorizadas, como para albergar á personas de gran distinción...

La noticia cayó como una bomba en el Cabildo, sembrando entre los Canónigos la alarma más profunda; sospecharon éstos al punto que el nuevo Arzobispo quería comenzar por ellos la reforma del clero secular, como había comenzado y llevaba ya casi vencida la del regular, por los franciscanos, que eran también los suyos, y que el primer paso de la reforma era reducirlos é imponerles la vida de comunidad en aquellas habitaciones mandadas construir en el claustro alto.

Alborotáronse todos y comenzaron las

cábalas, los conciliábulos y los chismes; porque aunque no había entonces entre ellos ninguno verdaderamente escandaloso, eran todos, aun los más doctos y virtuosos, hombres principales, muy pagados de su dignidad, que hacían vida independiente y regalona, capaces de toda obra buena, menos las de abnegación y sacrificio propio.

Levantó desde luego el estandarte de la rebelión el canónigo D. Alonso de Albornoz, hombre de gran linaje, intrigante y turbulento, y en una junta que tuvo el Cabildo, á petición suya, tomóse el acuerdo de enviar á Tarazona una comisión de Canónigos con el pretexto de felicitar al nuevo Arzobispo, y encargados al mismo tiempo de sondear hábilmente el ánimo de éste en todo lo relativo á la reforma.

Debía también aquella comisión llevar al Arzobispo, para mayor disimulo, la magnífica cruz pastoral del cardenal Mendoza, que al morir éste había legado en su testamento á los Arzobispos de Toledo, recomendándoles que la llevasen siempre ante sí por campos y ciudades, como recuerdo de la mayor victoria que habían alcanzado los Reyes Católicos.

La historia de esta famosa cruz es la siguiente:

Tenían costumbre los Reyes Católicos de izar en las murallas de toda ciudad ó fortaleza que conquistaban tres estandartes. Enarbolábase el primero, en la torre más alta, el de la Santa Cruz, y no bien aparecía tremolando en los aires, caía de rodillas todo el Ejército con los Reyes mismos, y los Grandes, Prelados y Capitanes, y todos á una voz entonaban los himnos y oraciones que tiene la Iglesia para estos casos: *Ave Crux!...*

Izábase después en otra torre más baja el pendón de Santiago, patrón de España, y á su vista formaban los soldados en batalla, y al son de trompetas, clarines y atabales repetían en acción de gracias aquel grito de guerra que tantas veces llevó á los españoles á la victoria: «¡Santiago!... ¡Santiago!... ¡Santiago!...»

Aparecía, por último, en otro lugar más bajo el pendón de Castilla con las armas reales bordadas, y entonces se rendía homenaje á los Reyes, gritando todos con igual entusiasmo: «¡Castilla!... ¡Castilla!... ¡Por el rey D. Fernando y la reina doña Isabel!...»

Pues sucedió que en la toma de Granada pidió á los Reyes el cardenal Mendoza que en vez del estandarte de la Cruz se izara en la torre más alta de la Alhambra su propia Cruz pastoral, que era de gran tamaño, de plata ricamente cincelada; hízose, en efecto, y esta Cruz fué la que recibió las adoraciones y las acciones de gracias de aquellos valientes que, tras ocho siglos de lucha, lograban al fin expulsar á los moros de España, en memoria de lo cual llevó siempre esta Cruz por delante el cardenal Mendoza y la legó con igual objeto á sus sucesores, siendo fielmente obedecido por Cisneros desde el momento en que la entregó en sus manos aquella comisión del Cabildo de Toledo que fué á visitarle á Tarazona.

Formaban esta comisión varios Canónigos, y entre ellos venía el intrigante y revoltoso D. Alonso de Albornoz: era éste un viejecito chico, regordete, muy locuaz, y con los bracitos tan cortos, que apenas le permitían cruzar las manos sobre el abdomen, lo cual hacía más visible su hábito inveterado de sobarse las manos una con otra mientras hablaba.

Recibió el Arzobispo á los comisionados

con la mayor benignidad posible; agasajóles cuanto pudo en los dos primeros días, y al tercero hízoles una amistosa plática en que, con muy santas y espirituales razones, les manifestó su pensamiento.

Díjoles que tenía el de reformar todas las iglesias de su diócesis, y que, como era natural y lógico, debía comenzar esta reforma, para dar ejemplo, por la primera y más principal de todas ellas, que era la de Toledo; que había pensado que una de las cosas que causarían mejor impresión y más gran efecto en el Clero parroquial sería que el ilustre y poderoso Cabildo de Toledo renunciase á su vida independiente y ostentosa, y se redujese á la de comunidad, bajo la regla de San Agustín, que había profesado en los antiguos tiempos, y que si esto les pareciese demasiado, lo hicieran, á lo menos por turno, aquellos Canónigos que estuvieran de semana en la Catedral, para poder así atender con más recogimiento, devoción y puntualidad al servicio del templo; pero que ni aun esto siquiera era su ánimo mandarlo ni imponerlo, sino solamente proponerlo, y que les suplicaba, por lo tanto, que ellos llevaran la propuesta al Cabildo de Toledo, y que

le enviasen á decir cuál fuese su espontánea respuesta...

Alargáronse las caras de los Canónigos al oir al Arzobispo; mas eran tan lógicas y santas sus razones y con tanta moderación, modestia y comedimiento las expuso, que algunos de ellos aceptáronlas interiormente.

Encargóse, sin embargo, de apartarles de su buen propósito el canónigo Albornoz; porque no bien salieron de la presencia del Arzobispo, comenzó á charlar y á gesticular y á sobarse las manos, diciendo que menguado sería el hombre que fiase en la moderación de aquel taimado fraile, cuya austeridad y dureza eran de todos conocidas, porque aquel comenzar con palabritas suaves había de rematar, seguramente, en convertir al ilustre y poderoso Cabildo de Toledo en un Capítulo de Franciscanos descalzos.

En este estado de ánimo, llegaron los comisionados á Toledo de vuelta de Tarazona, y como chispas de fuego en un cañaveral seco, propagaron al punto entre el resto del Cabildo la alarma y la desconfianza.

Bullía más que ningún otro el canónigo

Albornoz, yendo y viniendo de la casa del uno á la casa del otro, y como lanzadera que teje una tela de chismes, animaba á unos, enardecía á otros y exaltábalos á todos, hasta alcanzar al fin lo que él deseaba.

Por instigación suya reuniéronse la mayor parte de los Capitulares en verdadero conciliábulo secreto, y allí tomaron el acuerdo clandestino de enviar á Roma, con fingido pretexto, al canónigo Albornoz, para protestar ante el Papa de los *desafueros y atropellos del Arzobispo contra el ilustrísimo Cabildo de Toledo.*

¡Así acogían la sencilla y comedida súplica del Arzobispo, y de manera tan injusta y tan violenta pretendían ahogar antes de nacer su santo pensamiento!

Mas eran los bracitos del canónigo Albornoz harto cortos para detener la férrea mano de Cisneros, ni se intimidaba éste ante las previsoras iras de un Cabildo rebelde. Por otra parte, charlaba demasiado el canónigo Albornoz, para que pudiese quedar oculto el complot que maquinaban, y enteradas á tiempo varias personas sensatas y piadosas, apresuráronse á ponerlo en conocimiento del Arzobispo.

Vió éste al punto la necesidad absoluta en que estaba de salir al encuentro de aquella rebelión prematura y necia y ahogarla con mano fuerte antes de nacer, si no quería verla propagarse, robustecerse y dar frutos amargos y desastrosos.

Fuése, por lo tanto, á la Reina, enteróla de cuanto sucedía, y con la enérgica actividad característica de ambos, resolvieron el asunto.

Enviaron en el acto dos capitanes de toda confianza al punto en que debía embarcarse el canónigo Albornoz, con orden de prenderle y llevarle á la fortaleza de Alcalá de Henares, que era lugar de los Arzobispos de Toledo, y fué muy en breve el gran teatro de las glorias de Fray Francisco.

En el caso de que el Canónigo se hubiese ya dado á la vela, debían los capitanes armar al punto una galera y seguirle, y si posible fuera, adelantarle, á fin de llegar antes que él á Roma, y entregar al embajador allí, Garcilaso de la Vega, unos despachos urgentísimos de la Reina, en que iban sus instrucciones.

Así sucedió en efecto: diez y seis horas llevaba ya en el mar el canónigo Albornoz,

navegando hacia Ostia, cuando los dos capitanes llegaron á Valencia, donde se había embarcado. Siguiéronle éstos en una galera de la Reina, con tan buena fortuna de vientos y tanto esfuerzo de remos, que llegaron á Roma veinticuatro horas antes de que el Canónigo desembarcase en Ostia.

Acompañábanle un clérigo Capellán y dos criados, y su sorpresa fué inmensa al encontrarse al pie del desembarcadero al embajador de la Reina en persona, Garcilaso de la Vega, que le estaba aguardando con alguna gente de su casa.

Tranquilizóle éste con algunas de esas suaves mentiras que constituyen el gran arsenal de la diplomacia, y condújole á su posada por la margen izquierda del Tíber, recorriendo las tres leguas que separan á Ostia de Roma en cómodas caballerías que tenía preparadas al efecto.

Convidó á comer el Embajador al Canónigo, y no bien levantaron los manteles, intimóle la orden de la Reina contenida en los despachos traídos por los Capitanes.

Mandábase en éstos á Garcilaso de la Vega apoderarse de la persona del canó-

nigo Albornoz, en cuanto desembarcase en Ostia, y sin permitirle á él ni á ninguno de su séquito comunicar con nadie en Roma, volverle á embarcar inmediatamente para España, bien custodiado y atendido en la misma galera que había llevado á los dos Capitanes...

La sorpresa y el espanto del Canónigo, y lo corto de sus bracitos, no le permitieron llevarse las manos á la cabeza!...

Dos días los retuvo aún Garcilaso en la Embajada, para que descansasen de las fatigas del viaje, agasajándoles y divirtiéndoles mucho, pero sin permitirles salir á la calle, y teniéndoles siempre centinelas de vista.

Embarcóles, al fin, al tercer día, custodiados por los Capitanes, como reos de Estado, y al arribar á Valencia encerraron al Canónigo y á su Capellán en un castillo y pusieron en libertad á los dos criados.

Trasladáronles después á la fortaleza de Alcalá de Henares, y allí le formaron proceso al Canónigo, resultando probado su delito, así por confesión propia como por los papeles que se le ocuparon.

Condenáronle entonces á diez y ocho meses de prisión, más por escarmiento pú-

blico que por mortificarle á él mismo, y cumpliólos en la cárcel de Alcalá harto benignamente, pues aunque siempre tuvo centinelas de vista, nunca se le privó de pasear, charlar, gesticular ni sobarse las manos.

IX

Durante todo este tiempo habían ido los Reyes Católicos, con su amorosa solicitud de padres y su profundo cálculo de consumados políticos, escogiendo, preparando y allanando los matrimonios de sus hijos, y por Noviembre de 1495 estaban ya concertados el del príncipe don Juan con madama Margarita de Austria, y el de la infanta D.ª Juana con el archiduque D. Felipe, hijos ambos, Felipe y Margarita, de Maximiliano, rey de Romanos, electo Emperador de Alemania.

Estos eran los graves sucesos que hicieron á la Reina retener á su lado al arzobispo Cisneros, deseosa de que, como primera dignidad de la Iglesia de España, bendijese la unión del príncipe de Asturias D. Juan con madama Margarita, y deseosa también de tenerle á su lado para encon-

trar con sus consuelos el apoyo y la fortaleza que habría de menester su ternura de madre, al separarse para siempre—como creía ella entonces—de la infanta D.ª Juana, que sólo contaba diez y siete años: porque, bajo la corteza de austera rigidez de Fray Francisco, había ya descubierto la Reina un carácter tierno y compasivo, capaz de comprender y apreciar todos los matices y todas las delicadezas de la sensibilidad femenina, que la complacía en extremo y érale de gran consuelo.

Reunióse en Laredo, por orden de los Reyes, una flota de ciento veinte naves de distintos portes, al mando todas ellas del almirante D. Fadrique Enríquez, que era aquel mismo D. Fadrique, primo del Rey, que castigó la Reina por haber atropellado el seguro regio dando de palos al señor de Toral, Ramiro Núñez: los años y la severa lección dada por la Reina habían trocado al petulante mozo en un honrado y leal caballero.

Esta flota debía llevar á la infanta doña Juana á Flandes á reunirse con el Archiduque, su esposo, y traer luego á España á madama Margarita para desposarse en Castilla con el príncipe D. Juan. Iban á

bordo de la flota más de diez mil hombres de guerra, al mando de D. Sancho de Bazán, tanto para honrar á la infanta Doña Juana en el viaje de ida y á madama Margarita en el de vuelta, como para prevenir cualquier ataque ó sorpresa de los franceses, desavenidos ya y en vísperas de guerra con los españoles.

Desde principios de Agosto comenzó á llegar á Laredo, villa entonces de gran importancia, toda aquella gente de guerra, procedente en su mayor parte de las milicias de Castilla, Asturias y Vizcaya. Llegaron también con gran acompañamiento el Marqués de Astorga, los Condes de Melgar y de Luna, Gómez de Buytrón y otros nobles caballeros que iban como Capitanes de la gente de guerra.

El día 19 llegó asimismo D.ª María de Velasco, madre del Almirante, encargada de acompañar, como Dueña de honor, á la infanta D.ª Juana y volver con el mismo cargo con madama Margarita: venían con ella, como Dueñas de honor también, doña Ana de Beamonte, hermana del Condestable de Navarra, y D.ª María de Villegas, escoltadas y servidas las tres por muchos nobles caballeros, sus deudos y amigos,

porque la galantería de aquella época, que tan refinada llegó á ser en los siglos XVI y XVII, y que entonces comenzaba á clarear, no honraba tanto en la mujer á la juventud y la hermosura, como á la cualidad de dama, y por eso respetaba y servía con igual reverencia á la ancianidad y á la dignidad de madre.

Pocas horas después de llegar á Laredo las tres Dueñas de honor, hizo su entrada la infanta D.ª Juana, acompañada de su madre la Reina Católica, que no quiso separarse de ella hasta dejarla en el barco.

Memorable fué aquella despedida: venía la Infanta pálida y llorosa á la derecha de la Reina, y sobrecogida á la vista del mar, en que nunca había entrado, arrimó maquinalmente su acanea á la de su madre, como buscando en ella protección y amparo: dirigíale la Reina palabras cariñosas y reíase á veces para calmar su terror; pero hacíalo con una expresión tan desolada y triste que arrancaba lágrimas á cuantos alcanzaban á verla.

Á la izquierda de la Reina iba el arzobispo Cisneros, con su hábito franciscano, cabalgando en una mula de las Caballerizas Reales, por no tenerla él propia, y procu-

rando con sus discretas y oportunas razones fortalecer á la madre y sosegar á la hija. Seguíanles el obispo de Jaén, D. Luis Osorio, y la condesa de Camiña, D.ª Beatriz de Tavara, que debían embarcarse con la Infanta, el uno como Limosnero y como Camarera mayor la otra: la Marquesa de Moya, que lo era de la Reina, otras ocho señoras muy principales, que iban á Flandes como damas de la Infanta, y los nobles caballeros que habían de formar su Casa (1).

Oprimíanse en torno de la afligida cabal-

---

(1) La Casa de la Infanta, según se la formó su madre con solicitud amorosa, se componía de las personas siguientes: D. Luis Osorio, obispo de Jaén, limosnero mayor; D. Diego de Villaescusa, maestro en sagrada Teología, capellán mayor; D. Rodrigo Manrique, mayordomo mayor; Francisco de Luján, caballerizo mayor; D. Juan Vélez de Guevara, trinchante; Diego de Rivera, camarero; Martín de Moxica, tesorero; Francisco de Alcaraz, contador; Pedro de Godoy, veedor; maestresalas: Martín de Tavara y Hernando de Quesada; camarera mayor, D.ª Beatriz de Tavara, condesa de Camiña; dueñas de honor: D.ª María de Velasco, madre del Almirante; doña Ana de Beamonte, hermana del Condestable de Navarra, y D.ª María de Villegas; damas: D.ª María de Aragón, hija del Condestable de Navarra; D.ª Blanca Manrique, sobrina del Duque de Nájera; D.ª María Manuel, hija de don Juan Manuel; D.ª María Manrique, hija de D. Pedro Manrique; D.ª Francisca de Ayala, D.ª Aldara de Portugal, D.ª Beatriz de Bobadilla, sobrina de la Marquesa de Moya, y D.ª Ángela de Villanova.

gata el vecindario en masa de Laredo, y la mayor parte de los rústicos habitantes de aquellas montañas, apenados todos y conmovidos ante el dolor de aquella Real madre, que lloraba como cualquiera otra al separarse de su hija para no volverla á ver nunca.

No había, sin embargo, gritos alborotados, ni lloros ruidosos, ni ayes lastimeros: corrían silenciosas las lágrimas, murmurábanse frases de compasión y de cariño, y tendíanse las manos calladamente en señal de amorosa despedida; parecía aquello, en fin, una inmensa pena de familia, enfrenada y regida por el dolor profundo, pero sosegado y augusto, de la madre, que era la Reina.

Iban en la flota dos grandes carracas genovesas de más de mil toneladas cada una, *de muy gran porte e muy alterosas de castillos:* eran estas naves las más grandes de su época, de lento pero seguro navegar, y por eso había escogido la Reina una de ellas para conducir á Flandes á la infanta D.ª Juana, llevando consigo á bordo toda su servidumbre y quinientos hombres que pudieran defender el barco en caso de ataque.

Subió la Reina á bordo de la carraca, con ánimo de dejar en ella instalada á su hija y volverse á tierra al punto. Mas al verse D.ª Juana por primera vez en su vida sobre aquellas frágiles tablas, que bamboleaban sin cesar las furiosas olas del Cantábrico, abrazóse llorando á su madre, suplicándola aterrada que no la abandonase tan pronto.

Enterneciόse la buena madre y pasó toda aquella noche en el camarote de su hija, calmando su terror con mimos y halagos, cual si fuera una niña pequeña.

Al día siguiente, por la mañana, recorrió la Reina todo el buque con la Infanta, subió á los castillos y descendió á la cala, procurando siempre, con risas y cariñosas burlas, sosegar su ánimo y acostumbrarla y quitarla el miedo á los incómodos balanceos del barco.

No satisfecha con esto, durmió también aquella segunda noche á bordo de la carraca, en el camarote preparado para doña María de Velasco, separado sólo por delgadas tablas del que la Infanta ocupaba, y al amanecer del día siguiente, una hora antes de que la flota levara anclas y se diese á la vela, volvió á Laredo desolada y triste, pero no sola con su dolor: acompañábanla

las lágrimas y bendiciones de todo un pueblo, que, silencioso y conmovido, la aguardaba en la playa, y acompañábanla también sus cuatro grandes amigos: la Marquesa de Moya, el arzobispo Cisneros, Gutierre de Cárdenas y el gran capitán Gonzalo Fernández de Córdova.

X

El 8 de Marzo arribó á Santander, ya de vuelta, la flota que había conducido á Flandes á la infanta D.ª Juana, y traía entonces á bordo á madama Margarita de Austria, con grande acompañamiento de flamencos y castellanos.

Habíase desposado ésta pocos días antes en Amberes con el príncipe D. Juan, por poderes que dió éste á Francisco de Rojas, embajador de los Reyes Católicos, y acaeció en esta ceremonia un caso curioso, que extracta Rodríguez Villa de un Códice de la Academia de la Historia, y que sobre pintar muy al vivo las costumbres de la época, pone de manifiesto flaquezas muy recónditas de la diplomacia de entonces.

Era Francisco de Rojas hombre de agudo ingenio y de muy buenas prendas, pero distraído y sucio y descuidado en su persona.

Sabíalo Antonio del Valle, que á la sazón se hallaba también en Amberes, y procurando el mayor lustre del Embajador, dióle una ropa de brocado de tres altos, y el día en que había de hacer la ceremonia de acostarse en la cama de madama Margarita, ante toda la corte, prevínole que mirase si iba bien aderezado, porque habíase de desnudar en calzas y en jubón; dijo el distraído Rojas que sí lo iba, y al tiempo que se desnudó llevaba tales calzas, que se le salía por detrás la no muy limpia camisa, con lo cual quedó el Embajador muy corrido y avergonzados los castellanos presentes.

Embarcóse madama Margarita en Rotterdam, y como á la mitad de la navegación sorprendió á la flota una borrasca tan repentina y furiosa que dispersó todas las naves, hizo zozobrar dos vizcaínas y estuvo á punto de perecer la carraca en que venía Margarita.

Entonces se reveló por primera vez la grandeza de alma y heroica serenidad de aquella ilustre Princesa; vistióse sus mejores galas, para que, en caso de naufragio, reconociesen su cadáver por la magnificencia de sus vestidos, y así dispuesta recorrió

todo el barco, animando á unos y sosegando á otros, así hombres como mujeres, y entonces fué también cuando, según la tradición, compuso para sí misma el conocido epitafio:

Ci git Margot, la gente demoiselle,
Qu'eut deux maris et si morut pucelle (1).

Arribó, al cabo, la flota á Santander el 8 de Marzo, como ya dijimos, y desde el momento en que saltó á tierra madama Margarita, conquistóse las simpatías de todo el pueblo.

Venían ella y todas las damas y caballeros de su séquito, vestidos á la española, con gran sencillez y elegancia, delicada atención que supieron comprender y apreciar desde luego los castellanos, y que revelaba en la Princesa ese exquisito tacto, propio de los grandes políticos, que se valen de medios pequeños para alcanzar fines muy grandes. El que se proponía la Prin-

(1) Margarita de Austria estuvo anteriormente desposada con el delfín de Francia Carlos, hijo de Luis XI, el cual rompió la boda convenida para casarse con Ana de Bretaña, al heredar la corona, que llevó con el nombre de Carlos VIII.

cesa no podía ser más noble y más legítimo, pues reducíase á conquistarse el corazón de su esposo, de sus suegros y de sus futuros vasallos, y desde el primer momento comenzó á lograrlo.

No bien tuvieron noticia del arribo de la flota á Santander, acudieron allí presurosos el rey D. Fernando y su hijo el príncipe D. Juan, con gran acompañamiento, para recibir á madama Margarita.

Encontráronla en el Valle de Toranzo, cerca de Reinosa, y desde allí marcharon todos juntos á Burgos, donde les aguardaba la Reina.

El rey D. Fernando, gran conocedor y apreciador de mujeres, quedó desde luego encantado de su nuera. En cuanto al príncipe D. Juan, virgen de cuerpo y también de alma y educado por la Reina en la pura y serena atmósfera de la castidad y la realeza, sin trato íntimo con otras mujeres que no fueran su madre y sus hermanas, hubiera podido decir con el mismo puro asombro que dos siglos después respondió María Teresa al confesor, que le preguntaba si había amado antes de su matrimonio á algún otro hombre que á su marido, Luis XIV:

—¡Pero si no había en España otro Rey que mi padre!...

Así fué que al fijarse por primera vez en la mujer que le destinaban, Princesa como él y como él joven y amable, miróla embelesado, como Adán á Eva al despertar de su sueño, y apasionóse de ella con tanto más ardor y vehemencia cuanto era su pasión más honesta y legítima.

Y era, en efecto, digna de aquella pasión virginal la princesa Margarita.

La Historia consigna su gran tacto político en las *Conferencias de Cambray* y en la *Paz de las Damas*, llamada así porque entre ella y Luisa de Saboya la ajustaron; elogia la bondad y la inteligencia con que se hizo cargo de la educación de su sobrino el gran Carlos V, y menciona su alma de poeta, lamentando que sus bellas composiciones se hayan perdido.

Su presencia era elegante y esbelta, y su fisonomía, aunque no de una belleza correcta, tenía la frescura de la juventud, el blanco nacarado de las mujeres del Norte y el encanto de la expresión, que es en el rostro humano lo que el colorido es al dibujo.

La Reina, por su parte, recibió á su nue-

ra con los brazos y el corazón abiertos, y desde el primer momento vió en ella, no á una nuera, parentesco por lo general antipático á las mujeres, sino á una verdadera hija; porque en aquel gran corazón había cabida, había savia para albergar y robustecer y mantener vivos y pujantes todos los amores; sabía amar, y de aquí que fuese ella tan amada.

El regalo de boda que tenía preparado la Reina para su nuera era de tal magnificencia, que lo consignan los cronistas diciendo que *las joyas eran tales y en tanta perfección y de tanto valor, que los que las han visto no vieron otras mejores.*

Eran aquellas alhajas las del uso propio de la Reina, que al cederlas á su nuera no vaciló en sacrificar hasta sus más caros recuerdos, pues entre ellas iba el famoso collar de perlas, diamantes y esmeraldas y rubíes, tasado en 40.000 florines, que le había regalado el rey D. Fernando cuando su matrimonio.

Usaba la Reina estas alhajas para realzar en su persona la dignidad real, pero teníalas como en depósito de reserva, pronta siempre á empeñarlas ó venderlas en cuanto el bien público ó las necesidades

del Reino lo aconsejasen á su heroica generosidad.

Con el importe de estas joyas se mantuvo el largo y costoso cerco de Baza; con ellas se ganó á Granada, y con ellas también se descubrió el Nuevo Mundo, costeando las carabelas que llevaron á Colón al descubrimiento. *La Reina*, dice Pulgar, *envió sus joyas de oro é de plata, é joyeles é perlas é piedras á las cibdades de Valencia é Barcelona á las empeñar, é se empeñaron por grande suma de maravedises;* y en el Archivo de Simancas se conservan las cuentas relativas al desempeño de las alhajas que se llevaron á Valencia.

Vese allí que esta ciudad prestó 60.000 florines, de ellos los 35.000 sobre la corona real de D.ª Isabel, y los 25.000 sobre el collar rico de balajes (1).

Este collar y el de perlas y diamantes, regalo de D. Fernando, se hallan incluídos entre los presentes hechos por la Reina á la princesa Margarita.

Rebosaba el júbilo al par que la gente en

---

(1) El florín de Aragón valía poco más de 33 reales de vellón, según lo cual los 60.000 florines prestados en Valencia eran unos dos millones de la misma moneda.

las calles de Burgos aquel 3 de Abril, en que había de desposarse el príncipe don Juan con la princesa Margarita, y era tal el alborozo y tan espontánea y comunicativa la alegría, que los transeuntes sonreíanse entre sí sin conocerse, felicitábanse y pedíanse albricias sin haberse visto nunca en la vida, como si el regocijo general fuese lazo que les uniese y amistase á todos, por tener el mismo elevado origen.

Y así como la triste despedida de la infanta D.ª Juana en Laredo pareció una inmensa pena de familia, así también el casamiento del príncipe D. Juan revistió el carácter de esas solemnidades familiares en que brota y se derrama la alegría del corazón de deudos y parientes.

¡Santa y estrecha comunicación de corazones que hace comunes las penas y alegrías entre los Reyes que aman á sus pueblos y son, á su vez, amados de ellos!

Desde el amanecer recorría las calles muchedumbre de gentes venidas del campo y de los lugares vecinos con músicas de chirimías, sacabuches, dulzainas y trompetas, extasiados unos ante los tabladillos levantados en las plazas para las pantomimas de los juglares y absortos otros en la

contemplación de las colgaduras, tapices, arcos de triunfo y toda clase de pintorescas invenciones que adornaban la carrera desde la Catedral, donde había de celebrarse el matrimonio, hasta el palacio del Condestable, que era donde se hospedaba la Real familia.

Este palacio, conocido con el nombre de la *Casa del Cordón*, de que nos ocuparemos más adelante, por haber sido teatro de un doloroso drama que nos será forzoso relatar, había sido construído recientemente, al mismo tiempo que esa joya de la Catedral que llaman la *Capilla del Condestable*, y que la *Casa de la Vega*, deliciosa finca de recreo del lado de allá del Arlanzón, por el difunto conde de Haro y condestable de Castilla, D. Pedro de Velasco. Su mujer, D.ª Mencía de Mendoza, dirigió estas tres soberbias obras durante la larga ausencia de su marido en la guerra de Granada, y es fama que al recibir á éste, ya de vuelta, díjole la noble dama ufana y gozosa:

—Ya tienes palacio en que morar, quinta en que cazar y capilla en que te enterrar.

Aun vivía en el tiempo á que nos referimos, ya muy anciana, aquella ilustre Con-

desa de Haro, y ella misma fué la que puso á disposición de la Reina su propio palacio, alegando que la casa de los Condestables era más de los Reyes de Castilla que de ellos mismos, como lo acreditaba el hecho de estar esculpidas en la puerta las armas Reales sobre el blasón de los Velascos y Mendozas, como aun hoy día subsisten.

Contaba entonces esta señora setenta y cinco años, y era hija del célebre Marqués de Santillana y hermana, por lo tanto, del Gran Cardenal Mendoza; profesaba ella á la Reina el más respetuoso afecto, y pagábale ésta con cuantas atenciones y honores puede dispensar á un súbdito leal un monarca agradecido.

Á las siete de la mañana no había en toda la carrera hueco vacío, ni ventana que no rebosase gente, ni tejado que no sustuviese una corona de temerarios curiosos; muchos árboles se desgajaron bajo el peso de los imprudentes que cargaron tanto sobre sus ramas.

Un momento después distrajo la atención general una severa comitiva que, saliendo del convento de los franciscanos, dirigíase derecha á la Catedral.

Abría la marcha la Cruz pastoral del Ar-

zobispo de Toledo, que, como Primado de España, podía llevarla ante sí por todas las diócesis; conocía todo el pueblo la historia de aquella famosa Cruz, que se izó la primera en las torres de la Alhambra, y saludábanla á su paso con gran entusiasmo y veneración profunda, como emblema y recuerdo de tan gloriosa jornada.

Seguían en pos de la Cruz, en ordenada procesión, la mitad de los canónigos del Cabildo de Burgos, muchos religiosos de todas las Órdenes, varios caballeros principales de la ciudad y algunos Regidores de la misma, y detrás de todos, presidiendo aquel grave cortejo, más devoto que magnífico, más solemne que brillante, venía el arzobispo de Toledo, Fray Francisco Ximénez de Cisneros, con su humilde hábito franciscano y sus alpargatas de esparto, sin otro distintivo que denunciase su alta dignidad que un sencillo pectoral de oro que le colgaba sobre el pecho.

Doblábanse todas las rodillas ante la austera figura del Arzobispo para recibir su bendición, y con serena majestad dábala él, como dice el poeta,

A diestra y siniestra lanzando
Benignas miradas de amor.

Recibióle el Obispo de Burgos en la puerta mayor de la Catedral, con el resto de los canónigos capitulares, y acto continuo pasó el Arzobispo á revestirse magníficos ornamentos pontificales para recibir á su vez á los Reyes y á los Príncipes en la misma puerta de la Catedral.

Á las siete y media salieron del palacio del Condestable los guardias *continos* de los Reyes, para abrir calle al cortejo Real entre la apiñada muchedumbre, mas no se quedaron en la calle tomando posiciones, porque jamás permitió la Reina que se interpusiese gente de armas entre ella y su pueblo; una vez marcado su sitio á la multitud, bastaba para enfrenarla el respeto profundísimo que profesaba á los Reyes.

Á las ocho aparecieron en la puerta de la *Casa del Cordón* los clarines y maceros reales, arrancando á la muchedumbre un alarido de gozo, que se prolongó y halló eco por todas las calles del pueblo.

Por razones que ignoramos, había mandado la Reina que todos los del cortejo, inclusos las Infantas y Embajadores, fueran á pie á la catedral; sólo habían de ir á caballo los Reyes, los novios y sus padrinos, que lo eran el almirante D. Fadrique En-

ríquez y su madre D.ª María de Velasco.

Una excepción hubo sin embargo: dispuso también la Reina que la anciana Condesa de Haro, viuda del Condestable, fuese á ancas del Almirante.

Honra que parecerá extraña en los tiempos presentes, pero que era en aquella época preciada y honrosa galantería digna de príncipes y reyes; á ancas de la mula del rey D. Enrique hizo la reina D.ª Juana su entrada en Madrid poco antes de nacer *la Beltraneja;* de la misma manera llevó el Conde de Benavente en el bautismo de aquel mismo príncipe D. Juan á la Duquesa de Medinasidonia, que era la madrina, y á ancas llevó también el rey de Francia Luis XII á la reina D.ª Germana, segunda mujer de D. Fernando *el Católico*, cuando su famosa entrevista en Saone; los demás caballeros franceses hicieron otro tanto con las damas de la Reina, y así llegaron todas al alojamiento Real.

Marchaban, pues, los Reyes y los Príncipes en hilera; á la derecha de la Reina, la princesa Margarita, y á la izquierda del Rey, el príncipe D. Juan. Seguíanles la madrina, D.ª María de Velasco, y el padrino, D. Fadrique Enríquez, llevando á ancas á

la anciana Condesa de Haro; lloraba ésta de gozo, enternecida ante el amoroso entusiasmo del pueblo, y comparándolo con el desdén, el desvío hacia los Reyes y hacia los nobles de los calamitosos tiempos de Enrique IV, frescos aún en su memoria.

Iban al frente del cortejo las tres infantas: D.ª Isabel, princesa viuda de Portugal, y D.ª María y D.ª Catalina, todas con sus correspondientes damas, pajes y gentileshombres, con tal orden y buena disposición, que no se confundían ni atropellaban los diversos grupos.

Seguía la comitiva flamenca de la princesa Margarita, que nunca quiso la Reina despedir de su Corte para hacer á su nuera más fácil y suave el tránsito de la libre familiaridad de las Cortes de Borgoña y de Francia, donde Margarita se había educado, á la rígida y austera etiqueta castellana.

Venían luego los Embajadores extranjeros, los Grandes y Prelados del Reino convocados al efecto, todos con sus brillantes séquitos de ricas y vistosas libreas, y los representantes de Aragón, Valencia y Cataluña, vistiendo sus trajes regionales, entre los que llamaban la atención ge-

neral las rozagantes ropas de escarlata del vicecanciller de Aragón, Alonso de la Cavallería, y de los dos representantes de Zaragoza, Domingo de la Naja y Martín Torrellas.

El oro, la plata, las pedrerías y el brillo de los vivos colores de sedas y terciopelos prestaban á la larga comitiva un esplendor verdaderamente regio que enorgullecía y entusiasmaba al pueblo al ver á sus Reyes tan realzados, y era muy de notar que en ninguna parte del cortejo aparecían escoltas de hombres de armas, ni guardias, ni picas, ni partesanas, ni nada que evocase los sangrientos fantasmas de la guerra y la discordia, como si se quisiese hacer ver que aquella fiesta se celebraba en medio de la paz y del mutuo amor de los Reyes y del pueblo y de la más absoluta y mutua confianza.

El Arzobispo de Toledo y el Obispo de Burgos, revestidos con magníficos ornamentos pontificales, recibieron bajo palio á los Reyes á la puerta del templo, y acto seguido desposó aquél á los Príncipes, los veló y dijo la Misa solemnemente, como había sido el ferviente deseo de la Reina católica.

Concluída la ceremonia, vinieron los Príncipes á arrodillarse ante los Reyes para hacerles ante toda la Corte acatamiento de vasallos y de hijos; mas ellos no permitieron que la Princesa les besase la mano, sino que la abrazaron y besaron en la frente, como á hija. Margarita, á su vez, no permitió que las Infantas le besaran la mano, sino que las abrazó y besó, como á hermanas.

Acercóse luego D.ª Juana de Aragón, que era bastarda muy querida del rey D. Fernando, y fué después primera Duquesa de Frías, y aquí titubeó un momento la Princesa; mas á una seña imperceptible de la Reina dióle á besar la mano primero y abrazóla y besóla después, como á las Infantas.

Por disposición también de la misma Reina, volvieron á palacio todos los del cortejo á caballo, recorriendo antes el brillante escuadrón las principales calles del lugar con la sola idea de que ningún vecino quedase sin contemplar y disfrutar de la dicha de sus Reyes y Príncipes.

Una hora antes de amanecer el día siguiente salían por un oculto postigo del convento de San Francisco y tomaban si-

gilosamente por el camino de herradura que de Burgos llevaba entonces á Madrid, cinco frailes mendicantes; iban á pie y descalzos y llevaban por delante un ruin asnillo cargado con varios paquetes.

El fraile más anciano, que parecía superior de todos ellos, era el arzobispo Fray Francisco Ximénez de Cisneros, que, cumplido el honroso encargo que le había hecho la Reina de casar á los Príncipes de Asturias, se dirigía ya á Toledo á tomar posesión de la Silla primada de España.

XI

En lo alto de una suave colina que, como á una legua de Toledo, se alzaba en el camino antiguo de Madrid, esperaban los comisionados que habían salido á recibir al Arzobispo; la Ciudad, en primer término, con el Justicia mayor y los Regidores al frente; el Cabildo catedral con sus Canónigos y dignidades; el clero todo con sus cruces parroquiales al frente; las Comunidades religiosas, muchos nobles y caballeros principales y muchedumbre inmensa de pueblo.

No existían entonces los rápidos y exactos avisos del telégrafo, y como se sospechase que el Arzobispo intentaba entrar en Toledo de noche y á escondidas para evitar las algazaras y triunfos del recibimiento, apostáronse á lo largo del camino cuadrilleros de la Santa Hermandad que vigi-

lasen todos los pasos de Fray Francisco y avisasen con frecuentes y prontos correos la altura á que se hallaba en su viaje.

Súpose, al cabo, que el Arzobispo emprendía su última jornada á las dos de la madrugada, debiendo llegar de seis á siete de la mañana al paraje en que le aguardaban.

Adelantaba el día; el sol comenzaba ya á picar, y, cansados los toledanos de tan larga espera, apeábanse de mulas y caballos y guarecíanse á la sombra de los árboles, haciendo comentarios, no siempre benignos, sobre la tardanza del Arzobispo.

Interrumpió, al fin, aquellas murmuraciones, propias siempre del que incómodamente espera, el galope de un caballo que entre nubes de polvo se acercaba. Era el último de los cuadrilleros apostados, Ximén Soda, que venía á dar aviso de que el Arzobispo estaría allí antes de un cuarto de hora.

Apresuráronse todos á montar á caballo y á dividirse ordenadamente: el Justicia mayor, los nobles y las dignidades de la catedral al frente; los Regidores, con sus ropas talares de terciopelo negro y sus varas en las manos, á la izquierda, y á la de-

recha los Canónigos, montados en soberbias mulas, teniendo cada uno detrás dos criados vestidos de escarlata; el clero secular iba en medio con sus cruces parroquiales en hilera; detrás, las Comunidades religiosas, y, últimamente, el pueblo dividido en dos alas á uno y otro lado del camino.

Traspuso, al fin, una loma frontera que cerraba el horizonte una procesión de doce religiosos, seguida de un tropel de gente miserable; venía delante un franciscano, llevando la Cruz pastoral, y detrás de todos, otro más anciano montado humildemente en un pollino.

Al divisarle los toledanos adelantáronse ordenadamente cantando todos el *Benedictus qui venit in nomine Domini...*

La esquila de una ermita que había en un montecillo, á la izquierda, comenzó á repicar alegremente; el día era espléndido, y el cielo, diáfano y sin una nube, parecía una inmensa turquesa.

Acercábanse mutuamente las dos comitivas, y cuando estuvieron á la mitad de la distancia que las separaba, detúvose la del Arzobispo, apeóse éste del pollino y aguardó á pie quieto á que los toledanos se acercasen.

Rodeáronle los pobres que había recogido á lo largo del camino y que le cercaban agitando ramas verdes, como si quisieran imitar la entrada triunfal del Salvador en Jerusalén el Domingo de Ramos.

Al detenerse los toledanos ante el Arzobispo hízoles éste una profunda reverencia; apeáronse ellos y doblaron las rodillas para recibir la bendición; entonces, irguiendo Fray Francisco su alta estatura, con sobrehumana majestad diósela por tres veces: una al frente, otra á la derecha y la tercera á la izquierda.

Abrazóles luego uno á uno, y para todos tuvo palabras de cordialidad y de afecto. «Venía el Arzobispo, dice el Licenciado Vallejo, testigo ocular de este recibimiento, en su jumentillo de siempre; su vestido era su hábito y manto con muceta y sombrero del mismo color. Venía descalzo, sólo con unas sandalias de la Orden, descubierto todo el pie, imitando siempre su profesión y regla.»

Traían los del Cabildo preparada para el Arzobispo una mula parda con modestos jaeces, y á ella subió el Prelado para hacer su entrada en Toledo entre el repique atronador de todas las campanas y las

aclamaciones del pueblo, que á una voz le proclamaban santo...

En el atrio de la catedral diéronle á adorar el *lignum Crucis*, que en magnífico relicario allí se conserva; trajéronle después el libro de los *Estatutos y privilegios* de aquella santa iglesia primada, y él juró observarlos, antes de traspasar el umbral, según era costumbre. Hizo luego una breve oración, ya dentro del templo, al pie del altar mayor, y desde el mismo sitio bendijo solemnemente al pueblo.

Retiróse entonces á su palacio seguido de la muchedumbre, entre la cual repartió gran cantidad de maravedises de plata y de exquisitos panes amasados aquel día al efecto.

No bien estuvo el Arzobispo en posesión de su diócesis, comenzó á poner en práctica con su incansable y ordenada actividad los planes y proyectos que tenía ya imaginados y decididos, y lo primero que hizo fué el cálculo exacto y escrupulosa división de sus rentas.

Pasaban éstas por aquel entonces de doscientos mil ducados, y esta suma, enorme para aquel tiempo, dividióla en cuatro partes iguales: dos de ellas, es decir, la mitad

de sus rentas, dedicólas indefectiblemente, durante todos los días de su vida, á limosnas á pobres de todas clases, hospitales, casas de misericordia y de niños expósitos, por los que siempre mostró Cisneros grande compasión y ternura.

De las otras dos cuartas partes dedicó, la una para obras pías del culto de Dios y del bien público, y reservó la restante para sostener los gastos de su casa; mas como éstos eran mezquinos, y, por otra parte, tenía prohibido severamente el Arzobispo distraer un solo maravedí de los fines á que destinaba las otras tres cuartas partes, sucedía con frecuencia que cualquiera obra impensada de caridad ó de piedad que no estaba en el presupuesto, se sufragaba con la parte reservada á los gastos de su casa, resultando de aquí casi siempre empeñado ó alcanzado en lo que á su parte tocaba el caritativo Arzobispo.

Fué singular el orden que el Arzobispo estableció en su palacio, y desde luego mereció los elogios entusiastas de unos, las sátiras y críticas acerbas de otros y el asombro y admiración de todos.

Despidió de su servidumbre á todos los pajes, mayordomos, maestresalas y demás

criados de honor que, á imitación de la Casa Real, existían entonces en todos los palacios de los Grandes, y trajo en su vez diez frailes escogidos de su Orden que le servían en estos cargos y le ayudaban además á rezar en coro el oficio divino, con tanta puntualidad y fervor como pudiera hacerse en el coro del más observante de los conventos.

Desterró de sus habitaciones todos los tapices, alhajas y ricos muebles, y sólo dejó en su alcoba una tarima con ruedas, en la cual dormía sin desnudarse el hábito, teniendo por cabecera un gran leño envuelto en una manta.

En la cocina guisaban una comida modesta, pero abundante, sana y nutritiva é igual en todo á la del Arzobispo, para treinta pobres que comían diariamente en el palacio, sirviéndoles muchas veces el mismo Cisneros.

Su método personal de vida durante todo su pontificado fué siempre el mismo, sin vacilaciones ni desfallecimientos hasta los ochenta y dos años de su edad, que se le acabó la vida.

Levantábase en todo tiempo á las dos de la madrugada, y acto seguido hacía tres

horas de meditación, lo cual llamaba él su *consulta* con Dios; porque á solas con su conciencia y á los pies del Crucifijo, repasaba entonces todos los puntos que debía resolver aquel día, así en el gobierno de su diócesis como en el del Reino, cuando lo tuvo, meditando las soluciones y pidiendo á Dios humildemente le inspirase las más acertadas y acordes con la justicia y el bien público.

Confesábase después diariamente para prepararse al Santo Sacrificio de la Misa, que celebraba con grande pausa y devoción.

Á las siete salía á su despacho para recibir las visitas y tratar los negocios de particulares, lo cual hacía de esta manera:

Había en medio de la estancia una gran mesa cuadrada y abierta encima una Biblia, en la que encontraba leyendo al Arzobispo todo el que iba á visitarle.

Si era persona cuya jerarquía le daba derecho á silla, dábasela cortésmente; si no lo era, dejábale en pie y escuchábale paseando, mas en todo caso despedía al visitante no bien despachaba la petición ó consulta y volvía al punto á la lectura de su Biblia, evitando así la pérdida de tiempo

en comedimientos vacíos ó comentarios inútiles.

Duraba la Audiencia hasta las once, y á esta hora, y por vía de distracción y recreo, tomaba la lección á los pajes nobles que, por orden del Papa, más adelante tuvo, y á los cuales hacíales dar tan sólida y brillante educación, que muchos de ellos salieron hombres eminentes.

Á las doce en punto era la comida, y durante ella tenían lugar aquellas famosas disputas que sobre puntos teológicos ó místicos, filosóficos ó canónicos, sostenían los teólogos de cámara del Arzobispo, las cuales adquirieron universal renombre entre el mundo científico de entonces, y solicitaban presenciarlas los más renombrados sabios de la época.

He aquí lo que dice sobre estas famosas disputas el renombrado doctor Balboa, uno de los teólogos de cámara que tomaban parte en ellas, en tiempos más posteriores, cuando ya el Arzobispo era Cardenal:

«Diré también lo que pasó después que fuimos llamados para casa del Cardenal, mi señor, el doctor Vergara y yo; el doctor Vergara para secretario, y yo para aquel exercicio de letras y disputas que tenía

siempre en su mesa. El qual exercicio y disputa daba tanta autoridad á su persona y casa, que sonaba en toda la Christiandad; y concurrían á la dicha disputa tantos varones del Reyno, que no se tenía por letrado en Teología quien no fuera á la dicha disputa, porque había un banco grande así para los que defendían las conclusiones como para los que argüían. Y á mí me aconteció en doce meses continuos defender en cada día tres ó cuatro conclusiones de Teología y Filosofía. Y por ser espectáculo tan admirable, muchos otros, sin los letrados, concurrían á la dicha disputa, sin Condes, Duques y Marqueses que comían con el Cardenal, mi señor. Y era este exercicio tan continuo, que no solamente estando de asiento, mas también caminando, abierta de ambas partes la litera, iban siempre los Doctores teólogos, de una parte y de otra, proponiendo questiones y averiguando la verdad de ellas, y esto era la plática y comunicación de todo el camino, como si estuviéramos de asiento. Y esto nunca cesaba, sino es quando las Compañías de hombres de armas, que estaban aposentadas en los lugares, salían con sus capitanes á presentarse delante del Carde-

nal, mi señor, arremetiéndose en esquadrones por darle contento (porque era tan aficionado á las armas como á las letras y virtud) y después que habían hecho su salva, el Capitán llegaba á la litera á besar las manos al Cardenal mi señor, y despachábale graciosamente, y luego los Teólogos tornábamos á nuestro exercicio de letras.

»Y los Doctores Teólogos de su casa éramos tratados muy honradamente y nos mandaba siempre dar sillas de respaldo en su cámara, tratando con nosotros familiarmente, como compañero y no como señor. El exercicio de letras no sólo se tenía á la mesa en la comida, lo qual era tan público como está dicho, mas también era mucho mayor el exercicio de letras á la noche en secreto en su estudio, concurriendo á él los Doctores que éramos sus criados. Porque tuvo este orden de vida en todo el tiempo de su Gobernanión (de la Monarquía) que luego que se levantaba de comer, se sentaba por espacio de cuatro horas á oir y comunicar con los Consejeros del Reyno sobre la provisión y gobernación de lo que era menester para el mismo Reyno, y después de haber acabado se entraba á su re-

tiramiento y para recreación y alivio de su trabajo se ponía á estudiar, las más veces en las partes de Santo Tomás, y en otros libros sagrados. Al punto de las seis éramos llamados los Doctores criados suyos para que entrásemos donde él estaba, que era en su estudio, adonde por espacio de dos horas, y otras veces hasta que era hora de cenar, estábamos en el exercicio de las letras, proponiendo questiones gravísimas, y diciendo cada uno su parecer sobre ellas, y él resolviendo y dando su parecer el postrero de todos. El qual parecer, en lo que tocaba á la Sagrada Escritura, era muy acertado, porque era en ésta muy sabio y exercitado.»

Aquel aspecto de sencillez y pobreza monástica que el arzobispo Cisneros conservó en su casa y persona, chocó desde luego con las ideas de la época, y puso de relieve el lujo vanidoso de los Canónigos, que procuraban realzar su dignidad más con su ostentación y aparato, que con la práctica de las virtudes cristianas.

Acusaron, pues, á Cisneros de menospreciar la dignidad episcopal y de dar más importancia á su cogulla de fraile que á su Mitra de Arzobispo, y tales cosas hicieron

y dijeron, que lograron al fin que el papa Alejandro VI dirigiese á Cisneros el siguiente Breve:

«AL AMADO HIJO FRANCISCO, ARZOBISPO DE TOLEDO, ALEJANDRO PAPA VI

»Amado hijo: salud y Apostólica bendición. La Santa Militante Iglesia, imitando á la Jerusalén celestial, tiene para sus diferentes jerarquías diferentes ornatos ó señales exteriores de su autoridad, en los quales ornatos, así como se puede prevaricar por exceso, también puede delinquirse por defecto, según entendemos que no lo ignoráis. Agradable es á Dios y laudable la observancia conducente á cualquier estado ó jerarquía: Por cuya razón toda suerte de personas (y principalmente los Prelados de la Iglesia) deben con la mayor exacción, procurar, así en la vida, costumbres, y procedimientos de lo interior, como en lo exterior del porte, que no sean notados ni censurados, ni de soberbios por el fausto pomposo, ni de supersticiosos por el abatimiento nimio, como sea fuera de duda que uno y otro extremo envilece y desacredita no poco la autoridad de la Eclesiástica disci-

plina. En esta consideración, habiéndoos elevado la Silla Apostólica de estado inferior á la dignidad y jerarquía de Arzobispo, os exhortamos que cuidéis de arreglaros exteriormente al porte conducente á vuestro estado en vestido y familia y en todas aquellas exterioridades que adornan para el respeto de los inferiores, la Dignidad de vuestro Oficio, así como vivís para con Dios (según le tenemos entendido) en el ornato interior de vuestra conciencia.—Dado en Roma, en San Pedro, al anillo del pescador en 25 días de Diciembre de mil quatrocientos noventa y cinco, en el año quarto de nuestro Pontificado.»

El autor de la *Crónica Franciscana*, de donde copiamos este curioso documento, añade como único comentario: *Creo que de estos Brebes se hallarán pocos en los Protocolos Pontificios.*

FIN DEL LIBRO PRIMERO

BIBLIOTECA DE "RAZÓN Y FE"

EL REINADO DEL CORAZÓN DE JESÚS

Ó LA DOCTRINA COMPLETA DE LA

B. MARGARITA MARÍA

SOBRE LA DEVOCIÓN AL SAGRADO CORAZÓN

POR UN

P. OBLATO DE MARÍA INMACULADA

Capellán de Montmartre.

Prólogo y versión castellana de la 2.ª edición francesa

POR EL

P. Luis María Ortiz, S. J.

Cinco tomos en tres volúmenes en 4.º mayor con unas 560 páginas cada uno. Precio: **14 pesetas** en rústica y **18** en tela inglesa.

Obra verdaderamente **monumental**. Es una **suma ascética** que nos transmite el Corazón de Jesús por medio de su sierva predilecta la Beata Margarita María.

ÉXITO DE LA OBRA.—Apenas apareció en público fué arrebatada por todas las clases de la sociedad, traducida á varias lenguas y difundida por todas partes. Más de **cuatrocientos obispos** enviaron al autor sus felicitaciones. Pocos libros han merecido tan universales elogios.

EL CRISTIANISMO Y LAS IMPUGNACIONES DE SUS ADVERSARIOS

POR EL

Dr. CRISTIANO HERMANN VOSEN

VERSIÓN CASTELLANA SEGÚN LA QUINTA EDICIÓN ALEMANA

por el P. JUAN DE ABADAL

de la Compañía de Jesús.

Un tomo en 4.º mayor, de 807 páginas, **10 pesetas** en rústica y **12** en tela inglesa.

La obra de Vosen, como dice una revista alemana, es *utilísima* á los *eclesiásticos* y á los *seglares;* es un *arsenal* en que los primeros hallarán gran copia de materiales para la enseñanza y la predicación; y los segundos, si son hombres de pluma, encontrarán armas de buena ley para las luchas cotidianas, y en todo caso se instruirán y prevendrán contra los peligros crecientes que amenazan á la fe. Los *maestros* y *educadores* de la niñez y juventud verán aquí propuestos en forma á la vez popular y científica los *grandes problemas* que agitan el mundo, y con cuya solución han de familiarizarse las inteligencias tiernas, antes de entrar en las grandes luchas de la vida. Venta exclusiva de esta obra para los países fuera de España: **B. HERDER,** *Friburgo de Brisgovia (Alemania.)*

OBRAS DEL P. LUIS COLOMA, S. J.

Boy.—**Tercera edición.** Un elegantísimo tomo en 8.° de 308 páginas, **dos pesetas** en rústica y **tres** en tela inglesa.

Preciosa novela, y una de las más interesantes y mejor escritas del autor.

Presenta animadísimos cuadros de costumbres de ciertas clases sociales, tipos de honradez acrisolada y también de criminal astucia, y modelos de fina amistad y compañerismo; conmueve profundamente en su triste desenlace, que, por otra parte, se ve coronado con un nimbo de luz de la divina misericordia, dejando el ánimo del lector suavemente resignado y satisfecho.

El Marqués de Mora.—La gran revolución social y religiosa, saliendo de los aristocráticos salones de Versailles, para volcar los tronos y ensangrentar y envenenar la Europa con el virus de la Enciclopedia: he aquí el argumento de esta novelesca historia por demás instructiva e interesante. Las dotes literarias de su autor, tan consumado en la pintura de caracteres, en la descripción de la vida aristocrática, y dueño de todos los primores del estilo, le añaden el encanto que se halla en todas las obras del autor de *Pequeñeces*. 1,50 pesetas.

Ratón Pérez. (Cuento infantil.)—Segunda edición, elegantemente ilustrada con gran número de humorísticos e inspirados fotograbados del Sr. Pedrero. 60 céntimos un ejemplar.

NOTA.—Dirijanse los pedidos, acompañados de su importe, al Administrador de RAZÓN Y FE, Apartado 386, Madrid.

Ximénez de Cisneros, Francisco, Cardinal
320660 HSp.B
Author Coloma, Luis X76
Title Fray Francisco. Vol.1. .Yc

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 15 26 04 03 010 0